LAS MARIPOSAS NEGRAS

MODY

black salamandra

Gabriel Katz
(Mody)

LAS MARIPOSAS NEGRAS

Traducción del francés de
Dolors Gallart

black salamandra

La rabia. Los gritos. Los insultos. El rugido de la multitud, apelotonada detrás de las rejas. Los puños crispados, las manos tendidas, la V de victoria. Y esta alegría salvaje, desenfrenada, ensordecedora que invade la calle como un torrente de lava.

Van a abrir las puertas.

Entonces se apiñan unas contra otras en ese pequeño patio salpicado de escupitajos, como si juntas pudieran contener la ola. Como si pudieran fundirse, desaparecer bajo los adoquines, olvidarlo todo y empezar de cero. Pero las empujan por la espalda y la calle las aguarda, impregnada de odio, de risas y de cerveza.

Ella avanza la primera: le parece peor esperar y además está embarazada. Nadie mata a una mujer embarazada. En todo caso, no así, ni por esto. Esas personas ya no tienen cara, sólo son un amasijo de rabia, a pesar de que crecieron con ella, fueron al colegio con ella, le compraron gorros cuando aún hacía media. Gorros de invierno, de punto grueso, y también chales y mitones. Es posible que se acuerden, bajo este cielo demasiado azul para morir y este fuerte calor de pleno mes de agosto.

Con las manos abrazando la barriga, se deja arrollar por la multitud con la mirada perdida y el corazón acelerándose como un tambor. Sus zapatos de suela de madera se aferran a la tierra compacta de la calle principal. Una mano le agarra la chaqueta, una mujer le grita a la cara. Un hombre le arroja un objeto contra la espalda, una fruta podrida quizá, o algo peor. Y las palabras silban como balas. Cerda, puta de los alemanes, colaboracionista.

Las calles de pueblo son largas. Nadie se imagina lo largas que llegan a ser.

Con el corazón en un puño, trata de recuperar el aliento. Para resistir, para seguir avanzando, pero sobre todo por el pequeño que está ahí, en su vientre, y que sólo la tiene a ella para protegerlo. Piensa llegar hasta el final. Pase lo que pase, llegará hasta el final. Junto con los insultos, cae una lluvia de proyectiles. La hostigan, la atropellan, la empujan hacia una

tarima, en medio de la calle. El cadalso de la vergüenza. Una silla, un cubo y un hombre que aguarda con una maquinilla de afeitar en la mano y un brazalete del FFI, las siglas de las Fuerzas Francesas del Interior, que su mujer le ha cosido esa misma mañana.

Tropieza, alguien le escupe en la cara. Se limpia el hilillo de saliva caliente con la mano y apenas siente asco. Ya no siente nada, aparte de miedo; el miedo que palpita en sus sienes, que le quema los pulmones. La muchedumbre clama venganza por esos cuatro años de vergüenza. Por las privaciones, las cartillas de racionamiento, las detenciones y el ruido de las botas. Sólo ha quedado un puñado de mujeres, y alguien ha de pagar por todo eso.

Un niño rubio la agarra del brazo agitando una pistola y ella cierra los ojos, pero el disparo no llega. Sólo una bofetada, seca, brutal, que le hace saltar las lágrimas. Luego le arrancan la chaqueta, le suben la falda, le desgarran la camisa y las risas se vuelven obscenas. Detrás de ella desfilan otras medio desnudas, vapuleadas por la masa de gente, así que renuncia a luchar. Es culpable. La ha declarado culpable un tribunal marcial de adolescentes armados. Los hijos de Fernande, el ayudante del farmacéutico. Y dos desconocidos engominados que blandían sendas metralletas para jugar a los soldados. La han arrastrado con las otras hasta la gran sala de las bodas, presidida todavía por la foto enmarcada de Pétain, donde le han leído el acta de acusación, garabateada a lápiz en un cuaderno escolar, antes de dibujarle en la frente una cruz gamada con carbón.

Colaboracionista. Acostarse con un alemán, aunque sea un soldado raso, sin grado, es traicionar a Francia. Y enamorarse es aún peor; eso merece la muerte.

Desnuda en la silla, frente a la multitud, se traga la vergüenza que le enciende las mejillas. Ellos asisten al espectáculo como si estuvieran en un palco. Incluso se han puesto a sus hijos sobre los hombros. Un grupo de adolescentes, amontonados encima de un carro de combate estadounidense, se contorsiona para verla. Se van perfilando caras conocidas, su antiguo maestro, el jefe de correos, la quesera. El primo Henri. Y ese otro, uno al que una vez rechazó, que la insulta llamándola cerda. Se esfuerza por evitar las miradas, por fijar la vista en otra parte,

más allá, sobre un tejado donde se ha posado un gorrión. O tal vez sea un petirrojo. El pájaro se sacude en el canalón, salta y aletea. Le gustaría sonreírle, hacerle una señal, decirle lo mucho que lo envidia. La maquinilla de afeitar chirría en contacto con su cráneo, los mechones le caen por los muslos y alguien se pone a su lado para que le saquen una foto. El pájaro se ha ido volando y ya sólo quedan la calle, las banderas, la fanfarria y la masa vociferante que canta a gritos La Marsellesa.

En ese instante casi quiere morirse.

Los minutos se desgranan como siglos, y la maquinilla devora las últimas migajas. La nuca. Las sienes. De su melena, peinada con esmero esa mañana, sólo queda una alfombra de mechones que languidece entre sus dedos. Le levantan la barbilla, la encaran hacia el objetivo. Sonríe, pon buena cara. Ya no presumes tanto sin tu alemán, ¿eh? Después la levantan, la empujan, la arrojan a la calle. Aún no se ha acabado, ahora toca el pasacalles, el desfile, el carnaval. Caminar desnuda bajo los insultos, seguida por los curiosos. Aguantar los escupitajos, las amenazas, el escarnio. Su mirada fija a lo lejos atiza la cólera de la masa; la tachan de provocadora, de María Antonieta. Se acercan, la tocan, le manosean los pechos, las caderas, las nalgas. Ella se arquea en vano con las manos crispadas sobre el hijo que se esconde en su vientre... Pero son demasiados, un auténtico hervidero. Huele a sudor, a asfalto y a polvo. También detecta ese típico olor a uniforme, una mezcla a tela burda y naftalina. Una mujer vestida de traje, con un sombrero gris, se abre camino entre la marea humana para asestarle un bofetón en la cara. Zorra. Puta.

Como un dique que se quiebra, la multitud empieza a pedir a gritos su cabeza.

Querría decirles algo, suplicar su perdón, pero los golpes llueven y las palabras se aplastan contra sus dientes. La golpean a ciegas, al tuntún, entre risotadas. Se empujan unos a otros para conseguir su ración, pues ahora tienen la revancha a su alcance. Ella pagará por él, pagará por todos. Por los alemanes a los que nunca se atrevieron a mirar a la cara, por los altivos oficiales ante los que se quitaban el sombrero en la calle. Pagará por los años de privaciones, por las requisiciones, por los hombres de la región que marcharon a trabajar a Alemania. Pagará por lo que ninguno de ellos se atrevió a hacer, por el miedo que los tuvo petrificados

durante tanto tiempo, por la arrogancia de los resistentes de última hora que han olvidado lo que fueron ayer. Puta de los alemanes. Los golpes resuenan en su cabeza, pero no levanta los brazos. No va a privar a su hijo de su único parapeto. Él la necesita. Quiere vivir, quiere ver el mundo. Y será una niña. Será una niña, seguro. Las mujeres no van a la guerra. Esperan, aguantan, sobreviven. Tejen gorros de lana, de punto grueso, chales y mitones. Será una niña. Y se llamará Solange.

1

Solange. Se llama Solange. Ella no me lo ha dicho, pero lo sé. Está escrito en su cuaderno, con letra bonita y bien alineada. Con una gran *S* que se ondula un poco inclinada, igual que ella cuando mira a lo lejos sin hablar con nadie. Una *o* solitaria, redonda, que no tiene ganas de juntarse con la *l*. Después viene el resto, *ange*, como «ángel», que escribe de un tirón, sin secante, sin manchas, sin levantar la pluma, con su melena pelirroja desparramada sobre el papel.

Me gusta cuando escribe.

Mi letra, en cambio, parece llena de patas de mosca. Bueno, ellos dicen patas de mosca, pero en realidad son patas de araña. Es fea y puntiaguda, con manchas y chorretones. Y siempre me sale torcida. Por más que me esfuerce, siempre me salgo de la raya. Mayúsculas, minúsculas, da igual. Me han dado muchos palmetazos, y aun así no lo consigo, es superior a mí. No soporto el colegio. Apesta, el colegio. A tinta seca, a batas sucias, a madera húmeda. Apesta a los demás. No me gustan los demás. Soy como ella. Y querría que me viera, que me mirara, pero para ella no existo. Es como un hada que pasa de largo, y yo soy el sapo...

—¡Desiderio! ¿Qué acabo de decir?

No sé lo que acaba de decir. Los ovinos, los bovinos, creo.

Todos me miran.

—Los bovinos, señor.

Todos, menos el maestro, se desternillan de risa porque lo de los bovinos fue ayer. O anteayer, ya no sé. No es culpa mía que siempre utilicen el mismo mapa de Francia. Aborrezco ese mapa viejo que cuelga de la pizarra, con sus departamentos rosas, azules y verdes, y los ovinos, los bovinos y las capitales que hay que señalar con una vara. Me pierdo por completo. La única que recuerdo es Moulins, capital de Allier. No sé por qué. Quizá porque me imagino un molino, con un pequeño río y las aspas que giran, y también algunos cisnes.

Me gustaría vivir en un molino.

Pues no, la capital de la Creuse no sé cuál es. La verdad es que me da lo mismo. ¿Besançon? ¿Aurillac? No es ésa, de modo que me levanto, extiendo las manos y espero, sin cerrar los ojos, con los dientes un poco apretados. Aunque no lo parezca, los palmetazos en la punta de los dedos duelen muchísimo, y algunos hasta se echan a llorar. Yo no, yo no lloro, nunca. No recuerdo cuándo fue la última vez que lloré, pero sí que estaba solo y que me dio vergüenza. Llorar es cosa de niñas.

—Como al señor Desiderio le gusta tanto hacer el zazú, dejaremos que lo haga delante de toda la clase.

Nunca he sabido qué significa hacer el zazú, pero por lo visto lo hago siempre. Igual es un animal. Un animal muy tonto. Un animal al que agarran por la oreja —eso también duele bastante— y arrastran hasta el rincón de la tarima, debajo del cartel blanco con las tablas de multiplicar, enfrente de toda la clase. Yo cruzo los dedos en la espalda, dicen que eso funciona, pero no funciona en absoluto; si funcionara nunca castigarían a nadie. El maestro ha abierto el cajón. Me va a encasquetar las orejas de burro otra vez. Siempre me toca a mí llevar ese gorro, con dos largas orejas de papel y la palabra «burro» escrita en rojo. Toda la clase se echa a reír. Aunque me noto las mejillas encendidas, finjo que me da igual, porque Solange me está mirando. Ahora sí que me mira. Eso me recuerda que llevo la bata arrugada, que mis zapatos están llenos de polvo, que soy un poco demasiado alto, un poco demasiado torpe, que me quedan cortas las mangas, que llevo el pelo mal cortado y con forma de casco. Que ella es demasiado guapa para un chico como yo.

Pero no bajo la cabeza para no darles esa satisfacción. No les caigo bien, y a mí tampoco ellos. Nunca he tenido amigos, ni aquí ni en ningún otro sitio. Soy un desastre con las canicas, un desastre con el balón y no me sé ninguna canción aparte de *Frère Jacques*. Lo único que sé hacer es pelearme.

—¿Quién puede decirme en qué departamento se encuentra Auxerre?

Todos levantan el dedo, yo, yo, señor. Todos menos ella, y eso que

lo sabe, estoy seguro. La clase ha continuado sin mí. Ahora me ignoran por completo y repiten como loros: Mayenne, capital Laval, Alta Saona, capital Vesoul... Yo los miro con mis orejas de burro, cierro los ojos para sentir el calor de la estufa e intento pensar en otra cosa. El tiempo pasa despacio cuando uno está de pie, y además me duelen las rodillas. Estaría mejor en mi pupitre, al lado del gordo de Delmas, aunque huela a sudor y a sopa rancia. Fingiría recitar lo mismo que los otros; mientras el maestro no te haga salir a la pizarra, eso es fácil. Aunque en realidad me daría igual que me hiciera salir a la pizarra, como mucho me pondrá un cero, como siempre. Yo no pedí venir al colegio. El cura dice que ir al colegio es una suerte, pero se nota que no está en mi lugar.

Por fin, la campana.

—¡En fila de dos y sin hacer ruido! El primero que se pase de listo se queda sin patio.

Toda la clase sale corriendo, como hormigas huyendo de una meada, excepto Solange, que se demora abotonándose la chaqueta encima de la bata. Siempre sale la última. De todos modos no va a hablar con nadie. No va a saltar a la cuerda ni a jugar a la rayuela; Solange es como yo, no le interesa saltar a la pata coja hasta el cielo. Se apoyará en la pared del final, debajo del roble, y se quedará allí con la mirada perdida. No sé en qué piensa, pero a veces me imagino que piensa en mí.

La clase está vacía, las brasas crepitan en la estufa, y yo espero a que el maestro me invite a salir con los demás. Pero no me dice nada. Me mira, por encima de ese bigote, y se pone a recoger sus cosas como si yo no estuviera ahí. Así que me quedo inmóvil, con los pies entre los restos de tiza, delante de los pupitres vacíos, con el gorro de burro.

Los otros me hacen muecas por la ventana.

—¡Miradlo! ¡Espera a que venga a buscarlo su madre!

Mi madre, figúrate, más vale que la espere sentado. Está muerta, y mi padre también. O al menos eso me han dicho, yo no me acuerdo de nada, era demasiado pequeño. Soy hijo de la Asistencia Pública; un huérfano, vamos, y por lo visto tengo que estar orgulloso. Debería esforzarme más que los demás, ser el primero de la clase, y así daría

las gracias a Francia por ocuparse de mí.

Nada de eso se me da muy bien.

Los otros golpean el cristal. Se carcajean. Me entran ganas de darles una patada en el culo, pero no puedo, si vuelvo a pelearme me cambiarán de colegio. Me han cambiado muchas veces de colegio, como si las cosas pudieran irme mejor en otra parte, Saint-Victor, Les Roseaux, Dammartin... Y siempre pasa lo mismo. Me ponen en la última fila, y todos me miran como un bicho raro. Se burlan de mí porque escribo mal, porque mis dibujos parecen palos y porque no tengo padres. No puedo remediarlo, y eso que nunca les pido nada. No me meto en sus juegos, me quedo en un rincón. Aun así siempre hay alguno que viene a tocarme las narices; y si yo le arreo, luego resulta que es culpa mía. Siempre pasa igual. Y entonces me expulsan, el cura se quita el cinturón, me da una paliza, y otra vez me cambian de colegio. Aquí es peor: como se han dado cuenta de que no los voy a tocar, me chinchan todo el día. Me empujan, me tiran bolitas, me meten cochinadas en la cartera. Cardos, caca de rata, dibujos de mi cabeza rodeada de palabrotas. Inclusero, vagabundo, bastardo.

Me da igual, no pienso pelearme. Nunca más me pelearé, ahora tengo un motivo para quedarme.

2

Todas las noches, sopa. De nabos, zanahoria o puerros, depende. No es ninguna maravilla, pero si le añades un trozo de pan no está tan mal. Lo peor es el caldo de pollo, grasiento a más no poder. Nos lo sirven el domingo porque se supone que está bueno y el domingo es el día del Señor. No me gustan los domingos. Es el único día que no la veo, y el tiempo pasa despacio, muy despacio, como si alguien retrasara las agujas del reloj.

Aquí hace frío.

El refectorio huele a sopa, todo está impregnado de ese olor. Incluso a la hora del desayuno huele a sopa. Y a lejía. Y a vómito. Nunca he entendido cómo lo hacen los demás para no notarlo, a mí ese olor me quita las ganas de comer. El padre Antoine camina de una punta a otra de la sala; nos vigila de reojo para asegurarse de que terminamos nuestros cuencos. Por lo visto lo que hay dentro es un regalo de Dios, por eso es pecado dejarse algo. Hay que comérselo todo, hasta los trozos de grasa, piel y cartílago que quedan en el fondo, para complacer al Niño Jesús. Al principio tiraba un poco de cartílago debajo de la mesa, o se lo daba al tonto de Pierrot, que se lo traga todo con tal de que sea comestible, pero al final me descubrieron. Entonces me cayó una buena tanda de correazos y comprendí que debía terminarme el cartílago.

Y aquí viene precisamente el padre Antoine, con esos enormes zapatos claveteados que rechinan sobre las baldosas. Inspecciona mi cuenco, mira el suelo y me ordena que recoja las migas de pan. Todos le tienen miedo, menos yo, a mí no me da miedo nadie. Pero es verdad que es muy alto, tanto que casi te dislocas el cuello para mirarlo a los ojos. Unos ojillos negros y pequeños, hundidos en el cráneo como si mirasen desde el fondo de un pozo.

—¡Cinco minutos!

Me da igual; yo he acabado hace rato. Dentro de cinco minutos

todos nos levantaremos para enjuagar el cuenco y el vaso y poner los cubiertos en la pila del fregadero. Después esperaremos en el pasillo, en fila, para ir a escuchar la lectura vespertina a la capilla. Fragmentos de los Evangelios, siempre los mismos, o a veces, el domingo, un sermón para aleccionarnos sobre la vida. Lo que está bien, lo que está mal. Nadie escucha, de todos modos. Hay algunos que cuchichean, otros que dormitan, y yo, por mi parte, pienso en otras cosas. Cierro los ojos y me pongo a imaginar. Me imagino Estados Unidos, con los pieles rojas, y luego los bosques, los ríos, la goma de mascar... Hay mucho chicle allí, por todas partes. Creo que incluso los dan gratis. Estados Unidos es un país donde toda la gente es rica. Pueden comprar lo que quieran, y fuman Lucky Strike, como yo. Son los mejores cigarrillos del mundo, los cigarrillos de los soldados. Tengo un paquete que robé casi lleno del bolsillo de un jardinero. Me quedan seis, así que los hago durar y los fumo poco a poco, agachado al final del parque. Los he guardado en un escondite que nadie encontrará jamás, pero si Solange quiere se los daré todos.

Me pregunto cómo será su casa. Puestos a imaginar, diría que vive en una casita con postigos que pueden cerrarse por la noche, para tener una luz bonita sólo con el fuego de la chimenea y un poco de oscuridad alrededor, y un reloj que hace tictac. Se respira un agradable olor a pastel, a mermelada, a naranjas y a todas las cosas buenas que come la gente cuando vuelve a casa. Se oye sólo el silencio, o quizá un poco de música que sale de un fonógrafo con una gran trompa de cobre, como el que sacan al patio del colegio los días de fiesta. Ella tiene su propia habitación, con una puerta provista de cerradura, una cama con sábanas bien limpias, un edredón de plumas y una estufa para no pasar frío. Un caballito mecedor, bien grande, con una silla para poderlo montar. Y una casita de muñecas. Ella ya no juega a eso, es demasiado mayor, pero conserva las muñecas para poder dárselas un día a su hija. Y para hablarles, en voz baja, cuando ya sólo quedan las brasas y todo se vuelve negro. Les cuenta secretos que no puede contar a nadie más; les dice que hay un chico nuevo en su clase, un huérfano que se llama Albert, en el que piensa todas las noches antes de dormirse.

Eso sí me gustaría.

Aunque me extrañaría mucho.

Yo también habría podido vivir en una casa así, con mi propio cuarto y tal vez una bicicleta. Estuve a punto, de hecho. El año pasado un señor y una señora vinieron para adoptarme. Llegaron en un coche muy bonito, un Delahaye azul con la capota blanca. Me habría hecho muy feliz subirme a ese coche. Me hicieron un montón de preguntas, me miraban mucho y sonreían sin parar. Querían saber si me iba bien en el colegio. La señora tenía lágrimas en los ojos; se secó con un pañuelo de encaje y me dijo que, si me portaba bien, quizá se convertirían en mis padres. Me habría gustado porque eran ricos, o al menos eso me parecieron. Hay que ser rico para tener un automóvil. Ella llevaba unos zapatos feos, con escamas y hebillas doradas, aunque estoy seguro de que eran muy caros. Él llevaba un abrigo beige enorme, un sombrero y unos guantes para el coche con pequeños agujeros. Me habría gustado tener unos guantes así. Me dieron un pirulí, el más grande que había visto nunca, blanco con rayas rojas, y me pareció tan bonito que no me atrevía a comérmelo. Al final fue el tragón de Pierrot el que se lo zampó. Nos peleamos y me castigaron. Después quisieron volver a verme, me hicieron más preguntas y la señora dijo que podía llamarla mamá.

Y no volvieron nunca más.

Al principio esperé; después comprendí que no querían quedarse conmigo. Igual fue porque era demasiado alto, o llevaba el pelo mal cortado, o porque no supe qué contestar cuando el señor me preguntó cuánto son nueve por ocho. De todas maneras, me da igual; no necesito padres. No soy un niño pequeño.

—¡Hora de acostarse!

Bueno, al final no se me ha hecho tan largo. Mañana ya es lunes, día de colegio, y veré a Solange. La luz del dormitorio se apaga y algunos cuchichean, pero yo tomo precauciones para que nadie me robe los calcetines nuevos. Normalmente los meto dentro de los zapatos, pero siendo nuevos no me fío, así que los dejo debajo de la almohada. ¡Menos mal que no me huelen los pies! Y más teniendo en cuenta todo lo que tengo ya debajo de la almohada: la bata, los lápices de colores

y un trozo de pan que he cogido en el refectorio. Me envuelvo con la manta, el reloj suena en el pasillo y alguien tose cerca de la ventana. Como siempre, al principio todo está negro, y después mis ojos se acostumbran y empiezo a distinguir las formas en medio de la oscuridad. Veo las camas, con los montantes metálicos, las cabezas que asoman de las mantas, los orinales, los zapatos, bien alineados al pie de las camas, la ropa doblada encima de los taburetes... Cualquiera podría pensar que todo el mundo duerme, pero no es así. Nadie duerme. Todos esperan despiertos, menos los nuevos, claro, porque no lo saben. Cinco minutos, diez minutos. A veces tarda mucho, muchísimo, y casi se nos cierran los ojos, pero tenemos una especie de nudo en el estómago y el corazón nos late muy deprisa. Ya está, ya llega. Se oyen sus zapatos en el pasillo. Los pasos resuenan en las baldosas, como martillazos cada vez más cercanos, y yo cierro los ojos tan fuerte que casi los podría aplastar con los párpados.

La puerta se abre.

Un resquicio de luz, amarilla, pálida y fría. Y la sombra del padre Antoine, todavía más grande que él, que se estira, que se extiende, con sus largas manos de esqueleto. Que no me toque a mí. A mí no, a mí no...

Cruzo los dedos; a veces funciona.

—¡Vanel! De pie. El rezo de la noche.

Un somier que chirría, unos pies descalzos que resuenan en la madera, y la puerta se vuelve a cerrar. Respiro. Esta noche no seré yo. Por lo visto a veces funciona esto de cruzar los dedos. No siempre, pero funciona.

3

Me gusta el camino al colegio. Todavía me gustaría más si tuviera una bicicleta, pero prefiero no pensar en ello, porque las bicicletas están fuera de mi alcance. Son para los ricos, para los que tienen una familia, una paga semanal, para los que cambian de zapatos en cuanto notan que el agua les entra por la suela. Yo voy calado con mis botas, pero no me importa, avanzo entre los charcos como un explorador en la selva, incluso los piso a propósito. Si estuviera en África, o en otro sitio, buscando oro o cazando tigres, no pensaría en los calcetines. Hay que ser un idiota para pensar en los calcetines. Llevaría una escopeta en vez de un palo, un casco colonial en vez de la gorra y una brújula de cobre con tapa para no perderme nunca. Mientras tanto, no tengo bicicleta y he de pegarme un buen paseo todas las mañanas, pero me gusta. Hay ardillas, a veces incluso algún ciervo, para quien sabe mirar. Y el jornalero que engancha el carro delante de la granja siempre responde a mi saludo. Es un poco como si fuera amigo mío, aunque nunca hemos cruzado una sola palabra. Yo me digo que tiene suerte, que es libre, que nadie le pregunta cuánto son nueve por ocho. Él se irá a los campos con su mula, bajo el sol, la lluvia o el viento, y se parará debajo de un árbol para picar algo tranquilamente entre el olor a tierra mojada. Nunca he acabado de entender por qué nos mandan al colegio. Quizá sea sólo para fastidiarnos.

Ha debido de llover toda la noche y esta mañana el camino está bien enfangado. Los zapatos y las pantorrillas se me llenan de barro y el maestro me va a decir otra vez que parezco un gitano. Como si fuera culpa mía. Ya me gustaría verlo a él, con sus zapatos embetunados y sus pantalones con dobladillo. Y entonces empiezo a maldecirlo, como cada vez que pienso en él, pero en ese momento alguien se pone a gritar. Una voz de niña, unas voces de chicos. Oigo insultos.

Bastarda.

Hija de alemán.

Vienen de allí, de debajo del puentecillo del riachuelo, donde muchas veces me paro a mirar esa especie de arañas delgadas que se deslizan por el agua. Son tres chicos del colegio, con bata y la cartera a la espalda. Un grandullón alto cuyo nombre se me olvida siempre y los dos memos que siempre van con él. Fourrier, creo, y Baroche. Es la pandilla de los mayores, los que dirigen el cotarro en el patio porque se creen más fuertes que los demás. No consigo ver a quién gritan de esa forma, pero veo que cogen piedras.

—¡Cerda! ¡Vete a Alemania con tu padre!

Entonces, de repente, lo entiendo. Debajo del puente hay una niña; la han hecho caer al fango y se ha acurrucado. Las piedras le vuelan por encima. Y esa niña es Solange.

Echo a correr.

El primero que me ve es Fourrier. O a lo mejor no se llama Fourrier, pero da igual, le arreo un guantazo directo a la oreja. Le doy tan fuerte que su gorra salta por los aires y él detrás. Lo dejo girando como una peonza y sigo adelante sin pensarlo un segundo; nunca he sido capaz de pararme a pensar en momentos así.

Los otros me miran con los ojos como platos tratando de entender qué ha pasado, y acto seguido se abalanzan contra mí gritando como descosidos.

—¿Qué quiere ahora este bastardo?

Uno me agarra, ni siquiera sé cuál de ellos, pero se gana un codazo en el estómago que lo deja doblado por la mitad. Aprovecho para patearlo, así no se volverá a levantar, y luego busco al otro, por delante, por detrás, con los puños en alto como un boxeador, pero el muy cobarde se ha largado. Lo veo irse corriendo, con la cartera rebotándole en la espalda. Entonces asesto un tremendo puntapié en el fango y salpico al chaval tirado a mis pies, y ahora él sí que se parece a un gitano. Ya no chulea tanto, a cuatro patas, sin aliento y con el pelo chorreando. Los dos lloriquean sin parar, hacen muecas de dolor. Me dan ganas de coger las piedras que ellos mismos han usado y tirárselas a la cara, pero, consciente de que ya tendré bastantes complicaciones, dejo que se vayan. Les suelto todos los insultos que

conozco, eso sí, y ellos agachan la cabeza sin contestar, porque no tienen ganas de que me lance de nuevo a darles su merecido.

Solange se ha levantado también y se limpia la cartera. Ojalá lo haya visto todo.

Ahora que todo ha acabado, el corazón me late muy deprisa.

—¿Estás bien?

Me mira.

—¿Qué querían esos idiotas?

Me sigue mirando.

—Es mejor no hacerles caso.

Me siento un poco bobo, porque ella no me responde y porque ha sido una tontería decir eso. Acaban de tirarle piedras y yo le digo que no les haga caso; si pudiera volver atrás, diría otra cosa. Tal vez algo que le hiciera reír, o por lo menos sonreír. Como no se me ocurre nada, le ofrezco mi pañuelo.

—Toma. Para tu cartera.

Se queda dudando. Creo que se pregunta por qué he actuado así, o puede que desconfíe de todo el mundo, como yo. Sería de lo más normal. A ella también la llaman bastarda. Ahora empiezo a entender por qué no habla nunca.

Me cuesta un poco sostenerle la mirada y, como no quiero sonrojarme, me vuelvo para ver si vuelven los otros. No, estamos solos, ella y yo. Igual que en las historias que me invento pensando en ella, lo malo es que no resulta tan sencillo cuando es de verdad. Dentro de mi cabeza una vocecilla me incita a encontrar algo que decir antes de que se vaya, para que sepa por fin que soy su amigo, su único amigo, aunque nunca me haya atrevido a dirigirle la palabra. Para que vea que la conozco ya un poco, que la comprendo, que somos parecidos los dos, un bastardo de la Asistencia Pública y una hija de alemán, que nadie nos quiere, que nadie nos comprende, pero que yo estoy ahí para protegerla, para que nadie le vuelva a tirar piedras nunca más. Pero no es el tipo de cosas que se dicen así como así, de modo que me quedo callado y le sonrío como un bobo. Es lo único que se me ocurre.

A ella le da igual, o eso parece.

La miro mientras se limpia el bajo del vestido, que le llega un poco por encima de las rodillas, y las mangas y la bata, pero lo único que hace es extender el barro. El barro no se va así como así. Se queda pegado, se incrusta, y cuanto más lo frotas, menos desaparece. Lo sé por experiencia. Cada noche, antes de volver, procuro adecentarme los zapatos en el grifo para no quedarme sin cena.

—Ven —le digo.

Y es que, encima, se nos va a hacer tarde. Los otros ya deben de haber llegado al colegio y le habrán contado al maestro que los he atacado sin ningún motivo. Me tocará cargar con la culpa, como siempre, a menos que Solange diga algo, porque el maestro la aprecia. Saca buenas notas, llega siempre puntual y nunca la castigan. Siempre lleva la bata impecable, igual que los cuadernos y los zapatos. Ni siquiera se mancha de tinta. Cuando digo que somos parecidos, en el fondo sé que no es verdad.

—Tenemos que darnos prisa.

Empiezo a andar y luego la espero. Con calma, como lo haría con un animal por domesticar, sin hacer gestos bruscos. Tengo la impresión de que si me muevo, si hablo demasiado alto o si digo algo que la contraríe, se irá volando y desaparecerá entre las nubes, con la melena al viento.

Ha recogido la cartera, me ha devuelto el pañuelo —lleno de tierra, pero me da igual, estoy muy contento de que lo haya usado— y camina a mi lado, en silencio. Se me hace raro sentirla tan cerca, oír el crujido de sus pasos en la gravilla y respirar el olor de su cabello y de su ropa empapada. Me provoca una especie de mareo.

Querría que este momento durara toda la vida.

Ha empezado a llover otra vez, apenas una llovizna. Huele a tierra, a musgo, a hierba recién cortada, y allí, en un campo, un pastor con sombrero negro reúne su rebaño. Noto un nudo en el estómago sólo de pensar que estamos a punto de llegar. Por eso, de pronto, sin pensarlo, le tiendo la mano. Tarda un momento en darse cuenta —o puede que lo haga aposta—, luego se vuelve hacia mí y me mira directamente a los ojos. Su mirada me habla de un sinfín de cosas, de todo lo que no dice con palabras, y siento una especie de escalofrío. Está dudando.

Noto que está dudando y lo entiendo, yo también soy desconfiado. Si estuviera en su lugar, yo no cogería la mano de un chico como yo. El ruido de nuestros pasos resuena en los charcos, el viento empieza a soplar más fuerte y ella camina mirando al frente, como si yo no estuviera. Aun así, noto que sus dedos rozan los míos y se deslizan despacio por la palma de mi mano. Entonces la cierro rodeando la suya. Tiene la piel suave, un poco fría, mojada por la lluvia, y me da la sensación de que en su puño late un corazoncillo. Mi corazón palpita con tanta fuerza que me retumba en la cabeza, pero yo sonrío, porque es el día más feliz de mi vida.

Ella sigue callada.

No importa. Acabará hablando conmigo. Sé que lo hará, cuando esté lista, cuando tenga ganas.

En cuanto a mí, dispongo de todo el tiempo del mundo.

Los postigos están cerrados, como siempre. Ya no se abren, o en todo caso sólo de manera furtiva, a esas horas en que la calle duerme todavía, para dejar entrar un poco de aire, un poco de luz matutina en las tinieblas. De su color de antes apenas queda un gris desvaído, y las bisagras, anquilosadas por el óxido, se funden con la fachada. El tiempo ha hecho mella en ellas, y la lluvia, y la nieve, como si sufrieran artrosis. Un día, pronto quizá, dejarán de luchar, y la casa se convertirá en una tumba.

A pesar de todo, hay que volver.

Cada día, después del colegio, cargada con el peso de su cartera y un peso en el corazón. Recorrer la calle principal, con la vista clavada en los zapatos, ignorando las miradas. Olvidar que nadie le dirige la palabra, que ella es la pelirroja, la bastarda, la hija del alemán. Que la gente escupe en el suelo cuando la tiene delante, como para conjurar la suerte. Que nunca la invitan a las fiestas, que no es amiga de nadie, que le devuelven el cambio sin tocarle la mano. Se siente sucia, a pesar de que se lava, se frota y se restriega incluso debajo de las uñas cada vez que vuelve del colegio. Pero la sensación persiste, como adherida a la piel.

Debe de estar bien ser huérfano.

Cada vez que alguien la llama «eh, tú», ella repite su nombre en silencio, para no olvidarlo, para no fundirse, como las bisagras, en esta casa que se desmorona. Solange. Solange. Solange. Ella es la única que pronuncia este nombre. Su madre ya no la llama nunca, ha dejado de hacerlo, apenas le dirige unas palabras cuando se cruza con ella por la casa. Ve a tu cuarto, no hagas ruido, recógete el pelo. En el colegio la llaman por su apellido, como a los demás, y en la calle no es nadie. Por eso mira su nombre, escrito con pluma en la tapa de sus cuadernos, cierra los ojos y lo repite.

Solange.

Cuando era más pequeña, a su voz se unían otras, las de los duendes, las hadas, las sirenas y los gnomos, pero han pasado los años y poco a poco ha quedado sólo su voz, porque se ha hecho mayor y ya no cree en esas cosas. Una vez tuvo un gato, al que quería tanto que casi podía oírlo

pronunciar su nombre, y que, curiosamente, nunca tuvo uno, pero el animal acabó muriendo, apedreado por los chicos de pueblo. Lo dejaron delante de la puerta, tieso como el cartón, con los ojos todavía abiertos. Hasta donde le alcanza la memoria, éste es el único recuerdo que le hace saltar las lágrimas.

El comedor está vacío, abandonado desde siempre, devorado por la penumbra, el polvo y las viejas revistas de costura, la última de antes de la guerra. A la luz de una pantalla de ganchillo, los muebles cubiertos de sábanas blancas parecen fantasmas. Solange se desliza dentro, después de cerrar suavemente la puerta, para hacer los deberes al abrigo del mundo, como si estuviera sola en una isla desierta o en una cabaña remota. Si cerrara los ojos, casi podría olvidar que al otro lado de la puerta, en ese pasillo que huele a humedad, resuenan los pasos de un desconocido. Uno de esos hombres que aparcan el camión delante de la casa y que su madre hace subir al piso de arriba, después de guardarse un billete arrugado en el bolsillo. Esos hombres dejan un rastro que penetra por debajo de las puertas, una nube de sudor acre, de colilla y de vino barato. Con el tiempo las paredes se han impregnado de ese olor, que revuelve las tripas y que se queda allí, al amparo de los postigos cerrados, como si esos hombres se negaran a marcharse. Como si estuvieran sentados todos allí, en el comedor, con sus enormes zapatos, su gorra y su bigote. Solange querría ahuyentar esa imagen, pero el olor es demasiado fuerte, así que se concentra en sus deberes con la esperanza de que la geografía la lleve más allá de los mapas, hasta esos países donde el viento mece los campos de trigo.

Hay una pelea en la escalera, gritos, insultos, y a Solange se le acelera el pulso, como siempre que se enerva el tono. Conoce bien esos estallidos de furia. No se ha olvidado del día que encontró a su madre hecha un ovillo en el rellano, con el labio partido por los golpes y la mirada nublada por el alcohol. Había unos billetes estrujados en el suelo, y ese olor, más intenso que nunca, planeando a su alrededor. Sollozaba sacudiendo los hombros, incapaz de controlar su cuerpo. Solange se quedó de pie, mirándola fijamente, sin atreverse a dar un paso. No es fácil consolar a alguien que llora. Estuvo así un rato, segundos, minutos, y al final se acercó, despacio. Le tendió la mano, para entrar en su mundo, pero sólo encontró una

mirada extraviada, inyectada en sangre, extenuada, una mirada que la atravesaba y se perdía. Siguió con la mano tendida, mucho tiempo, hasta que las lágrimas se secaron y la mano ya casi le dolía. Entonces la puso en el hombro de su madre, con toda su ternura, con la esperanza de que ella tal vez, desde el fondo de su mundo roto, sentiría su calor.

—Es culpa tuya.

Solange retrocedió como si también ella hubiera recibido un golpe en la cara.

—Es culpa tuya.

En todos esos años su madre nunca había dicho nada, aparte de cosas prácticas. Haz los deberes, deja tranquila a mamá, vas a llegar tarde. Y de pronto las palabras caían como lluvia en una tempestad, llenas de ira, tan deprisa que algunas se perdían en el torrente de agua. Era un grito, un largo grito de rabia. Repetía sin cesar la misma frase, como quien aporrea un piano desafinado: es culpa tuya. Porque tener una hija pequeña es muy duro, te impide escapar. Te impide renacer, irte a otra parte, olvidar, cerrar las heridas, vender gorros o encontrar un trabajo. Es una carga, una boca que alimentar, una cartera que llenar, y todas esas dichosas batas que hay que lavar, planchar y remendar, una y otra vez, hasta que quedan raídas. Es un remordimiento diario. Es la mirada de los demás, la vergüenza que no se borra nunca. Nadie quiere a una hija sin padre. Nadie. Es una marca de infamia, un tatuaje de presidiario, algo que te mantiene anclada aquí, para siempre, en esta casa petrificada por el polvo, detrás de los postigos cerrados.

Se oyen gritos en la escalera.

Gritos muy fuertes.

Solange se tapa las orejas con las manos y vuelve a concentrarse en su libro de geografía, como si no ocurriera nada detrás de esa puerta, como si todo fuera normal. Siente un cariño especial por este libro de páginas amarillentas que ha pertenecido a varias generaciones de escolares antes que a ella. Alumnos que ahora ya son adultos, que se fueron del pueblo, que tal vez han visto la Amazonia, el Atlas o el Gran Cañón del Colorado. Ella también se marchará lejos de allí algún día. Muy lejos. Pero no se irá sola, ya no está sola. Lo siente, lo sabe.

Porque él le ha dado la mano.

4

Ayer cumplí quince años. A todo el mundo le da igual, empezando por mí, pero Solange me compró un pastel con una vela y la soplé pensando un deseo, un deseo que me guardé para mí o no se cumplirá nunca. Y sería una lástima, porque tengo la firme intención de casarme con ella cuando seamos mayores, con anillo y todo, cuando tengamos dinero, una casa y puede que un coche. Nunca le he hablado de eso, seguramente le sonaría raro, pero estoy convencido de que va a pasar. No puede ser de otra forma. Nunca nos hemos separado y nunca nos separaremos. Ya me veo, vestido con un traje azul lavanda, corbata negra y unos zapatos relucientes como un espejo, preguntándole si me da el sí. Será sí, eso espero. Y nos reiremos recordando que al principio ella no me dirigía la palabra y yo hablaba solo como un imbécil y me reía de mis propios chistes. Nos parecerá algo muy lejano y ridículo, pero también nos sentiremos orgullosos, porque significará que hemos sido más fuertes que ellos. Nadie habrá conseguido separarnos, ni la gente, ni el colegio, ni los curas... Ni siquiera la chalada de su madre, que nunca ha querido conocerme. Ya no sé siquiera cuántas veces salí a escondidas, cuántas veces ella bajó a reunirse conmigo deslizándose por el canalón. Solíamos encontrarnos detrás del garaje, entre los neumáticos, después de haber cerrado, o en el puentecillo donde hablé con ella por primera vez. Fumábamos un poco; bueno, sobre todo yo. Nos lo contábamos todo, hasta las cosas más insignificantes. Y cuando me cambiaron otra vez de colegio, robé una bicicleta que luego escondía en el bosque para poder reunirme con ella al salir de clase. Llegaba todo sudado, pero llegaba, y a ella le hacía gracia verme tan colorado, decía que parecía un demonio. Un demonio, ya ves tú. El único poder que tenía era el de pedalear muy deprisa, y el de creer que nada podría separarnos.

Solange y yo somos como un animal con dos cabezas. Ahora, por ejemplo, sé perfectamente lo que está pensando.

Que la señora Duchemin es una vieja bruja, que tiene una mata de pelo indomable, que más le valdría cortársela con unas tijeras de jardín, en lugar de venir a darnos la lata veinte minutos antes de cerrar. Y que nos pasamos por el forro su opinión sobre la música que escuchamos los jóvenes. ¿Qué sabrá de música esa vieja idiota? Se ha pasado toda la vida aquí, en Montreuil-sur-Mer, yendo a esos bailes con acordeón, y aun así, en cuanto la ponemos debajo del secador con los rulos, empieza a soltarnos unos rollos interminables sobre el twist. Música de degenerados, baile de salvajes... En momentos así me pregunto qué hacemos ahí, y entonces recuerdo que fuimos nosotros quienes quisimos este trabajo, que depositamos en él todas nuestras esperanzas. Incluso conservo el pequeño anuncio, plegado en la billetera. «Se busca aprendiz de peluquera. Manutención y cama. Se valorarán referencias. Preguntar por la señora Crémieux.»

Como no traíamos referencias, no fue fácil convencer a la señora Crémieux. De todas formas, nadie se resiste a ese aire de inocencia de Solange, así que nos cogió a los dos, a ella de peluquera y a mí para barrer.

—¡Albert! ¿No ves que hay pelo por todas partes? ¡No te pago para que te quedes embobado!

En realidad no me paga, ni para que me quede embobado ni para otra cosa, pero, como me da de comer y Solange aprende el oficio, hago como si no la hubiera oído bien.

—Perdón, señora.

—La próxima vez te vas a la calle, ¿entendido?

—Sí, señora.

—Es que es verdad, caramba. Me sacrifico, os doy trabajo... ¡No todo el mundo tiene tanta suerte!

—Ya lo sé, señora.

—Con saberlo no basta.

Agacho la cabeza; normalmente ese gesto la calma.

Y dejo que se despache a gusto con la ingratitud de los jóvenes.

Inclinada sobre el lavacabezas, con las manos en las greñas de la señora Duchemin, Solange me guiña el ojo y yo hago un esfuerzo para no sonreír. Si la gorda señora Crémieux supiera lo que decimos de ella

cuando se da la vuelta... Supongo que no le gustaría nada ver a Solange riéndose a carcajadas cuando la imito poniéndome un cojín en la barriga. Por no hablar de las tijeras que encargó especialmente en no sé qué sitio y que los de correos nunca le entregaron. Fue Solange quien le birló esas tijeras, para fastidiarla y también porque queremos instalarnos por nuestra cuenta. Los utensilios de peluquería son caros, nadie se imagina hasta qué punto, sobre todo los buenos. Por eso la señora Crémieux no ha dejado de enviar reclamaciones para que los de correos se las reembolsen. Un día, cuando estemos hasta la coronilla, le diremos a la cara que aquí todo es feo, las paredes verdes, los muebles rosas, el suelo de damero, las flores artificiales, que no es de estilo americano, como ella cree, sino simplemente feo. Mientras tanto, barro hasta los rincones más escondidos; la señora Crémieux lo inspeccionará todo con lupa para intentar regañarme una vez más, y no me apetece tragarme otro sermón.

Con uno al día es suficiente.

Y por si no fuera suficiente añade que los chicos «como nosotros» cuando nos dan un dedo cogemos el brazo.

—A los quince años están en la edad del pavo —suelta la señora Duchemin sin que le hayan preguntado nada.

—Ni que lo diga. Estos dos van a volverme loca.

Pues sí, parece que a los quince años uno está en la edad del pavo. Pero, la verdad, nosotros estamos bastante espabilados. Ya hemos ahorrado un poco, tenemos unas tijeras profesionales, un montón de proyectos para el futuro y un método buenísimo para birlar las propinas sin que se note. Conozco a algunos que les va bastante peor y llevan veinte años trabajando.

La señora Duchemin no ha dejado ni un céntimo de propina. Se aleja como un viejo caniche con sus ricitos y la dueña nos regaña porque no nos hemos despedido de ella. Sí, el éxito de una peluquería depende sobre todo de cómo recibes a los clientes, de mostrarte sonriente, conversador y bien educado. No sólo eres un peluquero, eres un confidente. Tienes que estar enterado de todo, acordarte de todo, preguntar si el marido está mejor, si el hijo ha pasado la reválida o si han arreglado ya el tejado. Hasta que no entendamos eso no

iremos a ninguna parte, y al final ni así, porque somos unos inútiles.

—Yo me ocupo de la caja y vosotros os encargáis de cerrar, ¿de acuerdo? Y cuidadito, lo quiero todo impecable mañana por la mañana.

—Sí, señora.

—Sí, en lo de decir «Sí, señora» no os gana nadie.

Me dan ganas de contestar «Sí, señora» para fastidiarla, pero prefiero que se marche. Así que me callo, como de costumbre, mientras ella se anuda el pañuelo floreado encima del fardo de paja que tiene por cabello.

—¡Hasta mañana!

Eso es, hasta mañana. Hasta que abramos nuestra propia peluquería y le robemos toda la clientela a esta vaca gordinflona.

La hora de cerrar es el mejor momento del día, aunque nos toque fregar el suelo, pasar el estropajo por el lavacabezas y limpiar las tijeras con alcohol y los peines con jabón negro. Por fin estamos solos y no hay nadie que nos sermonee. Solange se desabrocha la bata, se despereza y se masajea la nuca. Baja la cabeza, se deshace el moño y sus rizos caen de golpe, tan bonitos que cualquiera diría que acaba de pasarse una hora entera debajo del secador.

Es gracioso: peinamos a un montón de señoras a lo largo del día, pero ni una le llega a la suela de los zapatos. No necesita rulos, ni laca, ni diadema de terciopelo, ni nada, para tener aspecto de parisina. No lo digo porque sea ella, pero podrían publicar una foto suya en las revistas y todo el mundo la tomaría por una estrella de cine.

—¿Cansada?

—Un poco.

La miro mientras se quita la bata y la cuelga en la percha, antes de apoltronarse en la silla de la dueña y cruzar las piernas encima del mostrador. Eso está prohibido, desde luego, y precisamente por eso lo hace todas las noches. Hoy está tramando algo, y sonríe sólo de pensarlo. No sé qué será, pero reconozco esa miradita de reojo, significa: «Anda, pregúntame.»

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Sí, te pasa algo.

Me sonríe, consciente de que no se me escapa nada.

—¿Sabes qué me apetece?

—Si lo supiera, no te lo preguntaría.

—Me apetece cambiar de aires. Estoy harta de este sitio.

Sus palabras me producen un efecto raro, un escalofrío desagradable, como si de pronto descubriera que no le gusta nuestra vida.

—¿Te quieres ir? Pero ¿para ir adónde?

—Al mar.

Me mira con intensidad mientras busco una respuesta. A mí tampoco me gusta la gorda Crémieux, claro que no, y mucho menos su peluquería, pero es una oportunidad para nosotros, y no tengo ni la menor idea de qué podríamos hacer si no.

—Al mar...

—Sí.

—¿Para hacer qué?

—Vender ostras.

Como es natural, me deja sin palabras, y entonces se echa a reír. Me molesta un poco, me lo había creído como un imbécil, pero también es un alivio, porque la habría seguido hasta el fin del mundo y no tengo ningunas ganas de pasarme la vida recogiendo ostras.

—¡Te crees muy lista, ¿eh?!

—No pongas esa cara, Bébert. Estamos muy bien aquí, ya lo sabes.

—Bueno, sí, estamos bien. Por eso no entendía...

—A veces eres tan tontorrón...

Esbozo una sonrisa porque es verdad. Pero sólo me pasa con ella, a mí nadie me la cuela, nunca. Soy demasiado desconfiado.

Ella se queda quieta, mirándome, y deduzco que aún no ha acabado.

—De todas formas, me lo prometiste.

—¿Que te prometí qué?

—Que me llevarías a ver el mar.

Hace mucho de eso; casi me había olvidado. Ya no recuerdo cuándo se lo prometí, ni dónde, pero creo que nevaba. Solange siempre ha querido ver el mar, y yo quiero lo que quiere ella. Si hubiera querido

ver el Polo Norte, también se lo habría prometido.

—Iremos el domingo, si quieres.

—Sí, quiero.

5

Jo, qué bonito. Creo que nunca había visto nada tan bonito. Ha valido la pena esperar tanto rato el autobús y las dos horas largas bajo el sol con este cesto que pesa una tonelada. Y pensar que he sido yo quien ha insistido en que hiciéramos un pícnic a la orilla del mar... Si lo llego a saber, comemos antes de salir.

Aun así, sí, es bonito.

La playa es inmensa, no se ve el final, y los acantilados son tan altos que casi tienes vértigo desde abajo. No sé cuánto rato hemos caminado sin decir nada, sólo con el viento, el sol y el ruido de las olas. Sólo sé que he cerrado los ojos para sentir el calor de la arena bajo los pies. Solange iba delante, con las bailarinas en la mano y el viento azotándole la melena, y a ratos veía asomar su sonrisa entre los mechones. La camisa blanca se le hinchaba como una vela, los pies descalzos se le hundían en la arena. Yo habría podido seguir más lejos, mucho más lejos, hasta donde termina la playa, pero nos hemos instalado en medio de la nada, como un par de náufragos. He desenrollado la manta que nos sirve de mantel, he sacado los bocadillos y luego me he sentado con los brazos en las rodillas. Huele a mar. Huele a algas. Las gaviotas vuelan en círculo sobre nuestras cabezas. Me pregunto cómo se verán las cosas desde el cielo. Seguramente es más bonito todavía.

—¿Nos bañamos?

Solange ya se está quitando la ropa, pero yo me quedo un poco indeciso. No tenemos traje de baño y un calzoncillo mojado debe de hincharse como un pañal de bebé.

—No sé.

—Como quieras. ¡Yo me voy al agua!

Es la primera vez que la veo en ropa interior y desvío un poco la mirada, pero no puedo evitar seguirla de reojo. Su piel parece todavía más blanca con el sol y descubro partes de ella que no conocía. La

pequeña concavidad de encima de las caderas, las pecas de sus delgados muslos, la curva de las nalgas... Reconozco el sostén de color carne porque yo mismo lo robé de un tendedero mientras ella vigilaba. Le queda un poco grande y deja entrever un poco sus pechos, pero al llegar ahí miro de verdad a otra parte, no hay que pasarse. Ella me grita «¡vamos!» mientras corre hacia el mar, y yo me quedo plantado allí. Es una idiotez, sé que es una idiotez. Las vacaciones se han terminado, los turistas han vuelto a sus casas y estaríamos completamente solos si no fuera por las gaviotas.

Pero no tengo ganas de que ella me encuentre ridículo.

O feo.

—¡Vamos, Bébert!

—Ya te he dicho que no me llames así.

Ella se ríe entre las olas; lo sabe muy bien, que me fastidia. Hombre, es que es verdad, eso de Bébert suena a paleto.

—Pararé cuando vengas a bañarte.

Bah, qué demonios. Al fin y al cabo, ella me conoce bien. Que yo también tenga partes que ella nunca ha visto no va a cambiar nada. Mando a paseo la camisa, el pantalón y la gorra, y echo a correr por la arena, en calzoncillos, gritando como un salvaje, como un indio dispuesto a arrancarle la cabellera al primero que se plante delante.

—¡Te vas a enterar!

El mar me parece helado, las olas chocan contra mis piernas y Solange me salpica mientras finge escapar. Me abalanzo sobre ella, pero me esquiva y nos lanzamos trombas de agua. Nos pillamos, nos empujamos, nos soltamos. De pronto ya no hacemos pie y nos da un poco de miedo, así que volvemos a la playa entre risas. El pelo le chorrea y el mío se me pega a la frente. No puedo evitar pensar que cuanto más guapa está ella más feo estoy yo, pero ella me sonríe mientras me peina y eso me levanta el ánimo.

—Te tengo que cortar un poco este flequillo.

Ahora que hemos salido del agua, se estremece con el viento.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

—Ven, vamos a comer.

Miro cómo se frota con la toalla y cómo se inclina para secarse el pelo. Yo he vuelto a ponerme la camisa; el sol pega más fuerte después de bañarse en el mar. Aunque a lo mejor es sólo una impresión mía. Todavía noto el sabor de la sal y siento esa especie de vértigo que nos ha dado en medio de las olas. Saco todo lo que he preparado: los bocadillos, los huevos duros, la botella y el sacacorchos... Esta botella la he comprado especialmente para la ocasión: a ver, la primera vez que uno va al mar tiene que celebrarlo. Comer aquí, en la arena, con las gaviotas chillando... Es como estar en el paraíso.

Lo malo es que hay alguien más.

Se acercan dos tipos.

Los miro con mala cara. Maldita sea, ya podrían poner su toalla en cualquier otro sitio, en la otra punta de la playa por ejemplo, en lugar de venir a molestarnos. Pero no, vienen sonriendo hacia nosotros.

—¡Hola!

Sólo verlos ya me ponen nervioso, con sus cazadoras estadounidenses, sus pantalones de lino con dobladillo y sus zapatos tipo Elvis. El mayor lleva gafas oscuras de aviador —siempre he querido tener unas, pero cuestan un ojo de la cara—, el pelo castaño cortado como es debido y gasta una sonrisa de chulo que querrías borrarle con un par de bofetadas. El otro es más joven, más delgaducho; debe de tener nuestra edad y es el que carga con la bolsa de playa.

Yo respondo con un movimiento de cabeza para darles a entender que no tenemos ganas de charlar, pero ellos se plantan igualmente delante de nosotros y dejan su bolsa llena de arena encima de nuestra manta. Van bien equipados, los muy cabrones: gafas de buzo, aletas, raquetas de playa, de todo... Está claro que no es la primera vez que van al mar.

—¿El doctor Livingstone, supongo? —dice el mayor, detrás de sus gafas.

El otro se carcajea, no sé por qué, y Solange me interroga con la mirada.

—Eh... no.

Al oír mi respuesta se ríen todavía más, y luego el mayor se sienta

como si nada encima de nuestra manta para seguir con su numerito.

—Ya empezábamos a perder la esperanza de encontrar un rastro de civilización... ¿Sois indígenas?

—No le hagáis caso a mi hermano —dice el más joven desternillándose—. Siempre es así.

Nos tiende la mano, primero a mí y luego a Solange. Ambos nos dicen cómo se llaman, como si a nosotros nos importara, y el más joven nos explica que son parisinos, que es su último día de vacaciones, que sus padres siempre se marchan los últimos para evitar los atascos, y que la playa vacía es aburridísima cuando uno la ha disfrutado en pleno mes de agosto.

—¿Vosotros también estáis de vacaciones?

—No. Sólo hemos venido a pasar el día.

—Entonces vivís por aquí.

—No muy lejos.

—¿Os apetece comer con nosotros?

La pregunta me pilla desprevenido. Miro a Solange y farfullo un poco, pero ya es demasiado tarde, ya están sacando su pícnic: una barra de pan, una lata de sardinas y un salchichón. Me habría gustado decirles que preferiríamos estar solos, pero como no estoy acostumbrado a tratar con gente no sé cómo expresarlo de manera educada. De repente sacan de la bolsa un transistor de última generación, cromado y con antena desplegable.

—¿Música?

Ésta es una palabra mágica para Solange. Contesta «por qué no», y el ambiente se relaja en el acto. Estamos lejos de todo y el aparato chisporrotea. Finalmente consiguen sintonizar una emisora; aunque no se oye muy bien, se reconocen las letras de las canciones. *Everybody say yeah. Yeah*. Ésa no me gusta mucho, pero sé que a Solange le encanta, y por lo visto a esos dos también, porque siguen el ritmo con la cabeza. *Everybody say yeah*, y ellos repiten «*yeah*». Se desternillan, chasquean los dedos, se contonean, y el mayor sube el volumen al máximo. Se acabaron las gaviotas. Este tipo está mirando a Solange con sus gafas de sol de una forma que no me gusta nada, pero bueno, igual son imaginaciones mías.

—Puedes bailar, si quieres —le dice él riendo.

Ella contesta que no con la cabeza y entonces él se pone a cantar señalándola con el dedo: «Se acabaron las vacaciones, el verano ha llegado a su fin.»

La botella está más que mediada, así que doy un trago, luego dos, tres, antes de que me dejen sin nada, y luego muerdo su salchichón para compensar un poco. No sé si será por el mar, pero lo encuentro saladísimo y doy otro trago. Con el sol, el tinto se me sube un poco a la cabeza.

—¡El último que llegue al agua pierde!

No sé quién ha dicho eso, pero todos salen disparados, menos yo, porque me da igual. Ya puestos, cojo unas de sus gafas de buzo, que me estaban tentando desde hace rato y me gustaría ver los peces. Una vez en el agua, lo único que veo es al chico mayor que salpica riendo a Solange, y eso me oprime un poco el corazón. Para él es fácil, claro. Es un viejo, tiene veinte años. Es guapo y lleva gafas de aviador, como los pilotos estadounidenses.

Por primera vez tengo la impresión de que ella no me mira.

Pero también yo puedo mirar para otro lado.

Además, es libre de hacer lo que quiera.

No se ve nada debajo del agua. Arena, algas y los pies del otro tonto. Encima lo veo todo turbio por el vaho y el agua que entra en las gafas, que se me suben por la nariz y aplastan contra la cara. El tubo entre los dientes sabe a plástico quemado. He visto pasar un pez, o tal vez era un alga. El hermano pequeño se burla de mí porque me quedo arrodillado donde cubre poco y en cambio él sabe nadar crol, igual que el actor de Tarzán.

—¿Quieres que te enseñe?

—No, no hace falta.

Busco a Solange con la mirada, pero ha salido del agua con el otro, que la frota con su toalla y su sonrisa de parisino. Siento una especie de retortijones en el estómago. Ella se sienta y él también, muy cerca. Él habla, ella no. Solange mira a lo lejos, pero sé que lo escucha, la conozco lo suficiente como para saberlo. El pequeño continúa con su crol, como si me interesara el asunto.

—¡La braza es de chicas!

El mayor se inclina hacia Solange y la vuelve a frotar con la toalla, pero esta vez ella lo rechaza. Un poco, al menos. Él se echa a reír, se atusa el pelo y le murmura algo al oído. Trato de captar la mirada de Solange, pero ella sigue observando algo en la lejanía, quizá la vela blanca que destaca más allá, en el horizonte.

—¿Y bucear? Al menos sabrás bucear, ¿no?

De pronto él intenta besarla. El corazón me da un vuelco. Ella se aparta, pero él la coge por la cintura. Solange se resiste y él la tumba en el suelo, se le abalanza encima y hunde la cara en su cuello.

Corro como un loco, luchando contra las olas, con el otro imbécil carcajeándose a mis espaldas y el mar empujándome hacia adentro.

Solange forcejea para soltarse, pero él sigue riendo, le mete la mano entre los muslos, le arranca el sostén y le manosea los pechos. Con la arena hundiéndose bajo mis pies casi no avanzo, es como si mi cuerpo pesara una tonelada. Tengo miedo de llegar demasiado tarde, me pongo a berrear, pero nadie me oye. Solange palpa con la mano buscando algo, lo que sea, entre los restos del pícnic, y yo agarro al tipo por el pelo, lo tiro hacia atrás y le grito que lo voy a matar, pero ya está muerto, el desgraciado, tiene el sacacorchos clavado en el cuello y los ojos vidriosos. La sangre sale a chorros y su mirada se cruza con la mía, pero creo que no me ve, hace unos ruidos extraños, como un gorgoteo, un gorgoteo de sangre que me salpica.

La cabeza me da vueltas.

De rodillas en la manta, con el sostén roto y el pelo lleno de arena, Solange respira fuerte. Las salpicaduras de sangre en los hombros, los pechos y la barriga parecen verdugones. De nuevo se ha quedado absorta mirando la vela a lo lejos. Me doy la vuelta y caigo en la cuenta de que el hermano pequeño sigue allí, en el agua. Nos mira con la boca abierta y los ojos entornados. Cuando comprende lo que está sucediendo, echa a correr. Y yo también echo a correr: nos ha visto y no podemos dejar que se vaya. No podemos.

Mis pies contra la arena hacen un ruido sordo de tambor que me resuena por toda la cabeza. El hermano pequeño resbala con las algas, cae boca abajo, intenta levantarse, pero yo ya me he abalanzado sobre

él. Se revuelve, me golpea, araña, llora, y me dan ganas de llorar a mí también, pero no tenemos elección. No tenemos elección, si se escapa estamos perdidos. Le arreo un puñetazo que le echa la cabeza hacia atrás, lo arrastro hasta las olas, lo cojo por los hombros y lo empujo hacia abajo. Lo hundo hasta que ya no asoma ni el pelo. Él patalea, me aferra las muñecas y lanza un largo grito agudo que resuena de una manera extraña debajo del agua. Yo mantengo la presión, con la mandíbula apretada. Las lágrimas me resbalan por la cara, noto la sal en los ojos y oigo el chillido de las gaviotas. Hay muchísimas burbujas, como si el mar estuviera hirviendo. Grito para infundirme valor; siento que el chico se mueve todavía, se agarra, se arquea, pero se queda sin fuerzas. Sus dedos se sueltan y su cuerpo se vuelve pesado.

Sube lentamente a la superficie, con los ojos abiertos y la boca un poco torcida.

Creo que está muerto.

Creo que mi vida está acabada.

6

Las nubes han llegado de repente, con el viento. Casi parece que nos persiguen mientras dejamos atrás los acantilados, y en el mar se ha formado una línea gris en el horizonte. Entornando los ojos se ve todavía el sol a través, y si los cierro del todo sigue ahí, detrás de los párpados, como un fantasma. Siento que aún huele a mar.

Y a sangre.

Y eso que lo he lavado todo. Lo he enjuagado, escurrido todo, a merced de las olas. Frotando fuerte, hasta dolerme las manos, para que no quedara nada, ni una huella, ni una gota, y menos aún ese olor a óxido que me daba arcadas. Lo demás lo hemos dejado atrás, sin pararnos a pensar, porque lo único que queríamos era marcharnos de allí. De todas formas, no había mucho que hacer. Quizá podríamos haberlos tirado a los dos al agua, con su bolsa, sus toallas, sus aletas, su ropa y sus gafas, esperando que la corriente se los llevara mar adentro y nadie los encontrase jamás. Igual tendríamos que haberlo hecho, pero he cogido la mano de Solange y nos hemos alejado lo más rápido posible.

Ella no ha dicho una palabra.

Justo delante hay un bosque y yo me digo que, una vez que nos adentremos en él, estaremos protegidos. Ya no podrá vernos nadie. Podremos recobrar el aliento, dejar en el suelo este maldito cesto que me siega el hombro y tal vez darnos un abrazo. Lo repaso todo mentalmente, minuto a minuto, y el nudo en la garganta es tan fuerte que me duele. Me digo que podríamos haber actuado de otra forma. Que podríamos haberles dicho que no. Que les dejábamos la playa para ellos. Desde que el sol ha desaparecido detrás de las nubes, Solange, con el vestido empapado, no ha parado de tiritar, y aunque diga que sí con la cabeza cuando le pregunto si está bien, sé que está conteniendo las lágrimas. No ha sido buena idea meterse en el mar toda vestida, pero lo entiendo. Quería lavarlo todo, su cuerpo, su pelo,

su ropa, como para borrar el recuerdo de lo que acabábamos de hacer.

Pero va a terminar cogiendo una pulmonía.

Entonces le paso el brazo por los hombros —como si así pudiera calentarla— y le digo que todo saldrá bien, que vamos a encontrar la carretera, que la parada de autobús no debe de quedar muy lejos y que, con un poco de suerte, no tendremos que esperarlo mucho rato. Que podemos hacer autoestop, que debemos ir deprisa, que así entraremos en calor y... Justo en ese momento veo una casa entre los árboles. Bueno, más que una casa es una cabaña, un cobertizo, no sé cómo llamarlo. Acelero, tirando de Solange, mientras el cesto se va enganchando en las ramas de los arbustos. De entrada desconfío, pensando que igual nos topamos con los padres de los dos chicos, pero parece que el tejado está medio en ruinas, y delante del cobertizo hay un viejo Citroën Traction con el capó abollado oxidándose entre las zarzas. Desde luego, nadie pasaría las vacaciones en un lugar así, y menos aún si se trata de gente vestida a la última moda.

No hay puerta, tampoco ventanas, sólo un postigo con una bisagra suelta que cuelga de la fachada. Se cae a trozos, pero nos servirá para cobijarnos, y ahora que empieza a llover nos viene de perlas. No puedo creer que caiga un chaparrón ahora, después de todo este sol.

—Habría que hacer fuego —digo al ver una chimenea recubierta de hollín.

Con eso casi le arranco una sonrisa a Solange, que sabe perfectamente que lo único que yo puedo encender es un cigarro. Nunca he sido capaz de hacer fuego, ni con leña seca, periódicos, cerillas y una chimenea deshollinada el día anterior. Como a ella le castañetean los dientes, lo intentaré de todas formas, aunque tenga que gastar todo el mechero con esos troncos viejos comidos por la humedad que no arderían ni con un lanzallamas.

Qué rabia me da.

Solange se ha sentado en un rincón, apoyando la espalda en la pared, con los brazos abrazando las rodillas y el vestido empapado pegado a la piel. Los labios, antes pálidos, se le han puesto morados, y tengo la impresión de que su mirada me traspasa, como si no me viera.

—No consigo encenderla.

Ella también ve que no lo consigo, pero necesito hablar, decir algo. No me gusta cuando se encierra en su mundo, así que trato de que vuelva aquí, conmigo, a esta cabaña que huele a tierra y a humo.

—Solange.

Lentamente, con la punta de los dedos, aparto los rizos que le caen sobre la cara.

—Solange.

Sigue con la mirada perdida, yo me siento a su lado.

—Mírame.

Poco a poco, muy despacio, levanta la cabeza. Entonces me pongo a parlotear como un imbécil para que no vuelva a encerrarse. Le explico por qué no prende el fuego, por culpa de las corrientes de aire y la madera húmeda, pero también por mi culpa, porque soy un desastre. Le enseño el mechero, que se ha quedado vacío y sólo hace chispas. Fíjate, mira esto. Ella mira, aunque sé que le da igual. A mí también me trae sin cuidado el puto mechero, es sólo por decir algo, y funciona, porque me lo quita de las manos y, sin decir nada, me lo vuelve a meter en el bolsillo. Después levanta la vista y me mira, por fin. Solange es así, como un pájaro. Al menor gesto brusco, se acabó, sale volando hasta posarse en algún sitio donde nadie la puede alcanzar.

—No puedes quedarte así. Vas a ponerte enferma —le digo.

Le explico que le voy a dar mi camisa, que ella se va a quitar el vestido, que lo vamos a secar como podamos y que, con suerte, todo va a acabar bien. Nadie nos ha visto, nadie pensará que hemos sido nosotros, somos demasiado jóvenes. Y no somos unos delincuentes, ni siquiera vivimos aquí. Hago un esfuerzo para decirle todo esto, pero ella ya no me escucha. Se ha levantado y, con las manos en la espalda, ha empezado a desabrocharse el vestido. Se me acelera el corazón, y eso que ya la he visto desnudándose en la playa, pero esto es distinto. Tengo la impresión de estar mirando por el agujero de una cerradura. Me digo que debería volverme, pero no lo consigo, no puedo evitarlo, y me quedo mirando hasta que el vestido se desliza hasta sus pies, y entonces pienso que cómo es posible que sea tan hermosa. Me he

quitado la camisa y se la tiendo murmurando algo, pero ella me mira fijamente a los ojos. Tengo tantas ganas de abrazarla que casi me mareo. Ella también tiene ganas y, de hecho, me dice «ven», pero yo estoy muerto de miedo. Sí, muerto de miedo. Me da vergüenza, me digo que un hombre no tiene miedo de las chicas, pero también que no sé cómo funciona esto, que no sé besar, ni acariciar, ni todo lo demás. No debe de ser tan complicado, porque todo el mundo lo hace, hasta los chicos del colegio presumen de eso en el patio. Sí, ya sé que hay que girar la lengua en el sentido de las agujas del reloj y masajear los pechos, también en el mismo sentido, como si fueran masa de pan, eso lo sabe todo el mundo. Si fuera otra chica igual no me cortaría tanto. De hecho, seguro que no me cortaría en absoluto. Lo malo es que no es otra chica. Es Solange.

—Ven.

Yo me acerco, claro, pero estoy indeciso y me tiemblan un poco las manos.

—¿Estás segura?

Lo está. Yo no lo estoy tanto, pero la tengo tan cerca... tan cerca que hasta noto su respiración, el olor de su pelo y el escalofrío que le recorre la espalda. No sé dónde poner las manos, en sus caderas, en su espalda, quizá eso sea ir demasiado rápido, o al revés. Me gustaría saber en qué momento hay que empezar a amasar los pechos. Tiene la piel suave, increíblemente suave, además de helada, así que la abrazo, con sus muslos pegados a los míos y sus pechos aplastados contra mí. Con eso se me empina enseguida. Es terrible, se me pone muy dura, y yo me digo que es demasiado pronto, que es una falta de respeto. Temo que me rechace. Temo que se burle de mí. Temo que necesite flores, cumplidos y todo eso que les gusta a las chicas. Pero ella se sigue acercando hasta que nuestras frentes se tocan. La mirada le arde como el fuego, pero también le tiemblan las manos, y eso me tranquiliza.

Ánimo.

Acerco los labios, ella retrocede, después vuelve, nos rozamos, nos tocamos, chocamos un poco con la nariz. Me besa suavemente, una vez, dos veces, y después soy yo quien la besa. Un poco demasiado

fuerte quizá, y ella sonríe, porque parezco un toro. Tiene los labios muy suaves, igual que su piel. Procuro no pensar que he comido salchichón y bebido vino, aunque no parece que a ella le moleste, además, qué demonios, ella también ha bebido. Muevo la lengua y me siento raro. He olvidado que debo hacerla girar, ya no sé en qué sentido, pero noto que la suya me responde, así que lo olvido, me olvido de todo y cierro los ojos. Nos estamos dando un beso de verdad.

La manta está empapada; ya no sé quién la ha extendido en el suelo. Nos hemos tumbado encima, agarrados el uno al otro, incapaces de despegarnos siquiera un segundo. Ahora Solange está desnuda, completamente desnuda, y yo también... después de haberme contorsionado como un idiota para quitarme ese dichoso pantalón acartonado por la sal. Nos besamos una y otra vez. Rodamos, nos tocamos, nos olemos. Ella hunde la cabeza en mi cuello y me envuelve con su pelo. Su olor se convierte en el mío. Ya nada importa, ni la lluvia, ni la tierra, ni el hollín, ni la madera húmeda, ni siquiera lo que ha pasado en la playa. Ella es lo único que veo, lo único que siento. Paso la mano entre sus muslos, el corazón me late cada vez con más fuerza, noto el vello erizarse bajo mis dedos.

—Despacio.

Retiro la mano, farfullo algo para disculparme, pero ella me sonríe. Me atrae hacia ella. Su respiración se vuelve agitada. Tiene ganas, sé que tiene ganas. Eso me da ánimos, hace que me empalme aún más y a la vez me da miedo... El hombre tiene que dar la talla en la cama. Aunque la cama sea una manta empapada, encima de un suelo de tierra pisada. Aunque no tenga ni la menor idea de lo que hay que hacer. Nos tanteamos, nos buscamos, nuestras manos se cruzan entre las piernas, yo me vuelvo a disculpar... Caigo en que me he olvidado de amasarle los pechos, que igual es eso lo que me tiene atascado, que lo hago fatal. Y de repente estoy dentro de ella. Es una sensación increíble, un calor como no he sentido nunca, una especie de vértigo. Busco la mirada de Solange, querría decirle que la quiero, que es lo más hermoso que me ha pasado en la vida, pero ella hace una mueca. Entonces me retiro a toda prisa, con la sensación de haber hecho algo

malo, sin saber muy bien qué.

—Perdón. Lo siento mucho.

Ella se incorpora, se acomoda en la manta y me alarga la mano sonriendo.

—Ven aquí.

Sentado a su lado, con la verga trempada entre las piernas, me siento como un completo imbécil. Casi ni me atrevo a mirarla, y eso que está más guapa que nunca, desnuda encima de la manta.

Con la punta del índice, me obliga a volver la cabeza hacia ella.

—Ha estado muy bien, Bébert.

—No me llames así.

Me da un beso en la frente, y de pronto siento que mi corazón se aligera, porque la conozco y sé leer lo que hay en sus ojos.

Cada día la misma calle. Las mismas casas estrechas, con las cortinas corridas. Las mismas papeleras, los mismos coches. Y la lluvia, siempre la lluvia, esa llovizna del norte que no para nunca.

Es una hora extraña, una hora bastarda en la que el cielo duda, no es de día ni de noche, la calle se desdibuja. La hora en la que se apagan las luces, las tijeras vuelven a los cajones, los sillones se alinean frente a los espejos. Como un decorado de muñecas que se hubiera limpiado con lejía. Ella se ha anudado un pañuelo en la cabeza, porque todavía llueve y porque está de moda. Se ha ceñido el cinturón del impermeable color crema y se ha cambiado los zuecos de trabajo por unos zapatos de salón. Nadie va a fijarse en eso, en esta ciudad de provincias donde el tiempo carece de importancia, pero lo cierto es que su reflejo en el cristal parece una página de una revista de moda, o una foto robada a una parisina. Ésa es su manera de sentirse viva.

La persiana metálica ya está bajada, el candado oxidado se ha cerrado, la peluquería ha quedado desierta, y el cielo se ha inclinado del lado de la noche. Hace frío, un frío otoñal, y las farolas chisporrotean con timidez, como si todavía estuvieran dormidas.

Sólo está ella. Y el ruido de sus pasos.

Luego se perfila una voz, una silueta, el tintineo de un juego de llaves. Un buenas noches al que ella no responde, ya ha oído muchos saludos como ésos, más de los que podría contar, y también risas y silbidos de transeúntes, de desconocidos, de padres de familia, de obreros en sus furgonetas. Así que agacha la cabeza y aprieta el paso, pero él insiste. Buenas noches. Los pasos del hombre resuenan sobre los adoquines, ella percibe un olor a sudor, un hedor a colilla. Entonces él añade «señorita» para que suene más elegante. Es usted encantadora. Lo dice mientras aprieta el paso, enseñando su sonrisa de dientes amarillos bajo el haz de una farola. Pelo gris, pelo graso, aplastado hacia atrás para disimular la calvicie, y ese aliento agrio que le sopla en la cara. Ella desvía la mirada, pero lo siente allí, muy cerca, casi rozándole el hombro. Señorita. La trata

de usted, de tú, suelta halagos que suenan como salivazos. Preciosa, muñeca. Eres un bombón, en serio, estás como un tren.

Ella ha apretado el paso, pero las calles de pueblo son largas. Nadie se imagina lo largas que llegan a ser.

Él intenta retenerla por el brazo. Exige que lo miren, que lo escuchen cuando habla. Es lo mínimo, una muestra elemental de educación. Ya vale, no te hagas la remilgada, con esa falda y ese pañuelito en la cabeza está claro lo que quieres. Se envalentona y la toca, con una brutalidad ácida. Y esta calle que no se acaba nunca, de puertas desesperadamente cerradas, de postigos que sellan casas mudas. Ella querría gritar, pero él la inmoviliza contra la pared, la deja sin respiración, y mete las manos bajo el impermeable, tratando de abrirse paso entre los muslos. Eso es lo que ella anda buscando, lo que ella quiere.

Zorra.

Entonces, en alguna parte, se abre un postigo que da paso a un rayo de luz. Él se ha detenido, jadeante, con la mirada al acecho; al fin y al cabo están en una población pequeña, lleva una alianza, tiene hijos, amigos y una familia. Se retoca el pelo con mano febril, escupe su aliento a colilla y sonríe, mientras ella se aferra al faldón de su impermeable de parisina.

No te preocupes.

No pasa nada.

Era sólo una broma.

7

Vaya, mira por dónde, ya es oficial, los Beatles se separan. A mí me importa un bledo, nunca me ha gustado mucho su música, y menos aún sus estúpidas túnicas indias. Solange, en cambio, es otra historia. Me parece que incluso ha llorado un poco. Así que nos tragamos el álbum doble, el de *Ob-la-di, Ob-la-da*, durante todo el día, y entre lavado y lavado de cabeza nos preguntamos cómo vamos a seguir viviendo sin ellos. La verdad es que viviremos la mar de bien, con o sin los Beatles, y que nunca hemos sido más felices.

Hemos tardado diez años, pero al final tenemos nuestra peluquería. Nuestra propia peluquería, exactamente como la queríamos, con las paredes de un cálido color naranja, con unas grandes flores beige, unas luces de globo en el techo y unas bonitas fotos enmarcadas en el escaparate. Por más que la gente diga que hay demasiados peluqueros, nunca hay demasiados, sobre todo aquí, con todas esas viejas chismosas que se mueren de aburrimiento y todas esas jóvenes que no tienen ningunas ganas de dejar su pelo en manos del barbero de su padre. Están hartas de los cardados cursis, y Solange es una entendida, cuando se trata de asuntos de moda. Es capaz de hacerles el corte de Catherine Deneuve, o de quien sea, con sólo mirar las fotos de una revista. Yo no, pero tampoco me desenvuelvo tan mal. Me ocupo de las mechas, de marcar el pelo, de los tintes y de los hombres, porque con los hombres es más fácil. Tres tijeretazos, una pasada con la máquina de afeitar por la nuca, y asunto concluido. Eso demuestra que cualquiera puede hacer este trabajo, incluso después de haber bregado en obras de construcción y trajinado cajas en los mercados. También fui vigilante de noche —durante poco tiempo porque casi no nos veíamos— y lavé coches en una gasolinera. Yo soy así, no me complico la vida. Fue Solange la que insistió en enseñarme; cada noche, al volver del trabajo. Ella sabía que al final abriríamos nuestra peluquería, aunque le destrozara las puntas o le dejara un flequillo de

mendiga. Lo tenía todo previsto: el nombre, los colores, la decoración, las plantas... Eso la ayudó a resistir, a pesar de sus jefes, que la trataban como a un mueble, su sueldo de miseria y todos esos pares de zapatos que nunca se pudo comprar. Sabía que al final nos íbamos a desquitar. Tuvimos que esperar, desde luego, ahorrar y comer patatas en todas las comidas, no había otra. Y tuvimos suerte, porque su madre tuvo la feliz idea de morirse —es lo único que hizo por su hija— y le dejó su casa. Una casa inmunda. Estaba peor que antes, hecha una verdadera ruina. De todos modos la vendimos bien; el vecino ya le tenía echado el ojo. Me hace gracia pensar que es precisamente esa mujer, que nunca quiso conocerme, quien me ha permitido hacerme peluquero por mi cuenta.

A los veinticinco años, no está mal.

La libertad.

Bueno, casi.

—¡Señor Solbert! Hace media hora que estoy esperando.

—En un minuto la atiendo.

Solange me guiña discretamente el ojo y yo me río para mis adentros, porque todos los clientes acaban llamándonos así. Es lógico: Peluquería Solbert. Yo ya le dije que se prestaba a confusión, pero aún no ha nacido la persona capaz de hacer cambiar de idea a Solange. Además, me gusta eso de usar un nuevo apellido y llevar una nueva vida. Es un poco como si estuviéramos casados.

Preparo a la clienta para el lavado. La temperatura está bien, ni demasiado caliente ni demasiado fría.

—¿Se ha enterado? ¡Los Beatles se separan!

Que si me he enterado... Solange acaba de volver a poner el dichoso disco por enésima vez y canta por lo bajo. «*Back in the US, back in the US, back in the USSR*.» El señor como se llame que espera su turno la mira de reojo —como si yo no lo viera— desde detrás del *Paris Match* abierto en la página de ciclismo. Eddy Merckx ha vuelto a ganar, pero a este tipo Eddy Merckx le importa un rábano. Sólo la mira a ella, con su vestido de grandes flores color violeta, las botas de cremallera y el fular con estampados indios anudado en la frente. Pues sí, hombre, es la mujer más guapa del mundo. La está desnudando con la mirada y

me entran ganas de darle un bofetón, pero no estaría bien hacerle eso a un cliente y en el fondo me llena de orgullo. Ella no lo ha elegido a él. Ni a él ni a ningún otro. Por algo nos llaman Solbert.

De todos modos, es cierto que ella nunca había estado tan radiante. Desde que inauguramos la peluquería siento que se está abriendo como una flor. Eso de ser feliz no es tan complicado. Sólo hay que tener un poco de pasta, un poco de suerte y un montón de proyectos de futuro. Algún día abriremos otras peluquerías, aquí y en otros lugares, puede que incluso en París, para peinar a Mireille Darc y a Romy Schneider.

Mientras tanto yo le hago las mechas a la señora Barnier.

—Mi preferida es *Love Me Do*.

Y su preferido es George. Porque es guapo y misterioso, aunque yo no veo por qué, pero me da igual, así que la dejo hablar. En realidad me parece estupendo que esos cuatro imbéciles se separen, así la gente dejará de decirme cuál es su preferido. Nunca he entendido cómo se podía fantasear tanto a partir de una carátula de disco. Como si fueran a venir aquí, a Montreuil-sur-Mer, a cantar *Love Me Do* en la sala de fiestas y a acostarse con la señora Barnier.

Menos mal que tenemos el gato.

Bueno, la gata.

Basta con que enseñe la punta de la cola para que paren todas las conversaciones. Se acabaron los Beatles. Va de regazo en regazo, se mete entre los asientos, frota la cabeza contra un zapato... Lo que suelen hacer los gatos, vamos. Lo curioso es que esta gata tiene algo especial, un poco como Solange. No sé cómo explicarlo, pero cuando ella pasa, todos la miran. Todos la quieren tocar. Además, también es pelirroja. Y bastarda, seguramente, porque la recogimos en la calle, bajo la lluvia, entre un montón de cubos de basura. Creíamos que iba a cazar ratones y no caza nada de nada, pero los clientes la adoran. Yo también le he cogido cariño a *Minette*. Sí, ya sé, *Minette* no es un nombre muy original. Solange quería ponerle un nombre de estrella de cine, pero nos lo jugamos a suertes y gané yo.

—¡Uy, cómo ha engordado su gata!

—¿Eso cree?

Sí, lo cree. Y como tiene gatos, tienta y palpa, con aires de sabelotodo.

—¡Es lo que pensaba! Va a tener gatitos.

—No es posible. Si no sale nunca...

—Pues parece que sí. O si no, será la Inmaculada Concepción.

—No entiendo...

—La Santa Virgen, si prefiere.

Se echa a reír, la muy idiota, y yo me enfado un poco, pues tengo la sensación de que me toma por bobo. No me hace falta que nadie me explique qué es la Inmaculada Concepción: me lo metieron en la cabeza a golpes de regla. Junto con las tentaciones de Cristo, la multiplicación de los panes y todas esas pamplinas.

—Lo que no entiendo es cómo ha podido pasar.

—Bah, ya se sabe con los gatos...

La mirada de Solange busca la mía en el espejo. Ya sé lo que piensa, teme que me pelee con la señora Barnier, pero se equivoca, porque no voy a gritarle a una clienta de buenas a primeras.

Le sonrío, pero sigue con cara seria.

Entonces coloco a la señora Barnier debajo del casco, le pongo una revista en las manos y me reúno con Solange, que me espera en el almacén. Se ha sentado allí, encima de las cajas que nos han entregado por la mañana, con los brazos cruzados y esa mirada ardiente que le cambia el color de los ojos cuando tiene algo importante que decirme.

Todo eso por una clienta que me quiere tocar las narices con la Santa Virgen.

—Tranquila. No pensaba contestarle.

—No quería hablarte de eso.

—Ah. ¿Pasa algo?

Con la punta de los dedos, se retuerce un mechón.

—Tengo un retraso.

—¿Un retraso?

—Albert...

Tardo un momento en pillarlo. Después todo se aclara de golpe, el gato, la Inmaculada Concepción, como si el arcángel Gabriel acabara

de pasar por la ventana para explicarme la vida.

—Quieres decir que…

—Sí. Estoy embarazada.

8

Seis. Seis gatitos rosados, tan pequeños como una patata nueva. *Minette* no ha hecho las cosas a medias. Me gustaría quedármelos todos, pero es imposible. Esto es una peluquería y no un criadero, y si ya con una sola tenemos que ir rastreando las cacas, imagínate con toda esa tribu. Por ahora no hay problema, no molestan, con los ojos todavía cerrados y esos grititos que hacen, pero dentro de unos días, cuando hayan mamado bien y empiecen a correr por todas partes, será otro cantar.

No hay muchas soluciones, la verdad, pero aún no tengo ganas de pensar en eso.

Tampoco tengo ganas de pensar en el niño que Solange lleva dentro. No vamos a poder quedarnos con él. ¿Qué haríamos con un crío? Trabajamos como burros, de lunes a sábado, de las siete de la mañana a las ocho de la noche, y el domingo hacemos limpieza general, las peluquerías como la nuestra no se limpian solas. Cada noche pasamos la fregona, pero con eso no es suficiente, por eso el día del Señor nos dedicamos a limpiar a fondo en lugar de ir al cine como todo el mundo. Pero no nos quejamos, lo hacemos porque queremos, y algún día podremos comprarnos un coche de segunda mano, ir a un buen restaurante de vez en cuando o incluso contratar a una empleada.

No, no hay sitio para un niño en nuestra vida. *Minette* ronronea en su cesto, con sus seis patatas ciegas, y se deja acariciar la cabeza cerrando los ojos. La hemos instalado en el apartamento, aquí se está más caliente y no la molestan los chavales que acompañan a su madre a la peluquería. Procuro no tocar demasiado a los gatitos: les cogería cariño muy rápido, y eso es muy arriesgado. No hacen más que retorcerse, maullar y dormir. Y todos se parecen tanto que me pregunto si tendrán un color de verdad.

Estos últimos días las cosas están un poco tristes por aquí. Solange ya no enciende la radio al volver del trabajo —no me quejo de eso

precisamente— y se pasa casi todo el tiempo encerrada en el cuarto, leyendo unos libros latosos que saca prestados de la biblioteca. A solas en la cocina, con los gatos maullando sin parar, engullo la cena con la vista fija en el plato, y francamente no se puede decir que disfrute comiendo. Nunca me lo habría imaginado, pero, como siempre estamos juntos, ahora que como solo me siento como si cebara a una oca. Me cuesta tragar la comida, así que tomo un último sorbo de vino y devuelvo parte del puré a la cazuela.

Vamos a tener que hablar.

Otra vez.

Dudo un momento antes de entrar en la habitación, como si no fuese la mía, como si fuera a colarme en su mundo sin haber sido invitado.

—¿Estás dormida?

—No.

Mis ojos tardan unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad. Luego todo vuelve poco a poco a su lugar. La mesita de noche, la pila de libros, la alfombrilla de piel de cordero, mis zapatos delante del armario... La forma blanca de las almohadas, la mía, la suya, que siempre está puesta encima de otra para reclinar la espalda. Y la silueta de ella, sentada en la cama, con las piernas cruzadas y las manos en las rodillas. Todo está tan silencioso que se oye caer la lluvia fuera.

—¿Qué haces a oscuras?

—Nada.

Alargo la mano hacia la lámpara de la mesita y entonces pienso que la va a deslumbrar, de modo que me siento a su lado. Cuando está así lo mejor es no decir nada, rodearle los hombros con el brazo y esperar a que apoye la cabeza en la mía, pero hoy no me atrevo. Tengo la impresión de que está frágil, de que podría romperse al más mínimo gesto. Es una tontería, ya lo sé. Hay mujeres embarazadas por todas partes y, mientras no se demuestre lo contrario, no se resquebrajan cuando las tocan.

—¿Lo has pensado? —le pregunto, apoyando con suavidad la mano en su muslo.

Sus ojos se abren, casi relucientes en la oscuridad, y se clavan en los míos. Se queda así un buen rato. El suficiente para que se me haga un nudo en la garganta y me entren ganas de decir cualquier cosa, lo que sea, con tal de romper ese silencio agobiante.

Entonces suelto todo lo que me viene a la cabeza, que no podemos, aunque me encantaría, que nuestro sueño era la peluquería, que un sueño es algo muy valioso, que ya habrá tiempo de tener críos, que ya se sabe cómo acaban las cosas cuando uno no puede ocuparse de ellos, que no vale la pena nacer para acabar en el orfanato, comiendo cartílago, dejándose manosear por los curas y recitando el Evangelio.

Me para con un gesto, con tanto parloteo le habré dado dolor de cabeza.

Aunque quizá sólo sean ganas de llorar.

—Búscame a alguien.

—¿A alguien?

—Para sacarlo. No va a salir solo.

De repente la cuestión se vuelve real y ya no sé qué decir. Entonces la rodeo con los brazos, la abrazo, pero no siente nada. Su mirada se ha vuelto a ir no sé adónde, lejos de aquí, a un país que no existe, allí donde nunca la he podido seguir. Le acaricio el pelo. Le digo que todo saldrá bien, que yo estoy a su lado, que no hay nada que temer. Su cuerpo es como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos y, aun así, se mantiene derecha, muy derecha, porque es fuerte, mucho más fuerte que nadie de este mundo.

Entonces me inclino hacia ella y le susurro al oído lo que no le he dicho nunca, o en todo caso no así, con palabras.

—Te quiero.

Mantiene la mirada fija, pero me aprieta la mano.

Con eso me basta.

De golpe le pregunto si tiene hambre, porque ha sobrado puré, y enseguida me arrepiento al ver que eso rompe un poco la magia. De todas maneras, no quiere comer puré.

Hablando de patatas, tengo que ocuparme de los gatos.

Cierro con cuidado la puerta para volver a la cocina, donde *Minette*, acostada en su cesto, me ofrece la cabeza para recibir una caricia. Me

duele verla tan confiada, ronroneando sobre la palma de mi mano. Le voy a quitar sus gatitos. Los seis. Y sin poder explicárselo, porque a un gato no se le dan explicaciones. He cogido una bolsa del cajón, una bolsa de plástico, y me digo que van a estar muy apretados ahí dentro, pero qué importa, de todas formas la van a palmar, y además son demasiado pequeños para darse cuenta. Me arrodillo delante del cesto, rasco la barbilla de *Minette*, y al notar el roce de sus dientecillos en la mano, sin saber por qué, me entran ganas de llorar. Me da vergüenza, los hombres no lloran, y menos por unos gatos, y además, qué demonios, antes, en la habitación, no he derramado ni una sola lágrima.

Cojo uno, al tuntún.

Es gris, me parece.

Minette no dice nada, la pobre, sólo se ha levantado para meter la cabeza en la bolsa, pero yo la aparto y voy cogiendo los demás. Uno por uno, cada vez más deprisa, para no alargarlo, para que paren de dar esos maullidos que me parten el corazón. Maldita sea, hay gente palmándola todos los días en Vietnam, y yo me pongo así por una camada de gatos. Es ridículo, no sé qué me ha dado. Y *Minette* empieza a soltar unos largos maullidos, como si llorara.

Yo también lloro, hostia.

Yo también.

No tiene nombre, ni edad, sólo una cara como de cera, manos de campesina y grandes ojos negros inexpresivos. Y esa cocina vieja y descolorida, fosilizada en su mugre, con las paredes de un amarillo desvaído.

Las llaman hacedoras de ángeles.

Curioso sitio para hacer un ángel. Una mesa. Una mesa de fórmica, una humilde mesa de cocina con las patas roídas por el óxido. Una luz mortecina que alumbra los dibujos del hule. Ciervos, perros, árboles. No hay nada más, aparte de la penumbra, la noche en pleno día, el olor a humedad que atraviesa las paredes y el ruido sordo de los camiones que circulan por la nacional. Curioso sitio para hacer un ángel. Nadie se va volando desde aquí, jamás.

Desnúdate.

Hasta ese momento Solange habría podido jurar que no sentía nada. Sin embargo, algo se despierta en su interior, un miedo casi animal que le sube por las piernas y acaba formando un remolino en su vientre que parece un enjambre de alfileres. Ha dejado la ropa en una silla, se ha quitado las botas y el fular indio. Después las bragas, lentamente, de mala gana, porque eran su última armadura, su último parapeto.

En el suelo hay un cubo. Un cubo vacío.

Querría marcharse, ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde, pero ya es demasiado tarde, la mesa está puesta y la mujer sin edad ha sacado una aguja larga de calceta. Él está ahí también, con su aire afligido, su mirada triste y sus discretas caricias. Como si no viera la lona de plástico extendida bajo la mesa, los paños de color dudoso y la botella de aguardiente que sirve de desinfectante.

Se ha subido a la mesa, sola, rechazando la mano tendida. Ha abierto las piernas y ha cerrado los ojos bajo los dedos de la mujer sin edad, que se queja de que no será fiesta. Demasiado apretado, demasiado estrecho. Nos da a entender que tendríamos que haberlo pensado antes, en vez de follar como conejos. Esta dichosa juventud de hoy en día, con sus

pantalones floreados…

Abre las piernas.

Un poco más.

Con los ojos cerrados, permite que la tumben boca arriba, con pensamientos tan confusos que impactan entre sí como coches de choque. Querría aferrarse a ellos, elegir uno, un retazo de cielo, un camino en medio de un bosque, pero se deshacen, se escapan, se deslizan entre sus dedos. La única imagen que le queda es la de una aguja, una larga aguja de calceta, de esas que se utilizan para hacer gorros, bufandas, mitones y prendas suaves para el invierno, y también para hacer ángeles, los ángeles que hay que buscar en el fondo del vientre de la juventud con pantalones floreados.

Separa bien las piernas.

Un murmullo junto al oído, una mano familiar sobre la frente. Lo siente de pie cerca de ella y eso la tranquiliza un poco, aunque él le esté agarrando las muñecas, aunque la aguja esté a punto de entrar dentro de ella en un instante.

Y entonces lo imagina, por primera vez imagina a su ángel, con su cabeza todavía calva y los puños cerrados, en algún lugar de su vientre. Como si su ángel fuera consciente, como si estuviera esperando. Ella querría saberlo todo, el olor de su piel, el color de sus ojos, el color de su pelo, saber si es pelirrojo también, como ella, como todos esos niños con los que nadie quiere jugar.

Un pañuelo entre sus dientes.

Aumenta la presión en las muñecas.

Y ella llora, porque su ángel va a volar.

9

Me encanta esta carretera. Parece de película, da vueltas como un tiovivo por encima del mar, un mar tan azul que parece de mentira, con esos destellos de luz que hacen guiñar los ojos. Huele a resina, a vacaciones. Sí, a vacaciones de verdad, no como esas excursiones de los domingos a los acantilados del norte. El viento me hincha la cazadora, el cabello de Solange se arremolina en el aire, y por los retrovisores de la Vespa veo cómo le brillan los ojos.

Hay una curva detrás de otra y la carretera sigue hacia arriba. Acelero, contento de haber alquilado esta Vespa blanca abollada, que, aunque es fea, tiene la potencia suficiente. Además, es muchísimo mejor que un coche. Es una maravilla esta sensación de velocidad; el cuentakilómetros marca setenta por hora y me parece estar volando. Todo me resulta embriagador, el viento, los olores, el sol, el rojo de las rocas sobre el fondo azul del mar... Es condenadamente bonito. Y entonces Solange me da un golpecito en el hombro: ahí delante hay un cartel donde pone MIRADOR y la gente se para a disfrutar del paisaje.

Bueno, digo gente, pero en realidad sólo vemos un coche, un Jaguar Tipo E, tan fantástico que casi hasta me olvido de mirar el mar. Es la primera vez que veo uno de verdad, descapotable, gris metalizado y tapizado de cuero negro en el interior.

Es el coche más bonito del mundo.

Busco el caballete —esta Vespa pesa una tonelada— mientras Solange se precipita al borde del vacío. Siento un hormigueo en el estómago por culpa del vértigo, pero sonrío de todas formas viéndola abrir los brazos de cara al viento. Como siempre, parece salida de una revista, con su blusa blanca, el cinturón ancho y los vaqueros acampanados que le marcan las nalgas a la perfección. Y como siempre, atrae las miradas, incluso aquí, en medio de la nada, en este mirador donde se supone que lo que mira la gente es el mar. Me he acostumbrado, creo que incluso me gusta, pero esta vez me fastidia un

poco porque ese tipo conduce un Jaguar. Ya lo he pescado tres veces mirándola. Lleva una cámara de fotos en la mano y, con todo el descaro, la enfoca con el objetivo. Así, tranquilamente, delante de mis narices. Y entonces va y le saca una foto.

Es alucinante.

—¡Eh! ¿Qué cree que está haciendo?

El muy idiota me sonríe, con esa pinta de espárrago, el pantalón beige apretado, los botines con cremallera y la camisa abierta hasta el ombligo.

—*Perfect moment*.

—¿Qué?

—El *momentou perfectou*.

Ya te daré yo el momento perfecto... Además, eso de «*momentou*» sólo lo diría un inglés de esos que exageran adrede su acento para ligar, pero ésa no es la cuestión.

—Perdón —me dice tendiéndome la mano—. Stephen. Stephen Powell.

La mano se le ha quedado en el aire y yo me planteo si debo estamparle la mía en la cara, pero ese gilipollas resulta casi patético, y, como nadie dice nada, se lanza a explicar que es fotógrafo, que aquí todo es hermoso, el mar, el cielo, Solange, la Vespa blanca y yo. Que no se puede dejar escapar el *momentou perfectou*. Que esa foto serviría para una portada de *Vogue*. Solange capta la alusión y sonríe, claro, pensando en el montón de revistas que tenemos en la mesa del sofá, descoloridas de tanto pasar las páginas. Se las sabe de memoria, cada conjunto de ropa y cada maldito par de zuecos.

Y ahora el tipo se pone a hablar con ella, como si yo no estuviera ahí, con sus giros extraños y sus gestos amanerados.

—Es usted maniquí, ¿verdad?

—No.

—Modelo.

—No.

—Ah. ¿En serio?

Como no es una pregunta, ella no responde, pero sí reacciona con un gesto de modestia que me crispa un poco mientras él sigue dándose

aires. Él es un entendido en maniquíes, va con su oficio... su *job*. Saca fotos para *Vogue*, *Marie Claire*, *Marie France*, y para otras revistas de las que no he oído hablar pero que hacen chispear los ojos de Solange.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Albert.

—¿A qué te dedicas, Albert?

—Soy peluquero.

—¡Guau!

No sé a qué viene ese guau, pero acto seguido me pregunta si peino chicas en los platós. No, no peino chicas en los platós. Los únicos platos que conozco son los de comer.

—*Guys*, ¿venís a tomar algo? Mi casa queda a diez minutos de aquí y tengo champán en la nevera. Piscina, barbacoa... Ya veréis, es genial.

—No, gracias.

—¿Estáis seguros?

—Sí, estamos seguros...

Lo malo es que Solange está menos segura que yo, y se nota, así que el tipo repite que hay champán, porque ya debe de haberse imaginado que no tomamos champán todos los fines de semana, y yo me pregunto qué clase de individuo querría descorchar una botella para beber con desconocidos.

—Alquilo una casa aquí todos los veranos. Para las sesiones de fotos. Igual os gustaría ver mi estudio...

Solange ya está convencida. Me consulta con la mirada y, al ver que dudo, el muy cabrón me remata tendiéndome las llaves del coche.

—Venga, *let's go*. ¿Quieres conducir el *automovile*, Albert?

No, no quiero conducir el *automovile*. Acabo de sacarme el carnet, no me apetece coger mal una curva con su V12 y no vamos a dejar la Vespa aquí. Además, su bólido sólo tiene dos plazas. Aun así, tengo ganas —muchísimas ganas— de sentarme en un Jaguar tipo E, de ponerlo en marcha, levantar el capó, abrir el maletero, la guantera y toquetear todos los botones cromados del salpicadero. Una ocasión así sólo se presenta una vez en la vida.

—Vale. Te seguimos.

Y es así como, poco después, nos encontramos circulando detrás de un Jaguar para ir a tomar champán a casa de un fotógrafo que no sabe pronunciar las erres. No sé por qué, la cosa me da mala espina.

Lo de diez minutos era un decir, o será que el tipo cuenta en minutos de Jaguar, porque con la Vespa se tarda media hora larga por una carretera llena de baches que nos hacen rebotar en el sillín. De todas formas es agradable conducir así, en medio de los pinares, rodeados por el canto de las cigarras. Me da por pensar que eso de las vacaciones es fantástico, que somos libres, que podemos decidir, así de golpe, ir adonde queramos y sin preocuparnos de nada.

Al fin y al cabo estamos en la Costa Azul, el sitio con el que tanto habíamos soñado.

Y hablando de sueños, pasamos por un portón que da a un jardín increíble, lleno de pinos mediterráneos y adelfas, un jardín de narices alejado de todo, con vistas al mar. La casa es increíble también, toda acristalada y con gruesos pilares de cemento. Cuesta creer que se sostenga en la pendiente de la colina, casi en el vacío, como si estuviera apoyada en una enorme terraza. Pero lo mejor es la piscina, azul como el cielo, y las tumbonas de madera con gruesos cojines colocadas de cara al mar. Yo ni siquiera imaginaba que pudiera existir una casa así.

—*Home sweet fucking home!*

No entiendo nada de lo que dice, aunque sí me arrepiento un poco de haberlo tomado por un charlatán, con su teleobjetivo y sus cuentos de maniquíes.

Y todavía no hemos visto nada. El tipo nos conduce al interior, diciendo medio en francés medio en inglés que ésta es nuestra casa —ya me gustaría—, que todos los amigos se sienten aquí como en casa y que podemos tomar lo que queramos. El bar está ahí, el tabaco allá. Y el tocadiscos, claro. Cualquiera pensaría, con todos esos kilómetros de elepés alineados en las estanterías, que estamos en una tienda de discos. Justo entonces pone música, enseñándome la carátula de un disco con un guiño, como si yo lo conociera. Es muy gracioso con sus discos en inglés, pero a mí me va más Johnny Hallyday. Solange se ha sentado en una especie de sillón con forma de gota de agua que está

colgado de una cadena. Cruza las piernas, hace girar el trasto y cierra los ojos moviendo la cabeza al ritmo de la guitarra. Le pega tanto el decorado que parece como si viviera aquí, y yo me digo que igual un día, cuando tengamos nuestra peluquería en París, también nosotros tendremos dinero para alquilar una mansión como ésa, con muebles modernos, cristaleras con vistas al mar y una moqueta blanca en la que uno siente como si caminara encima de una nube.

El tipo ha terminado de liar un cigarro en el que ha metido no sé qué dentro. Lo enciende entornando los ojos y da una profunda calada antes de pasárselo a Solange.

—No cojas eso —le digo, viéndola dudar.

El tipo me mira con guasa.

—¿No fumáis?

—Esto no. Sólo tabaco.

—Vale... Como queráis. Pero no es nada malo, ¿eh? Sólo es hierba.

—Ya lo sé.

—Marihuana. Mary Jane. Es lo mejor para relajarse, *guys*.

El tipo me empieza a cansar, con tanto insistir en pasarnos el porro en lugar de ofrecernos la barbacoa que nos había prometido... Porque al final resulta que la nevera está vacía, y por una razón que no he entendido muy bien. Era un lío de unos amigos que por lo visto se largaron con la comida, creo, aunque no tiene mucho sentido. Si alguien quiere robar algo en esta casa, no va a llevarse precisamente unas salchichas. Con lo del champán, en cambio, no ha mentido. Saca una botella de Moët & Chandon que debe de costar un dineral y nos sirve unas copas hasta el borde.

—*Cheers!*

Miro a Solange y le susurro al oído que más valdría que fuéramos a comer pescado a la orilla del mar, tal como teníamos previsto, pero noto que no le apetece irse, y menos cuando el tipo se pone a perorar sobre la moda, las fotos, la inspiración, el sol del Sur y las pieles bronceadas. No es fácil captar el instante, el *momentou perfectou*, la portada que todo el mundo se va a disputar. Me fastidia tanto que me resulta difícil hasta decir por qué, pero, como a ella le brillan los ojos, me conformo pensando que es un mal momento que pronto pasará.

Y entonces va y pone un disco de los Beatles, también él.

O igual es ella quien lo ha escogido.

En el borde de la piscina la cosa cambia, con el viento, el olor de los pinos y ese azul luminoso que ocupa todo el cielo. Todavía se oye la música, *I me mine, I me mine, I me mine*, pero desde aquí no me taladra tanto la cabeza. Así que me aposento en una tumbona y miro cómo hablan sin oírlos. Es una sensación extraña, como si estuviera muerto, como si Solange hubiera rehecho su vida y viviera allí, en esa casa de ricachón y con ese imbécil de fotógrafo. No sé por qué pienso en eso, con lo desagradable que es. Quizá porque a ellos les gustan las mismas cosas y yo tengo gustos más simples, o porque me da miedo perderla, como tantas otras veces, después de todos estos años, y cada vez que un tipo la mira siento como si el corazón se me estrujara igual que un papel arrugado en una papelera.

—¿Vienes, Bébert? ¡Vamos a ver el estudio!

El tipo responde que puedo quedarme en la piscina si lo prefiero, pero como yo veo perfectamente que él está deseando quedarse a solas con ella, los acompaño. El estudio no es más que un cuartucho que hay en el extremo del pasillo, con un trípode, dos proyectores, un chisme para reflejar la luz y una sábana blanca tendida sobre la pared. Hay también un estuche de peluquería con lo mínimo imprescindible, unas tijeras de mediana calidad, tres pinzas de nada y un tubo de laca. Para eso no valía la pena hacer todo ese camino, la verdad.

—Mira, te voy a enseñar —dice el tipo con la cámara en la mano.

Empuja a Solange para situarla delante de la sábana blanca y, para no quedar mal, me pregunta qué me parecen el look y la luz. Yo gruño un poco porque no sé qué decir, pero él ya ha empezado a disparar, dándole instrucciones. Más a la izquierda, más a la derecha. Muy bien. Avanza, retrocede, ponte de perfil... Se te da bien, estás muy sexi. Ella suelta una risa cohibida —yo sé que está cohibida—, y el tipo se detiene para poner música en un *comediscos*. Para dar ambiente, como en las sesiones de fotos.

Come on baby light my fire.

El volumen a tope.

Y el humo de su porro, que me da náuseas.

Solange se relaja, empieza a bailar, y el tipo se contorsiona con su cámara, con una rodilla en el suelo, sentado, de pie, y venga a acercarse a ella. Los fogonazos no paran. Me duelen los ojos y no entiendo cómo se lo monta ella para no pestañear. Igual él tiene razón y de verdad está hecha para eso.

—*Yeah, baby. Go get it!*

Ahora ella se ha soltado y baila con los brazos abiertos como un pájaro, se envuelve con la música, como si el tipo hubiera desaparecido y estuviéramos solos en nuestra habitación.

—¡Vamos, Albert! —me dice el tipo de repente, empujándome hacia ella.

—¿Cómo que «vamos»?

—Baila con ella.

—Eh... No, me parece que no.

Él insiste, Solange me tiende las manos y al final me acerco, pero me siento ridículo. Si de entrada ya bailo como un pato, sólo falta que encima me hagan fotos.

—*Closer*. Más cerca.

Solange me coge por las caderas riendo y me pongo a mover un poco los pies. Un paso adelante, un paso atrás, como en los bailes de pueblo, pero haciendo muecas con tanto flash.

Maldita sea, no entiendo por qué razón estoy aguantando todo esto.

—¡Acércate! Es tu mujer, ¿no? Abrázala.

Me cohíbe un poco abrazarla delante de él, así que lo hago a regañadientes, con la punta de los dedos, siguiendo más o menos el ritmo, como buenamente puedo. Él lo encuentra gracioso y dice algo por debajo de la música, sin dejar de disparar, y me empuja por la espalda.

—Tócala. Bésala.

Venga ya. ¿Y qué más? La guitarra me taladra las orejas. Él no oye mi respuesta, pero alarga la mano hacia ella, el muy gilipollas, y le levanta la túnica para dejar a la vista sus pechos.

—¡Así!

Lo aparto con un golpe seco, listo para arrearle una buena, pero por lo visto le parece muy divertido.

—*Take it easy, baby*. Es una sesión de fotos.

Nos miramos mosqueados y él nota que la cosa se pone tensa. Entonces nos suelta un discurso en su jerga, apenas audible entre la música, sobre cómo dejar de lado el pudor cuando una quiere ser modelo. Estamos en los años setenta, la pareja es *has been*, todo el mundo es libre de hacer lo que quiera, lo que cuenta es el amor.

Ya, y un cuerno.

—La próxima vez que la toques, te doy un puñetazo —le contesto cortándolo.

Eso también lo encuentra divertido.

—¿Sabes, Albert? Si tu mujer quiere ser modelo, tendrá que seguir las reglas del juego.

—Ella no quiere ser modelo. Lo que quiere es montar peluquerías.

—¿Ah, sí?

Solange me mira a los ojos, sin contestar, y de repente entiendo de qué estaban hablando antes. No sé qué le habrá prometido, pero ella se lo ha creído, tiene esperanzas, como si eso fuera suficiente para renunciar a sus sueños.

—Ya. ¿Y para ser maniquí hay que enseñar los pechos?

—*Oh, man*. Eres tan... ¿Cómo se dice? Chapado a la antigua. Conoces Louis, ¿no?

—¿A quién?

—¡Louis!

Totalmente pasmado, por lo visto, de que no conozca a Louis, se pone a rebuscar en una pila de revistas para sacar una que me agita delante de la cara. *Lui*, la revista del hombre moderno, con una rubia con los pechos al aire en la portada.

—¿Habrás comprado alguna vez *Louis*, por lo menos?

—No. Por si no te has enterado, tengo pareja y no necesito pelármela con revistas guarras.

Levanta la vista al cielo suspirando, con el aire irritado de un padre que sermonea a su hijo.

—Bueno. ¿Sabes qué, Albert? Vas a esperarnos fuera y nosotros terminaremos de hacer las fotos.

Me quedo dudando. Miro a Solange y pienso en nosotros, en la

peluquería, en nuestra vida. Aunque se me revuelvan las tripas, si es eso lo que quiere, si es eso lo que la hace feliz, no tengo derecho a privarla de ese momento, ni siquiera con la mirada de deseo del gilipollas ése, que vuelve a apoyar la mano en la cadera de Solange como si nada.

—¿Continuamos, *darling*?

—Yo no poso en pelotas.

—¡Claro que no! Sólo te quitas la parte de arriba, en *topless*.

—No, ni la de arriba, ni la de abajo. No me quito nada.

Me aguanto para no sonreír, y esta vez es él quien pone mala cara. Seguro que no son muchas las que se le resisten, con sus bonitas promesas, su casa de lujo y su estudio de fotógrafo.

—Sois unos pequeños burgueses —dice con una risotada, encogiéndose de hombros.

Luego tira la cámara de fotos a un sillón, murmura algo en inglés y empieza a apagar los proyectores. Solange se queda plantada delante de la sábana blanca, sobre un fondo de órgano y un montón de guitarras.

Try to set the night on fire.

—¿Se ha acabado?

—Sí, se ha acabado. ¿Qué te crees, que se llega a ser modelo así como así, diciendo «no hago esto, no hago lo otro»? *You think you're special?* Chicas como tú las hay a patadas y puedo asegurarte que darían lo que fuera para estar ahora en tu lugar.

Solange escucha en silencio, como siempre, pero yo sé que cada palabra le sienta como un puñetazo en el estómago. Y a mí también me sientan mal, pero me callo, porque ella y yo somos una sola persona. De todas formas, el tipo no deja correr el asunto al darse cuenta de que ella duda.

—Tú verás qué te conviene.

Por mi parte, no hay nada que ver, pero no se dirige a mí, sino a ella.

—De acuerdo.

No me puedo creer que haya dicho «de acuerdo». El gilipollas se pone a sonreír otra vez. La devora con los ojos. Seguro que se le ha

puesto tiesa, como si ella ya estuviera en pelotas. Como me saca de quicio, salgo del estudio y lo oigo hablar con su peculiar acento: quítate esto, ponte ahí... Me dan casi ganas de largarme, de dejarla que se menee hasta mañana delante del objetivo de ese imbécil, si es eso lo que quiere. Ya sólo faltaría que me viera obligado a hacer de carabina. Podría coger la Vespa y marcharme sin decir nada, o llevármela conmigo, tanto si le gusta como si no, porque todo tiene un límite. En vez de eso, me bebo de un trago lo que queda del Moët & Chandon, esperando que acaben pronto esa estúpida sesión de fotos, consciente de que si intervengo me lo reprochará toda la vida. Pero la botella está ya vacía y la idea de que esté sola con ese individuo me hace un nudo en el estómago, así que me pongo a escuchar. No consigo oír nada más que la música.

Me acerco.

Da igual que me vean, me importa un comino.

Han subido el volumen, los bajos hacen vibrar el suelo y, por el resquicio de la puerta, los veo tumbados en el suelo encima de la sábana blanca, muy juntos, demasiado, ella sin sujetador y él sin camisa. Primero siento una especie de descarga eléctrica y luego entiendo lo que está pasando. Ya no se hace el simpático, ya no ríe. Le agarra las muñecas por encima de la cabeza y trata de besarla como si quisiera morderla. Por eso me ha dicho que me vaya, por eso ha puesto la música a tope. El pulso se me acelera y siento tanta rabia que la sangre me arde en las venas.

Me arrojo sobre él.

Le clavo las tijeras en la garganta, la sangre me salpica la cara, él pone los ojos en blanco y creo que yo empiezo a gritar. Se da la vuelta, se bambolea, jadea... Con la boca abierta, se aprieta el cuello con las manos y la sangre le chorrea entre los dedos. Todo da vueltas con él, me entran ganas de vomitar. Un chorretón rojo en la sábana blanca, un proyector que se cae, la música que se para con un crujido. Se levanta, tropieza, quiere salir, lo cojo por el brazo, pero su envergadura me supera, aunque ya es un peso muerto que se viene abajo como un saco encima de la moqueta. Y todavía se mueve, hostia. Todavía tose. Me salpica, proyecta franjas de rojo en las

paredes, el olor de la sangre me revuelve el estómago. Nunca he conseguido olvidar ese olor a herrumbre que se queda impregnado en las manos, en la nariz, entre las uñas.

Esto ya lo he vivido, joder.

Ha dejado de moverse, pero la sangre sigue manando. Le empapa el jersey y corre como una marea negra, formando una aureola a su alrededor. Ahora parece casi un icono, un Cristo muy pálido de esos que cuelgan en la pared para redimirnos del pecado. Entonces, sin saber muy bien por qué, le quito las tijeras de la garganta y le corto un mechón de pelo.

Como recuerdo.

Solange espera, de pie, de espaldas a la pared, como si no hubiera pasado nada, como si aún no se hubiera acabado esa maldita sesión de fotos. Tiene sangre en el pantalón y en el pelo, y trozos de cristal debajo de las botas. Se ha pasado la mano por la frente y ha dejado una huella roja con los dedos, pero tiene la vista desenfocada. La miro y no sé qué decirle. Quisiera darle la mano, pero de repente se recobra y vuelve a nuestro mundo. Se inclina sobre el sillón, coge la cámara, la observa y luego la deja caer al suelo con una especie de indiferencia. Debajo de sus talones hay un *Lui*, la revista del hombre moderno, con una doble página abierta en la que aparece una chica a cuatro patas.

Se sienta, me mira, abre las piernas.

—Ven. Tengo ganas.

10

Lo había preparado todo. Lo tenía todo previsto, hasta el último detalle. Todo menos a ese gilipollas de fotógrafo.

Y ahora me entran las dudas.

Se ha hecho de noche tan deprisa que no he visto ponerse el sol, y por encima del mar han aparecido un millón de estrellas. Así es exactamente como imaginaba este momento: la carretera de la costa, la vuelta del paseo con el frescor de la noche, el reflejo de la luna que forma un manto de lentejuelas sobre las olas, el olor a resina... Y los brazos de Solange en mi cintura y el viento que nos agita el cabello. Como si no hubiera pasado nada. Dentro de unos minutos llegaremos al cruce que sube a la colina y habrá que tomar una decisión, volver al camping o girar a la izquierda.

Es una tontería renunciar ahora.

El cruce aparece en el haz del faro, me lo planteo de nuevo y finalmente... qué diablos, me desvío por allí, sólo se vive una vez. Qué más da lo que haya pasado hace un rato; de todas formas no va a cambiar nada, y todavía siento en la piel y en la lengua el olor de Solange. Eso es lo que cuenta, nada más. Además, si mañana llueve, se me van a complicar los planes.

La Vespa renquea en la subida, yo le doy al gas y el corazón se me embala un poco al pensar en lo que voy a hacer. Me digo que es ridículo tener miedo ahora, y aun así, aunque he ensayado mentalmente muchas veces esta escena, me siento como si estuviera saliendo a la pizarra para recitar una lección que no he aprendido bien. Desde luego, es el colmo, no he dejado nada al azar. Esta carretera la conozco, ya he pasado tres veces por aquí, a las seis de la mañana, con el pretexto de ir a comprar cruasanes, mientras Solange dormía en la tienda.

Ella, por su parte, empieza a preguntarse adónde la llevo.

—¿Adónde vamos?

—Ya verás. Sorpresa.

Me gustaría verle los ojos en el retrovisor, pero está demasiado oscuro y ha apoyado la cabeza en mi hombro, porque ha sido un día largo y el viento se nos sube a la cabeza, y porque le gusta dejarse llevar sin planificar la ruta.

Aún faltan unas cuantas curvas para llegar a lo alto de la colina, a esa pequeña explanada rodeada de pinos que tiene unas vistas alucinantes del mar. De noche todavía es más bonito. Bajo las estrellas, en medio de la naturaleza, la ermita es como una cabaña de pastor. Aparco detrás, para no estropear el panorama, mientras Solange se fija en la pequeña cruz del campanario.

—Es bonito, ¿eh?

—Sí, es bonito, pero...

—Espera. Ya te he dicho que era una sorpresa.

Ella pone cara de extrañeza, no entiende qué hacemos aquí en plena noche, sobre todo con lo que acabamos de vivir, y yo le guiño el ojo, consciente de que en su lugar lo encontraría igual de raro.

—Ven por aquí.

Le cojo la mano para llevarla al borde, frente al mar.

—Ahora te colocas aquí, cierras los ojos y no te das la vuelta hasta que yo te lo diga, ¿vale?

—Vale...

Como cuando éramos niños, abre discretamente un párpado en cuanto oye mis pasos en la gravilla, pero la conozco demasiado para dejarme engañar.

—¡He dicho con los ojos cerrados!

Su sonrisilla me da ánimos.

La dejo de cara al mar para volver a la Vespa y sacar el radiocasete de la bolsa de la playa. Lo demás cabe en el bolsillo de mi cazadora: un mechero para las velas y el casete que he grabado antes de salir. Por si Solange lo veía, he puesto en la etiqueta «Concierto Johnny», el tipo de música que ella nunca escucharía, aunque fuera el último casete de la tierra. Echo un vistazo para comprobar que sigue de espaldas, mirando al mar, respiro hondo y me dispongo a entrar en la ermita...

Y me encuentro con que está cerrada.

Vaya por Dios.

Intento forzar la manecilla, diciéndome que no es posible, que no puede ser que alguien venga a cerrar todas las noches esta ermita de mierda, pero por lo visto sí viene, porque no puede haberse cerrado sola. Repaso todo lo que tengo preparado en el interior: el camino de velas que va hasta el altar, una foto enmarcada en la que salimos los dos, las dos copas, la botella de champán...

No hay nada que hacer, la dichosa manecilla no cede.

—¿Qué haces? —dice Solange, que empieza a cansarse.

Rebusco en los bolsillos. Me quedan dos velas, dos del paquete de cincuenta que he distribuido por todo el interior. Da igual, las coloco a un lado y otro de la puerta, siempre será mejor que nada, y las enciendo como puedo, protegiendo la llama del viento.

—¡Un segundo! No te muevas.

Se queda quieta, pero se nota que le divierte oírme trajinar a sus espaldas.

—Espero que la sorpresa valga la pena.

Cuanto más tiempo pasa, menos vale la pena, pero es demasiado tarde para echarse atrás.

Coloco la radio en equilibrio encima de una roca, meto el casete y le doy al «Play», confiando en que el viento nos deje oír algo. Luego me acerco rápidamente hasta Solange contando los segundos, tal como hice ayer y esta mañana, cuando marqué el sitio con un montoncito de guijarros. Tres, cuatro, cinco...

C'est un beau roman, c'est une belle histoire

C'est une romance d'aujourd'hui

La agarro por los hombros y entonces se da la vuelta. La escena es desde luego menos mágica de lo que había previsto. Dos velas delante de una puerta cerrada —para colmo, una se acaba de apagar— y a ras de suelo la voz de Michel Fugain tratando de competir con el viento. Nada que ver con la capilla vacía e iluminada con cuarenta y ocho velas sólo para nosotros dos. Pero da igual, sólo es un decorado.

Ils se sont trouvés au bord du chemin

Sur l'autoroute des vacances

C'était sans doute un jour de chance

Bueno, a lo mejor sí que es importante. De todas formas, ya no hay tiempo para dudar: hinco una rodilla en el suelo y saco del bolsillo el estuche de terciopelo con el anillo. Aunque no es el diamante que me habría gustado —ése costaba un riñón—, es un anillo muy bonito, chapado en oro, con contraste y todo. Solange me mira con los ojos tan abiertos que me hace perder el hilo del discurso que había preparado, pero me niego a sacar ahora el papelito y me lanzo a improvisar.

—No es exactamente como quería pedírtelo, Solange, pero ¿quieres casarte conmigo?

Creo que no ha entendido la pregunta, o quizá lo estoy haciendo fatal.

Cinco segundos de silencio, los más largos de mi vida.

—¿Lo dices en serio, Bébert?

—A ver, ¿tú qué crees?

Cuando comprende que estoy de rodillas con un anillo y no estoy bromeando, se arrodilla también y pega su frente a la mía.

—Qué detalle tan bonito...

—¿Eso quiere decir que sí?

Aguanto la respiración aunque en el fondo estoy seguro de que dirá que sí.

—No.

—¿No? ¿No quieres?

—No es eso, pero... Eso del matrimonio no está hecho para nosotros. Lo sabes perfectamente. ¿Nos ves en el ayuntamiento, vestidos de punta en blanco delante de un imbécil con banda tricolor? No necesitamos nada de eso.

Llevamos tanto rato en esta postura que empiezan a dolerme las rodillas, y además me siento ridículo, así que me siento en las escaleras y contemplo fijamente el mar intentando aparentar indiferencia.

—Bueno. Pensaba que iba a gustarte.

—¡Y me ha gustado!

—Pues no lo parece.

Se sienta a mi lado, pegada a mi hombro, y noto que sonríe.

—¿Sabes qué? Sí quiero casarme contigo, Bébert, pero no delante del señor alcalde, ni delante del cura, sino solos los dos, aquí mismo, ahora.

Casi se me saltan las lágrimas. Ya sé que es bobo, pero esto que acaba de decir es lo más bonito que he oído en mi vida. La miro, le aparto el pelo de la cara y pienso en la suerte que tengo. La última vela se ha apagado y la siguiente canción cae como un pelo en la sopa. Eso sí, nunca había visto tantas estrellas.

Pour un flirt

Avec toi

Je ferais n'importe quoi

Pour un flirt

Apago esa música chillona, la ayudo a levantarse y le rodeo la cintura, como en las películas, aunque en ese instante anhelo tener un chicle a mano. Con tantas emociones, tengo aliento de foca.

—¿Puedo besar a la novia?

Hace como que no quiere, pero noto que tiene ganas de jugar y eso me pone cachondo. Sin embargo, intento disimular lo dura que se me ha puesto, porque, maldita sea, al final esto es una boda en toda regla.

—Antes tienes que ponerme el anillo.

Tiene las manos frías y el anillo le queda un poco grande. Qué más da, acabamos de casarnos aquí mismo, delante del mar, con este viento que se lo lleva todo y el calor de su cuerpo junto al mío. Es perfecto, joder. Ya pueden quedarse sus ceremonias, sus oraciones y sus puñados de arroz al salir de la iglesia. Solange me besa en el cuello. Deslizo las manos por debajo de su camisa y sonrío como un bobo. Soy feliz y nada puede estropear este momento, ni la ermita cerrada, ni las velas apagadas, ni toda esta sangre seca en la ropa.

11

Hay dos escuelas: con hielo y sin hielo. A mí me da igual, el pastís sabe a vacaciones y con eso me basta. Uno se acostumbra a eso de tomar el aperitivo debajo de los pinos, incluso cuando no está habituado a salir por ahí con gente. Es algo sencillo, tranquilo, simpático. Cada uno lleva algo, una botella, unas patatas fritas o una caja de quesitos La Vaca que Ríe. Lo típico del camping, vamos. Me gustan esos momentos en que todos nos reunimos como en familia —bueno, me imagino— para hablar de esto y de aquello mientras comemos un poco de salchichón. Está el monitor de windsurf, el mecánico de Montbéliard y los parisinos con sus cuatro críos. También hay perros y gente de paso que salta de un camping a otro hasta la frontera con Italia. Aquí nadie vendrá a darme la lata con la moda. Aquí la gente viaja en Simca, va en camiseta de tirantes y zapatillas, fuma Gitanes y no pretende darte lecciones.

Alguien ha sacado las cartas para jugar una partida.

Sentado en mi silla plegable, un poco apartado de los demás, con los dedos en la arena, escucho el ruido de las olas pensando que fue una buena decisión quedarnos aquí. Si hubiéramos recogido los bártulos de repente, en medio de las vacaciones, habríamos levantado sospechas. Además, habíamos pagado por adelantado. Dos semanas de camping en temporada alta cuestan un ojo de la cara, aunque nuestra parcela, la 29, sea un poco más barata porque queda delante de los lavabos. De todas maneras, si nos buscan nos encontrarán, aquí o en otra parte, por eso más vale que aprovechemos los once días que nos quedan.

Estoy tranquilo, aunque tal vez no debería estarlo.

Solange también está tranquila. En su tumbona frente al mar, con las piernas cruzadas, un sombrero de paja y un vaso de zumo de manzana. Piensa lo mismo que yo, que no nos pasó nada hace diez años y no nos va a pasar nada ahora. Nadie vio nada y la casa del

fotógrafo queda por lo menos a treinta kilómetros. No dejamos nada allí, ni siquiera una colilla, y el carrete de fotos lo quemamos en un cenicero. Así que Solange disfruta del tiempo que nos queda, del canto de las cigarras y del viento que le agita el pelo. Sin embargo, parece que nunca van a dejarnos en paz: un tipo bigotudo se ha sentado a su lado en la arena.

—¿Qué tal estás?

A él le importa un comino si está bien o está mal, lo que quiere es entablar conversación. Hacía ya un buen rato que se paseaba por la playa con un cigarrillo en la boca, vaqueros cortos superajustados y una toalla colgada del hombro en plan informal. Yo había pensado que o bien buscaba la manera de apuntarse al aperitivo, o bien se estaba armando de valor para abordar a la chica más guapa del camping. Y sí, era eso. Porque Solange es, por supuesto, la única que lleva gafas de sol extragrandes, sandalias de plataforma y camisas floreadas. La parisina, la llaman, y también la princesa. Los atrae como moscas.

Se presenta, Jean-Pierre o Jean-Luc, no lo he oído bien, y luego se pone a soltar un rollo de que no tiene residencia fija, que vive al día, según lo lleve el viento, y que los encuentros en la playa nunca ocurren por casualidad. Ya no recuerda dónde estuvo ayer ni sabe dónde estará mañana. Y en vista de que Solange no parece impresionada con eso, añade que en realidad él busca paz y amor, que ya hizo la guerra, o más bien la revolución, tirando adoquines a los polis con los niños bien del Barrio Latino.

Como si eso cambiara las cosas.

—¿Qué? ¿Me invitas a una copa? Los hombres son como las plantas, ya sabes: hay que regarlos.

Solange, sin despegar la vista del mar, responde lacónicamente que no le apetece invitarlo a una copa, pero él insiste, toqueteándose el bigote como si se lo quisiera alisar. No soporto a esos imbéciles que se ríen de sus propias bromas.

—Eres dura conmigo. ¡Menos mal que tengo reservas!

Sus reservas son una botella de Ricard, que lleva colgando de la bolsa de playa como si fuera un termo. La abre y se la tiende a

Solange, para hacer un brindis.

—¿Qué bebes?

—Zumo de manzana.

—¿A la hora del aperitivo? A ver, eres mayor de edad, ¿no?

—Sí.

—¿Qué edad tienes? ¿Veinte años?

—Veinticinco.

—¿Y en veinticinco años no te han dicho nunca que el aperitivo es sagrado? A estas chicas hay que enseñárselo todo...

Solange vuelve la cabeza hacia mí y, aunque no le veo los ojos detrás de las gafas de sol, capto su llamada de socorro. Entonces le digo algo sin importancia, solamente para demostrar que no estoy ahí para pasar el rato, pero el tipo hace como si le importara un bledo. Será que en las manifestaciones se acuestan todos con todos.

—¡Bueno, si no te gusta el pastís, te voy a buscar un whisky! Tengo de todo en mi furgoneta.

—Estoy bien, gracias.

—¿Tampoco? Pues vaya...

Con el culo en la arena y las piernas separadas, agita los cubitos en el vaso. Y de repente, tiene una iluminación.

—Estás embarazada, ¿es eso?

Esta vez ella lo mira directamente a los ojos porque algo le ha removido las entrañas.

—¡Por eso bebe zumo la princesita! ¡Está preñada! ¡Lleva un pastelito en el horno! Venga, mujer, a mí puedes contármelo.

Sin responder, Solange le coge la botella de pastís y da tres tragos seguidos antes de devolvérsela. Yo sonrío. Él se ríe a carcajadas, parece que lo encuentra excitante, y la desnuda con la mirada. Si yo no estuviera allí ya la habría llevado a su furgoneta para ofrecerle su whisky y sus cuentos de barricadas. A estas alturas yo ya debería estar acostumbrado, pero siempre me saca de mis casillas ver cómo los vuelve locos a todos.

—Fíjate cómo saca las uñas —va y me dice riendo, como si fuéramos amigos de toda la vida.

—No hay que confiarse.

—¡Ya veo, ya!

El sol está bajando en el horizonte y el cielo muestra unos colores alucinantes. Aquí anochece igual todas las tardes, como si hubiera fuegos artificiales. Es también el momento en que alguien pone en marcha un radiocasete, para crear ambiente en la segunda ronda. Un paquete de tabaco circula de mano en mano. Huele a carbón de leña y a esa especie de espiral que se quema para espantar a los mosquitos. Dentro de poco se encenderán las lámparas delante de las tiendas, como si fueran farolillos de un parque de atracciones. Esta noche, sin embargo, no pienso en las salchichas a la brasa sino en ese imbécil que se ha pegado a Solange como una lapa. Lejos de todas las miradas, con toda tranquilidad. Finalmente le ha llenado el vaso y ahora le cuenta sus tonterías con grandes aspavientos. Que si ha hecho esto, que si ha hecho lo otro. Que si te rozo el hombro, que si te doy un codazo de complicidad. Por más que procuro no prestarle atención, sabiendo que en realidad no tengo por qué preocuparme, me preocupo de todas formas. Es superior a mí. Voy y vengo, vigilo de reojo, enciendo un cigarrillo. Le hago una discreta señal a Solange. Ella me sonríe y me siento mejor, pero en cuanto me alejo la angustia me vuelve a estrujar las tripas. Como si ella fuera a dejarme por un bigotudo con ese pantalón corto ceñido... Entonces me vuelvo a servir otro pastís, aunque ya me está subiendo a la cabeza. Es el cuarto, me parece. Sin hielo. Luego veo que se levantan y él la coge de la mano para llevarla a la playa, y me pregunto a qué estará jugando ella.

Un poco más allá hay un patín a pedales embarrancado en la arena.

Un patín. Al anochecer.

—¿Adónde vais?

El tipo me explica como si nada, con desparpajo, que se ha olvidado de devolver el patín que ha alquilado para todo el día, que no se aloja aquí, que mañana ya estará en otra parte, y que por suerte Soso —me cuesta creer que ella le permita llamarla así— ha aceptado pedalear con él hasta el club náutico. Con intenciones honorables, por supuesto. Siempre que todavía esté abierto, lo que es muy posible porque se ven las luces desde aquí, aunque también podría ser el chiringuito. Es difícil verlo con claridad a esta hora en que la noche se confunde con

el día. En vista de la cara que pongo, se cree obligado a preguntarme si tengo algún inconveniente, sabiendo muy bien lo que voy a responder. Nadie diría nunca «estoy celoso». Es algo que no se dice, y menos aún con Solange, que detesta que le digan lo que debe hacer. Y para acabar de fastidiarme, añade riendo que el patín es como el amor, que funciona mucho mejor con dos personas.

—¡Tranquilo, estaremos de vuelta para la cena!

Solange me mira de una manera rara, como si quisiera decirme algo. Le trae sin cuidado ese individuo, estoy seguro, y aún más su patín. Representa todo lo que ella detesta: un sobón con aliento a pastís. Y además ahora estamos casados. Me gustaría entenderlo, pero ya están empujando el patín al agua, así que me marcho sin más hacia el camping, donde todos mueven el esqueleto con una canción de Françoise Hardy. *Sous aucun prétexte je ne veux avoir de réflexe malheureux*. Dejo caer el vaso en la arena y echo a correr en cuanto veo que nadie me mira, primero por los senderos y luego entre los coches del aparcamiento. El pastís me retumba en la cabeza, pero me da igual, sigo corriendo, repitiéndome que no debería haberla dejado marchar, que ahora está sola con él, sin nadie que la proteja. En el mar ya no se ve nada, sólo una masa negra que se funde en el cielo, mientras asoman las primeras estrellas. Cortando camino a través de los arbustos, llego al sendero de la costa y continúo a toda mecha, hacia esas malditas luces que brillan a lo lejos.

Cuanto más corro, más se alejan.

Entonces me paro para recobrar el aliento y oigo voces. Ahí, justo ahí, en las rocas, en algún sitio cerca del mar. Las voces se pierden en el ruido de las olas y por un momento dudo, pero son ellos, seguro que son ellos. No han podido ir muy lejos. Es un patín a pedales, no un fueraborda. Veo mejor a medida que me acerco. Mis ojos se habitúan a la oscuridad y distingo una cala un poco más abajo, un bonito rincón romántico donde ese cabrón ha varado el patín. Lo había previsto todo, el muy sinvergüenza, la cubitera, la botella de vino rosado... No sé de dónde las ha sacado, pero el plan no le ha salido bien, porque todo está desparramado por la arena. Mientras intento bajar a la cala con mis dichosas alpargatas, que resbalan en las rocas, oigo a Solange

que grita «¡Suéltame!» y a él que la trata de putilla. El tipo me oye llegar, se da la vuelta y abre los ojos como platos, pero no sé si se ha enterado de que le acabo de clavar unas tijeras —yo también me pregunto por qué nos hemos quedado con esas tijeras—, y luego, otra vez, la sangre saliendo a chorro. Da un manotazo al vacío, ruge como un animal y gira como una peonza haciendo volar la arena hacia Solange, que retrocede y me mira. Me encaro con él, me interpongo entre ellos, lo empujo. Está muerto, sé perfectamente que está muerto, pero él no lo sabe, todavía quiere pelear.

Siempre acaba así, joder.

Ha caído con los puños cerrados y la boca abierta, hundiendo los dientes en la arena. Da un par de sacudidas todavía y luego suelta una especie de silbido agudo. Me inclino, le doy la vuelta, saco las tijeras...

Y sin pensarlo, como la otra vez, le corto un mechón de pelo.

Solange se ha sentado en una roca, sin quitarme los ojos de encima. Ahora el cielo está cubierto de estrellas, de miles de estrellas. Han llegado de golpe o igual ya estaban allí, no sé. Realmente la cala es de lo más romántica. El tipo incluso había traído velas, que han rodado por la arena, con la botella y los vasos de plástico. Me pregunto cuántas veces habrá puesto en práctica el truco del patín, a cuántas chicas habrá llevado a sitios como ése para venirles con el cuento de la cubitera y sus joyas de familia, cuántas se habrán resistido y cuántas se habrán dejado engañar.

Ésta va a ser la última.

Y nosotros vamos a echar un polvo bajo las estrellas.

Demasiado ruido. Demasiada gente, humo, música... Demasiados bajos que vibran, golpean y se superponen a los latidos del corazón. Tintados por las luces de colores, los cuerpos se confunden, todos bailan, cantan y gritan.

Ella ha atravesado el gentío para abrirse paso hasta el bar. Como una barca en medio de la tempestad, se ha dejado llevar, empujar, golpear, por una mezcolanza de alientos calientes que apestan a alcohol, que le soplan a la cara entre risas, gritos y humo. Sin embargo, ha sido ella quien ha querido ir allí. Él no quería, nunca quiere. Le gustan las veladas tranquilas, las persianas bajadas y la luz fría de la tele. Si ahora se aburre en un rincón de la sala, con la mirada clavada en el fondo del vaso, es sólo por ella. Espera, como siempre, a que todo eso termine. A que ella haya tomado su baño de multitudes, a que el baile se superponga al hastío, a que por fin se deje llevar por las guitarras.

Puede tardar un buen rato.

Ella se ha acodado en la barra, alguien se apoya en su hombro y los brazos se alargan, yo, yo, yo. Los vasos se llenan, las monedas tintinean en la barra, una coctelera baila al ritmo de la música... Ella agita su billete, como los demás, con la impresión de estar mendigando. Whisky con Coca-Cola, por favor. Yo, yo, yo. Eso mismo deben de sentir los que tienden la mano en la puerta de las iglesias, cuando la gente pasa frente a ellos mirando a otro lado.

Por favor.

Alguien le sonríe y le ofrece un paquete de tabaco. Hasta le propone, solidario, compartir su Dry Martini. Ella lo rechaza con la punta de los dedos mientras sigue esperando. No, gracias. Pero ante la insistencia, levanta la mirada y descubre una sonrisa santurrona y un pelo alborotado. Camisa abierta y collares de madera. Una mirada curiosa, distinta de las demás. Anillos en todos los dedos. Llega de otra parte, de París, Tailandia, Katmandú. Ha visto las montañas del Nepal, los desiertos afganos, ha viajado en camionetas de todos los colores, con gente de idiomas incomprensibles. Ha visto el mundo, respirado la libertad, y ahora vuelve

para repartir su felicidad con quienes no tienen la oportunidad de marcharse. La felicidad está ahí, en ese pedacito de papel secante que desliza hacia ella. No parece gran cosa, sólo un trozo de papel rasgado, una flor estilizada cuya tinta se pierde en las fibras. Pero si te lo pones en la lengua, si esperas a que se deshaga en la boca, te abre las puertas a un mundo inimaginable.

Y además es gratis.

Para ella, esta noche.

Sabe que ella duda, y es normal que dude, como un pájaro cuando le abren la jaula. Es difícil echar a volar cuando uno se ha pasado la vida entre rejas. La mayoría de la gente se queda ahí, en su cárcel, con los ojos fijos en una puerta abierta. Bailan, beben y luego vuelven a sus casas, porque al día siguiente trabajan y tienen que ocuparse de los niños y de las facturas por pagar.

Si es eso lo que ella quiere...

Las palabras le dan vueltas en la cabeza, el secante le quema los dedos, pero lo ha prometido, ambos lo han prometido, el alcohol, de acuerdo, el tabaco, de acuerdo, pero el resto no. El resto está prohibido. El resto es para los drogadictos, para los tipos que se arrastran en el fango en Vietnam. Aun así es muy bonita esa flor de tinta violeta cuyos pétalos se abren en corola en el secante. Debe de ser fantástico abrir las alas, sólo por una vez, para aturdirse, para olvidar, para sentirse ligera. Detrás de ese pedacito de secante hay colores, sonidos, solos de guitarra, Lucy en un cielo con diamantes, todo un mundo alucinado que se esconde detrás de las carátulas de los discos.

En la pista de baile se siente como protegida por una pared, como si fuera invisible. Abre la boca disimuladamente y se pone el papel secante en la lengua. Es su hostia, su comunión, su primera vez. Se le pega al paladar, cierra los ojos, pero los colores no acuden. Ni los palacios indios, ni las estrellas. Nada. No hay nada en ese secante, o puede que tarde un poco en hacer efecto. O quizá haya que ayudarlo, buscar en el fondo de una misma. Bailar, seguir bailando, con los ojos cerrados, sonriendo... Siente la mente despejada, demasiado despejada para creer en la eficacia de la droga. Este secante es un timo, pero al menos es gratis. Qué cosa tan absurda, le dan ganas de reír, sin motivo, como una adolescente, allí, en

medio de la gente. Ha abierto los ojos, nada ha cambiado, nada en absoluto, y eso todavía es más curioso, porque la gente la mira de forma rara, no como de costumbre, o quizá como de costumbre. Sigue bailando. Ríe, baila, sin detenerse en el vértigo, para suscitar los colores, los dichosos colores. El caleidoscopio que hace que tu cabeza dé vueltas. Las formas redondeadas que se enroscan en las paredes. Pero nada acude, ni un solo color. Incluso los focos se han vuelto grises, pero el gris no es un color. Es un filtro, una neblina, una pantalla. Es la tele en la oscuridad, crepitando para no morir.

Ella ha parado de bailar, ya no sabe cuándo, hace mucho, un minuto quizá, o una hora, pero los otros continúan. Bailan y bailan delante de ella, a su alrededor. Demasiado ruido, demasiado humo, siente que se asfixia y las chicas se han ido, o igual es que se han convertido en hombres. Huele a sudor, a tabaco, a vómito, a esperma. Huele a camiseta sucia y a mugre, a vino barato. La rozan, la tocan, la pellizcan, la empujan. Hay manos encima de ella, caras, alientos, huele a rancio y a perfume. Ya no ríe, ya nadie ríe, y le duelen los dientes de morderse los labios. Entonces se pone a chillar, a dar golpes y empujones para que no la toquen, pero la multitud se vuelve a concentrar sobre ella, con sus bigotes, su olor y sus manos. La han tirado al suelo y entonces se pone a reptar, forcejea, grita con todas sus fuerzas para escapar, para que la dejen tranquila, para desaparecer. Su espalda choca con algo, es la barra, o es una pared, o es un hombre. Querría levantarse, pero no puede, hay demasiadas manos, demasiados bigotes. Y luego su voz, es él, soy yo, su voz familiar que la llama, que dice Solange porque conoce su nombre. Le tiende la mano, se arrodilla, pero él también huele. Apesta. El mismo olor a sudor, el mismo olor a grasa. Es como los demás, como los demás…

Como los demás.

12

Da gusto volver a casa, aunque huela un poco a humedad, después de tantos días cerrada. Las facturas se han acumulado en el felpudo y la nevera hace un ruido raro, pero me da igual, estoy contento. Nueve horas de coche se hacen largas, sobre todo en un Fiat 126, que circula renqueante detrás de los camiones. Y hay que ver la de gasóleo que nos hemos chupado. Yo hubiera cogido la autopista, en lugar de pasarnos horas adelantando a tráileres articulados, pero cuesta un ojo de la cara, se forman unos buenos atascos en los peajes, y además nos habríamos quedado todo el rato en el carril de la derecha. Tengo que conseguir un coche como Dios manda; con el tiempo que pasamos en la carretera, lo rentabilizaríamos enseguida.

Pero me ha gustado el País Vasco, creo que más que La Rochelle. Es muy bonito, la verdad, con sus casitas blancas y rojas. Y llueve todo el rato, así que nos hemos sentido casi como en casa.

Solange ha puesto su maleta encima de la cama y ha empezado a desplegar su ropa y a poner las camisas en perchas. Hace lo mismo en los hoteles, para ella la ropa es sagrada. Incluso si pasamos la noche en un hostal de carretera, la cuelga toda para que no se arrugue. Yo me troncho de risa, mis jerséis pueden arrugarse tanto como quieran, ni en sueños he tocado una plancha, y mi maleta puede esperar a mañana. Estoy muerto de hambre, después de ese sándwich de jamón y mantequilla —sin mantequilla— que te comes de un bocado y por el que nos han cobrado doce francos. Tendríamos que haber montado una estación de servicio, la verdad.

Lo digo por decir, porque no podemos quejarnos. La peluquería funciona bien, hemos arramblado con toda la clientela de aquella gilipollas y, aunque no vivamos como rajás, nos da para irnos de vacaciones. Y salimos mucho de vacaciones. En verano, en invierno, por Navidades, por Pascua... A la mínima que podemos nos largamos; al menos así sí que tiene sentido trabajar. Ya pueden darnos la lata

con esto de la crisis, el petróleo y no sé qué más, a nosotros nos importa un comino, simplemente disfrutamos de la vida.

—¿Qué vamos a cenar? —pregunta Solange, que no pierde comba.

—No sé. Puedo preparar unas endivias con jamón.

—Estupendo.

Pasa con los brazos cargados de ropa y me besa en el cuello. Me encantan estos momentos. La casa vuelve a la vida, las luces se encienden de nuevo, la estufa recupera el tiempo perdido. Me siento como un animalillo que regresa a su madriguera.

—¿Tienes algo que colocar arriba?

A Solange no le gusta dejar las cosas a medias y ya ha sacado el taburete para guardar las maletas. Cuando volvemos, volvemos. Todo tiene que colocarse en su sitio, como si nunca nos hubiéramos ido. En cambio, a mí eso no me preocupa en absoluto, y menos cuando acabo de chuparme más de setecientos kilómetros. Lo único que hago es sacar la caja de puros, una bonita caja de madera de no sé qué con un humidificador, que compré de segunda mano por veinte francos. Me gusta mucho, aunque nunca la hemos usado para guardar puros —no fumamos puros, que dejan un aliento apestoso—, se ha convertido en la caja de los mechones. Parece mentira, pero se va llenando poco a poco. Hay pelo rubio, moreno, castaño... Pelirrojo no, pero todo se andará. Cada mechón está atado con una cintita de un color, así no se mezclan y no nos confundimos. Son nuestros recuerdos de vacaciones, una colección como cualquier otra. Bueno, como cualquier otra no, ni es el típico barómetro de pared ni una de esas bolas de nieve. Es la manera de decirnos a nosotros mismos que no nos avergonzamos, que si lo hicimos fue por una buena razón. Si acabas en esa caja, significa que te lo has ganado a pulso, que tú mismo te lo has buscado. Hay millones de personas que van de caza todos los domingos y nadie les dice nada. De hecho, les dan un permiso para matar jabalíes, que no han hecho daño a nadie y además escarban en la tierra para alimentarse. Nosotros también cazamos, pero sólo cazamos imbéciles.

No sé en qué momento se convirtió en una obsesión.

Hará cuatro o cinco años, diría.

Después de lo del camping.

He atado con una cinta negra el nuevo mechón. No es muy grueso, la verdad, con esos cuatro pelos la cosa no daba para más. Cuarenta tacos y ya con esa calvorota. Esos tíos son la pesadilla de los peluqueros. Se presentan con su tonsura de monje y un mechón hacia atrás tapando la bola de billar, y encima te piden que les cortes las puntas. Pues a éste al final le hicimos un buen corte, así aprenderá a no tocarles el culo a las chicas en los lavabos de las áreas de descanso. Bueno, es una forma de hablar, ahora ya no aprenderá gran cosa. Hay gente a la que no merece la pena explicarle nada. Son casos perdidos y lo mejor es que desaparezcan del mapa.

Lo único que me preocupa es que esto pueda perjudicar a Solange. Somos prudentes, desde luego; no dejamos ningún rastro. No nos llevamos nada, nunca, ni siquiera un paquete de tabaco. Si situáramos esos mechones en un mapa de Francia, aparecerían por todas partes, de Brest a Marsella, pasando por Épinal. Es decir, no hay ni una posibilidad entre mil de que nos pesquen a nosotros, una pareja de peluqueros de la región del Norte, de treinta tacos, bien vestidos, con un negocio que funciona y una vida estable. Viajamos en coche, nos paramos donde queremos, jamás hemos comprado un billete de tren. Además, tampoco nos dedicamos a eso todo el tiempo, sólo cuando nos topamos con un imbécil. Uno de verdad. Un imbécil más imbécil de lo normal. El resto del tiempo somos unos simples turistas; paseamos, visitamos monumentos o compramos bolas de nieve. Pero siempre acabamos haciendo lo mismo, y no puedo evitar preocuparme. No por mí, sino por ella. Por eso vuelvo con la cantinela de antes, por enésima vez, mientras ella saca la plancha.

—Me ha quedado una duda con lo del área de descanso. Había ese camión ahí... El conductor nos ha visto cuando nos íbamos.

Ella no dice nada y extiende con cuidado su falda de gitana, como ella la llama, para plancharla.

—Tampoco es para preocuparse, ¿no? Es una nacional. Es normal que haya coches...

Desliza la plancha sobre la tela roja y negra, con esa dichosa precisión quirúrgica que tienen todos sus movimientos.

—Y el tipo seguro que ve miles de coches cada día, ¿no crees?

Una nube de vapor.

—Sería muy mala suerte que se acordara de la matrícula de un Fiat 126. Eso suponiendo que haya visto algo. Yo creo que no ha visto nada.

Solange levanta la falda y la inspecciona, pasando concienzudamente la mano por encima de los dibujos del estampado, que parecen pájaros enormes.

—Se ha parado, ha meado y se ha vuelto a largar. Es lógico, ¿no? ¿Por qué iba a ir a los lavabos de mujeres?

Otra pasada de plancha, sobre la goma de la cintura.

—En todo caso, ya te lo he dicho: si alguien hace preguntas, la poli o quien sea, tú no te has enterado de nada. No has visto nada, no has oído nada, estabas en el coche y no sabes qué ha pasado. Dices que he ido al lavabo y punto. Que tú no tenías ganas y te has quedado a esperar, y que yo he vuelto como si nada, ¿de acuerdo?

Una percha con pinzas, una última inspección y la falda de gitana se reúne con las otras en el armario. En ese momento se vuelve hacia mí, con ese ceño ligeramente fruncido que indica que va a preguntarme algo.

—Bébert.

—¿Sí?

—¿No me habías prometido unas endivias con jamón?

13

Es bonito. Es rojo. Y por este precio, es insuperable. Es cierto que podríamos quedarnos con un Renault 12 con cuarenta mil kilómetros menos, pero conducir un Alfa Romeo no tiene punto de comparación. Está limpio, aunque tiene dos o tres rayadas y una marca de cigarrillo en el asiento del conductor. Pero es normal, es un coche de segunda mano, y además me encanta el color. La mayoría son blancos. El blanco queda como de padre de familia, mientras que con el rojo se ve enseguida que es un coche deportivo. Interior beige, volante de madera... Me imagino la cara que pondrán cuando lo aparquemos delante de la peluquería y nos bajemos con las gafas de sol. Se van a morir de envidia.

Para que vean que dos bastardos pueden llegar lejos en la vida.

Me he puesto a cuatro patas para mirar el chasis. No entiendo de esas cosas, pero no quiero que el tipo me tome por un primo. Un empleado de banca vestido de traje habrá cuidado bien su coche; si fuera de un jovencito, de un hijo de papá, habría desconfiado. Todo está en regla, el historial de mantenimiento, las facturas, las fechas del cambio de aceite... El tipo me asegura que funciona como un reloj, que arranca con sólo darle al estárter y adelanta a un camión en subida sin reducir a tercera. Qué distinto del Fiat.

Solange mira el reloj. Creo que empieza a cansarse.

—¿Qué te parece?

Se encoge de hombros, sin decir nada. Si por ella fuera, seguiríamos con nuestro pedazo de chatarra hasta el fin de los tiempos. Pero me gustan los coches, y creo que nos merecemos uno mejor del que tenemos. Hemos trabajado duro, lo suficiente para permitirnos el lujo de conducir un Alfa Romeo. Sé que es una bobada y que debería darme igual lo que piense la gente, pero ya me veo en el semáforo, con las ventanas abiertas y la música a tope, soltando tranquilamente el humo del cigarrillo mientras espero a que se ponga verde. Tengo

ganas de pasar al otro lado, de dejar de ser el tipo de la acera que se vuelve cuando otro acelera. Un coche es como un escaparate, es como tu vida en miniatura. Incluso aquí, en el aparcamiento del Carrefour, la gente lo mira al pasar. Vuelvo a dirigirme a Solange, con la esperanza de atraerla a mi mundo por una vez.

—Es bonito, ¿eh?

—No está mal.

El tipo nos mira sonriendo, con su enorme cuello de camisa, pero me gustaría que nos dejara un rato solos, así podría decirle a Solange lo que me inspira este coche, lo que pienso cuando lo veo. Pienso en nosotros, circulando por carreteras secundarias, sentados bien cómodos en nuestros asientos reclinables. Pienso en las áreas de descanso, en el café que nos tomaremos sentados en el capó. En la velocidad y en las filas de tortugas que adelantaremos como si nada, en los viejos tractores que perderemos de vista por el retrovisor. En los kilómetros que pasarán sin que nos demos ni cuenta. En la discreta señal con los faros que se hacen los deportivos para saludarse en la carretera. En el orgullo que sentiremos nosotros, los despreciados, los marginados, al ver nuestro nombre en el permiso de circulación. Y todo eso por doce mil francos.

—¿Qué? ¿Nos lo quedamos?

Solange me pide que me acerque, sin cortarse, delante de él. No me gusta cuando hace eso, me siento incómodo. Pero sé que no va a hablar en voz alta, así que sonrío con cierto embarazo, digo «un segundo» y me acerco a ella para que me diga al oído lo que le preocupa desde que hemos llegado a este aparcamiento.

—¿De verdad quieres que compremos esto?

—Pues sí.

—¿Un coche rojo, con pegatinas por todas partes?

Si el tipo no nos estuviera mirando de reojo, le explicaría que esas pegatinas con el trébol de cuatro hojas que tiene por todas partes, como dice ella, es una marca de fábrica. La gente paga por eso, es opcional.

—¡No en todas partes! Sólo en el lado.

—Sí, de lo más discreto, ¿verdad?

Me dispongo a contarle mis sueños de libertad, de velocidad y lo del permiso de circulación, cuando de golpe lo nuestro me viene a la cabeza. Como si pudiera olvidarse, lo que pasa cada vez que salimos a la carretera. Todos esos mechones que se van acumulando en la caja de puros después de las vacaciones, todos esos sitios que dejamos atrás procurando no llamar la atención y cómo se nos acelera el corazón cada vez que nos adelantan las motos de los gendarmes.

—Soy gilipollas...

—Un poco, sí —contesta sonriendo.

Yo también sonrío sólo de pensar que he estado a punto de comprar un coche que reluce como una guirnalda de Navidad. Lo que nos conviene es un coche blanco, un coche de padre de familia, uno de tantos, uno de esos que olvidas en cuanto les das la espalda. Un coche como yo, vamos; no como Solange. O bien dejar de hacer lo que hacemos, olvidarnos de todas esas tonterías y vivir como todo el mundo.

Igual sería lo mejor.

Pero creo que vamos a comprar un Renault 12.

14

Al cabo de un tiempo los calamos al primer golpe de vista. El tipo se ha sentado a la mesa de al lado con un aire despreocupado que no engaña a nadie. Enciende un cigarrillo, pide una cerveza, se queda mirando el mar... Y no sólo el mar, porque Solange lleva falda y ha cruzado las piernas. No hay nadie como ella para atraer las miradas sin hacer el menor esfuerzo. Le basta con rodear la taza de té para calentarse las manos, con esa sonrisita que pone cuando le digo algo, o con echar la cabeza hacia atrás para apartarse el pelo de los ojos. Eso los vuelve locos. Este de aquí se parece a todos: pelo rizado, barba rizada, chaqueta sahariana y botas de estilo militar, además de varias pulseras y anillos. El típico hippie de pacotilla que ficha cada mañana en la oficina pensando que un día lo mandará todo a paseo para irse a vivir a la India. Y mientras tanto hace lo mismo que todo el mundo, viene a pasar el domingo a Étretat.

Solange me hace una discreta señal con la cabeza. Me levanto, cojo el abrigo y entro en la cafetería. Me encanta esta terraza con vistas al acantilado, es un sitio genial para disfrutar del sol del invierno. Los paneles de plástico están un poco picados por la sal, pero protegen bien del viento. Con una buena bufanda, uno se podría quedar horas aquí, saboreando el café y mirando las gaviotas, aunque a ese tipo en particular no son las gaviotas lo que le interesan.

Me apostaría lo que fuera.

En lo que tardo en mear y en comprarme un paquete de Gitanes, ya ha acercado su silla para encender el cigarrillo de Solange protegiendo la llama con las manos. Y no para de hablar, como un descosido. Claro, sabe que dispone de un tiempo limitado: para ligar con una chica acompañada hay que ir a lo esencial.

—Perdón —va y dice al verme—. Creía que estaba sola.

Como si no me hubiera visto.

—Es mi hermano —dice Solange descruzando las piernas.

—¡Ah! ¡Qué susto! No, bueno... Es que no quería molestar. No tengo costumbre de... en fin...

Me divierte ver cómo se lía, así que me callo, me siento con los brazos cruzados y lo observo. Él también nos observa, primero a uno y después al otro. Nos encuentra raros. Se nota que nos encuentra raros, pero le da igual, ella le gusta.

—¿Qué decíamos?

—No me acuerdo.

—Ah, sí, hablábamos de la música.

Cuando dice «la música» se refiere a la que suena en los altavoces, que, por supuesto, le parece mala. Demasiado comercial, como siempre en la radio. Todo francés, música popular. Joe Dassin y esas cosas. Seguro que nunca ponen Crosby, Stills y no sé qué más. Le miro los dedos, llenos de anillos, y me pregunto en qué momento intentará meterle mano a Solange. Las manos son reveladoras. La mirada se disimula con una sonrisa, pero las manos... Viéndolo triturar el paquete de tabaco, me doy cuenta de que cada vez está más nervioso. Debe de pensar que, con el hermano de por medio, el asunto será un tanto complicado.

No se imagina hasta qué punto.

Como no tengo ganas de ponérselo fácil, señalo el colgante con el símbolo de *peace and love* que lleva en el cuello con un cordel de cuero. Hace unos años todo el mundo iba por ahí con eso —incluso Solange—, se supone que para protestar contra la guerra de Vietnam. ¡Como si así pudieran parar la guerra! Yo estuve mucho tiempo creyendo que ese colgante era la estrella del logo de Mercedes, hasta que me di cuenta de que tenía un palo más y otra tontería por detrás.

—No sé si te habrás enterado, pero eso de Vietnam se acabó.

—Se acabó, pero hay otras guerras.

—Ah. Y por eso lo sigues llevando...

—Sí.

—Hasta que no haya más guerras.

Se echa a reír, aplasta el cigarro en el cenicero y mira de reojo a Solange.

—Ya sé que va para largo, pero soy un hombre con mucha

paciencia.

Ella reacciona con una sonrisa, luego coge la chaqueta de borrego y anuncia que va a dar una vuelta por la playa antes de que suba la marea. Si alguien quiere acompañarla... El defensor se levanta en el acto, cómo no, sin olvidarse de meter un billete de diez francos debajo de mi taza. Por si me apetece quedarme allí. Por si prefiero tomarme una cervecita al sol. Me lanza un guiño; realmente se ha creído que soy el hermano. Yo acepto con una inclinación de cabeza, y él, convencido de que es su día de suerte, sale corriendo como un caniche detrás de su dueña.

Peace and love, ya, ya.

En menos de cinco minutos ese tipo se sacará la máscara.

Desde aquí los veo todavía. Los dos caminan por la playa. Él le señala algo a lo lejos, quizá un viejo búnker bajo el acantilado. Ella no lo ve, hace visera con la mano. Él vuelve a señalar. Ella abre los brazos; pues no lo ve, no. Él se echa a reír y le da una palmadita en el hombro. Me irrita un poco, aunque sé perfectamente lo que está haciendo Solange. Siempre me pasa lo mismo, no lo puedo evitar, detesto sentir que son cómplices. Es un poco como si yo saliera de mi vida para regalársela a otro, aunque sólo sea por unos minutos. El tipo lanza una piedra tratando de hacerla rebotar. Luego hace un intento de aproximación: la mano en la cintura, unas palabras al oído... Eres tan guapa, tienes unos ojos tan bonitos, un culo tan bonito. Ella lo rechaza y continúa hacia el pie del acantilado. Y él la sigue, claro, el muy gilipollas, después de otro lanzamiento de piedra fallido que sólo levanta un poco de espuma.

Empiezo a perderlos de vista.

Entonces dejo los diez francos encima de la mesa y me voy al paseo que hay en lo alto del acantilado. No puedo dejarla sola ni un minuto. En un minuto pueden pasar muchas cosas. Conozco a esos individuos, los he visto en acción.

Maldita sea, pensaba que los había perdido.

Están allí abajo, al fondo, al pie del acantilado, debajo de los búnkeres que se confunden con las rocas. A resguardo del viento, a resguardo de las miradas. Nadie puede verlos desde aquí. Nadie puede

imaginarse que una chica se ha apoyado en el acantilado y que un tipo se ha acercado a ella, tanto que sus frentes casi se tocan. Habría que bajar a la playa, torcerse los tobillos con todas esas jodidas piedras y resbalar en las algas para acercarse sin ser descubierto. Oigo sus voces mezcladas con los chillidos de las gaviotas, oigo la marea que rompe en las rocas, siento que mis pies se hunden. Como la primera vez. Nuestra primera vez. Era otra playa, otro acantilado, pero es lo mismo, siempre es lo mismo. Le ha puesto las manos encima, el cuerpo encima, la boca encima. Noto la rabia apoderándose de mí.

Pero él se aparta.

Sin más, se aparta.

—¿Qué pasa? —le pregunta a Solange.

—Nada. Se me han quitado las ganas.

—Vaya. ¿Así que se te han quitado las ganas?

—Sí.

Mueve un poco la cabeza, con una risilla.

—Eres una chica muy rara, ¿sabes?

Se recoloca el miembro, se abrocha el pantalón... Y entonces se da cuenta de que estoy ahí, justo detrás de él. No parece muy impresionado.

—Te devuelvo a tu hermana, tío. Creo que no le gusto.

Se sube el cuello de la sahariana, saluda con un gesto a Solange y se aleja por el pedregal, con la sonrisilla de quien tiene una buena historia que contar a la vuelta.

Solange y yo nos miramos.

Me avergüenza un poco reconocerlo, incluso creo que no voy a decírselo a nadie, ni siquiera a ella, pero creo que me he llevado una decepción.

15

Para un empleado no hay nada peor que la hora de cerrar. Durante años detesté ese momento, la caja, la escoba, la fregona, y esa sensación de nunca hacer nada como es debido. Hoy en día es muy distinto, nadie nos da órdenes. La peluquería es nuestra, así que me quedo todo el tiempo que haga falta, barro detrás de los muebles, limpio un poco el escaparate y, si no estoy demasiado cansado, incluso unto con crema el cuero de los sillones para que no se estropeen. Con lo que nos costaron, no está de más protegerlos, y me gusta cuando todo está impecable, parece una peluquería de lujo. La señora Crémieux no me reconocería.

Esta noche Solange se ha ido antes porque le dolía la cabeza —le pasa a menudo—, y yo me he quedado para darles un buen repaso a los lavacabezas, que ya les tocaba. Las tinas enseguida cogen mugre, y la gente habla en una ciudad pequeña. Me gustaría que dijesen que la peluquería Solbert parece de un barrio de la zona alta de París. Impecable, con la misma clase, y sin tener que esperar tanto. Hablando de esperar, creo que ya va siendo hora de volver, que Solange debe de estar muerta de hambre y cocinar no es lo suyo. Si no fuera por mí, sólo comería Caprice des Dieux, y sin pan, porque nunca se acuerda de comprarlo. Por lo visto es raro que los tíos cocinen, pero a mí me gusta, y además hay que repartirse las tareas.

Al bajar la persiana prometo que mañana engrasaré los rieles. Aún es de día, y aunque está un poco nublado sobre los tejados, el cielo se ve azul y el aire huele a primavera. Me he atado la cazadora a la cintura, hace bueno como para ir con el polo, y además Solange no está ahí para ponérmela encima de los hombros con el pretexto de que parezco un abuelito.

Paso a buscar una barra de pan, me termino el cigarrillo y subo las escaleras como una flecha.

—¡Soy yo!

Ella sabe perfectamente que soy yo, no sé por qué lo digo cada vez. Pero hay algo extraño: huele a comida, de la de verdad, de la que se cocina en el horno, con tomates, carne, cebollas. Me ha dejado con la boca abierta. Desde que vivimos juntos lo único que ha hecho es hervir un poco de pasta.

—¿Has estado cocinando?

Sale de la cocina en delantal y con una sonrisilla. Me quedo de piedra al verla así, toda satisfecha en ese papel que detesta, con una cuchara de madera en la mano.

—¡Aún no está acabado! Ponte cómodo, ya te llamaré cuando esté a punto.

—Eh… Bueno.

La miro mientras vuelve a la cocina, con su trasero menudo moldeado por los vaqueros acampanados, los zuecos de plataforma, la camisa blanca arremangada y el delantal anudado a la cintura. No sé por qué, pero esa combinación me parece terriblemente sexi.

—¿Sabes que el delantal te queda muy bien?

—Te he dicho que te pongas cómodo.

—¡Vale, vale!

Apoltronado delante de la tele, me siento un poco como mi padre, en el supuesto de que hubiera tenido padre, claro. Me siento como el tipo que espera todas las noches a que le sirvan la comida. Aunque si fuera mi padre, probablemente pensaría que huele bien, pero en este caso concreto, huele a quemado.

—¿Quieres que te ayude?

—No.

La oigo refunfuñar por lo bajo mientras saca la bandeja del horno y luego me llega el ruido de los cubiertos, el sacacorchos y el vino servido en las copas. Servicio completo, pero chamuscado. Aunque la ventana está abierta, me pican los ojos por el humo y no puedo evitar reírme por dentro, porque ella siempre ha afirmado que no hace falta ser un genio para cocinar.

—¡La cena está lista!

Es un decir, viendo la pinta de los platos, aunque me encanta que haya puesto los platos pequeños encima de los grandes. Hay incluso

dos copas, como en los buenos restaurantes, una para el agua y otra para el vino, todo bien dispuesto encima del mantel que compramos por Navidad, con estampado de trineos y bolas. Los cubiertos están bien alineados y hasta hay una flor en un jarroncillo. Cualquiera diría que estamos en uno de esos sitios finos.

Lo que hay en los platos, sin embargo, cuesta de identificar, pero allí, en medio del desbarajuste de la cocina, hay una ficha sacada de mi caja de recetas en la que pone «Lasaña con albahaca». Nunca la he probado cocinada así.

—¡Lasaña, qué bien!

—He pensado que te gustaría, para celebrarlo.

—¿Para celebrar qué?

—¿En serio no sabes qué día es hoy?

Se troncha de risa. Yo me quedo pensativo, y de repente caigo en la cuenta. Encima de la nevera ha dejado una caja de velas de cumpleaños con un mechero al lado, y me emociono muchísimo, como si hubiera hecho algo increíble. Que yo recuerde, nunca hemos celebrado nuestros cumpleaños. Los cumpleaños son una cosa de familia. Los niños del orfanato, los bastardos y las hijas de alemanes no han vivido en ese tipo de ambiente.

—¡Has preparado algo especial para mi cumpleaños!

—Sí.

—Eh… No sé qué decir, Solange.

—Pues no digas nada. Come. Te aviso, he seguido la receta, pero está un poco quemado.

¿Un poco? Es como si masticara ceniza. La carne está tan seca que no se puede tragar sin beber, y las cebollas están crudas, pero lo disfruto igualmente porque celebramos mi cumpleaños.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Ella suelta una carcajada echándose el pelo hacia atrás.

—¡Mentira! Está incomible.

—No, no, de verdad…

—Es por culpa de tus dichosas fichas de cocina. No hay que comprar esas cosas por correo. Son un timo.

—¡Te digo que está bueno! Un poco quemado, pero bueno.

Me he comido hasta el último pedazo de cebolla cruda, como si fuera una prueba de amor, y ahora sólo deseo una cosa: que se desnude delante de mí, se vuelva a poner el delantal, se lo anude a la espalda y recojamos la mesa para tener un poco de espacio. Se lo digo tal cual, al oído, pero la idea la excita menos que a mí. Lo único que le importa ahora es entender por qué se ha quemado la lasaña cuando en la ficha ponía treinta y cinco minutos.

Luego, sin avisar, como hace a menudo, cambia de tema.

—Tengo que decirte algo, Bébert.

—Yo también. Tiene que ver con el delantal que...

—Para ya con eso.

—Bueno, es mi cumpleaños, ¿no?

Me asesta un golpe en el hombro y se levanta para ir a la nevera. Yo me olvidaría del pastel y la desnudaría ahora mismo, pero la conozco: si se cierra en banda, ya no hay nada que hacer.

—Vamos a tomar el postre en el salón. Ve a sentarte, yo me encargo de todo.

Hago como si no hubiera visto las velas y me voy al salón preguntándome si me habrá comprado un regalo y todo. Es una sensación extraña, como en Navidad, una especie de impaciencia, igual que los niños. Enseguida me pongo a imaginar lo que haré para su cumpleaños, quizá ir a un restaurante bueno o el viaje a Venecia con el que siempre ha soñado. Riéndome de los ruiditos de ratón que hace en la cocina, me la imagino colocando las velas en el pastel y me pregunto si pondrá el número exacto o sólo dos o tres, para darle un poco de misterio a la cosa. Aprovecho para ir a peinarme al cuarto de baño: nunca se sabe, igual sale de la cocina en pelotas con el delantal, y me apetece estar sexi yo también. Una pasada de desodorante en las axilas para disimular la jornada de trabajo, un poco de perfume... Me gustaría cambiarme de camisa, pero es mejor que vuelva al salón.

En ese momento veo algo en la papelera.

Una especie de termómetro pequeño, con una caja de cartón y un prospecto de farmacia.

Lo saco, intrigado. Le doy vueltas. No sé de qué se trata, pero en la

caja pone «Test de embarazo». Tres palabras que leo tres veces. Y las dos barritas rojas… No hace falta ser adivino para saber qué significan.

16

Esta noche es la final. Nadie se pierde una final y menos una como ésta. Hay banderines por todas partes y banderas colgadas en las ventanas, y yo he comprado una banda parasol adhesiva del Saint-Étienne, aunque el verde no pega demasiado con el azul del Renault 12. Incluso cerraremos una hora antes para no perdernos el principio. De todos modos, nadie va a la peluquería si hay un partido importante, y mucho menos cuando está en juego la Copa de Europa.

Esta mañana también hemos cerrado la peluquería hasta las once y media. Ha sido un rollo por las clientas que tenían hora —ha habido que retrasar un tinte—, pero yo quería acompañar a Solange a la clínica. No quería que llevara el coche sola, aunque esta vez no será nada del otro mundo. Una pequeña intervención y ya está. Sin dolor. Sin esa maldita aguja de tejer con la que todavía tengo pesadillas. Sólo de pensarlo se me ponen los pelos de punta.

Y eso que he visto cosas peores.

Solange se ha sentado con los pies en el salpicadero y la mirada perdida en los árboles que desfilan por la ventanilla. Está ausente. Siempre va así por la carretera, incluso cuando conduce ella, como si se dejara absorber por el paisaje. Yo pongo la radio y busco una emisora con la esperanza de que se anime un poco si encuentro una canción que le guste, pero hoy es el día de la final y sólo se oye «¡Adelante los verdes!», el himno del Saint-Étienne. Es una canción muy tonta, pero se pega rápido y empiezo a cantarla también, hasta que ella se vuelve hacia mí.

—Albert.

Siempre se me olvida que canto fatal. Además, no estamos para muchas fiestas.

—Perdón.

Solange vuelve a irse tal como ha venido, al otro lado de la ventanilla, donde dos pájaros alzan el vuelo en un campo. Siento una

punzada en el corazón, como si ella me echara la culpa, aunque sé que no es así. También sé que le molesta que se lo pregunte. No, no es que esté enfadada conmigo, sólo necesita silencio. Necesita que deje de hablar, de cantar, de hacer pronósticos sobre el partido de esta noche, que deje de querer llenar el vacío. Eso ya lo sé. Y espero que no se esté arrepintiendo, porque lo que es yo, no me arrepiento en absoluto.

—¿No quieres que lo volvamos a pensar?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

La tercera se atasca y aprieto el embrague echando pestes contra este cambio de marchas de mierda, pero en el fondo me siento aliviado. No sé qué habría hecho si ella hubiera dudado. Bueno, sí lo sé, me habría callado la boca y habríamos sido padres.

—Vamos a llegar puntuales.

Siempre tengo que decir algo. Es eso, o encender un cigarrillo, o poner la radio. Todo menos este silencio que me recuerda que todavía estamos a tiempo de echarnos atrás. Por ella, no por mí. A mí me trae sin cuidado, no tengo ganas de cargar con un crío, pero las chicas no lo ven igual. Ellas tienen un instinto, algo que las empuja. En la peluquería se ve perfectamente: todas con sus niños que berrean sin parar, orgullosísimas de que al chiquitín le estén saliendo los dientes, haya dicho papá, camine como un robot borracho antes de caerse de morros al suelo. No sé si les meten eso en la cabeza o si lo llevan en la sangre, pero, según ellas, es lo más bonito del mundo. Y a Solange se lo preguntan a menudo, claro. ¿A qué está esperando, señora Solbert? Que ya tiene treinta años, señora Solbert. ¡Ya es hora de ponerse manos a la obra! ¡Que se le va a pasar el arroz...!

Yo no les hago ni caso, pero sé que me miran de reojo, con aire de reproche. Porque la familia es algo sagrado. Porque hay que tener descendencia. Porque ninguna mujer es del todo feliz hasta el día que empuja un cochecito de bebé. Cualquiera diría que no han servido de nada todas esas tonterías de los hippies, las mochilas y el *peace and love*. Si supieran que hemos renunciado a comprarnos un coche rojo para no llamar la atención de los gendarmes, nos darían menos la lata

con sus insinuaciones.

Ya sólo falta cruzar un pueblo. La clínica queda al final de una calle sin salida y, aunque parezca increíble, hay un atasco. No podemos llegar tarde y toco la bocina dos veces.

—Pero ¿qué demonios está pasando?

Alguien grita «¡Asesinos!» y siento como una descarga eléctrica por todo el cuerpo. Me imagino que estamos bloqueados entre dos coches, con los polis saliendo de todas partes, así que doy marcha atrás, pero por el retrovisor no se ve nada, ni gorras de maderos ni luces giratorias. Un poco más adelante hay un grupo de gente muy exaltada con una pancarta, hombres, mujeres, jóvenes y viejos que hacen aspavientos delante de los coches. Una especie de manifestación en miniatura. El corazón aún me va a mil por hora, pero me doy cuenta de que soy idiota, de que eso no tiene nada que ver con nosotros. Gritan, cantan, «no al aborto, basta de asesinatos». Uno de los coches da media vuelta en el aparcamiento, en medio de los abucheos. Y yo vuelvo a tocar la bocina, no estoy dispuesto a llegar tarde por culpa de un puñado de imbéciles con un cartel de INFANTICIDA en letras rojas.

—¡Dejad paso, joder!

Ahora me miran a mí. Me gritan ¡asesino! Y yo me doy el gustazo de bajar la ventanilla, mirarlos a la cara y gritar a todo pulmón:

—¡Viva el Saint-Étienne!

Vas a matar a un niño, asesina, vas a matar a un niño.

Ha bajado del coche, sin mirarlos, sin verlos, sin oírlos, casi con los ojos cerrados. Y ahora camina, perseguida por una jauría que le ladra a la cara. Vas a matar a un niño, a tu hijo, a sangre fría. Con cita previa, a las nueve y cuarto, como quien va a la peluquería. Porque ahora es legal. Porque ellos te han dado el derecho a matar.

Irresponsable. Depravada. Asesina.

Le cierran el paso. Agitan una pancarta delante de ella y también una muñeca horrible, pintarrajeada de rojo, con un cuchillo clavado en la cabeza. Ahora es fácil, ¿eh? Puedes acostarte con quien quieras, cuando quieras. Y dentro de un rato, cuando salgas, tu hijo estará muerto y tú podrás volver a las andadas.

Con la cabeza gacha y a punto de vomitar, ella los empuja suavemente. Para pasar, sólo para pasar, es lo único que quiere, llegar al edificio, que está ahí, detrás de ellos, cerrar la puerta y dejarlos chillando en el exterior. Pero ellos se apiñan a su alrededor, como un enjambre de insectos, y se arremolinan con un zumbido que perfora el cerebro. Tu hijo, has venido para matar a tu hijo. Algo se le engancha al bolso, lo agarra fuerte y luego lo busca a él, que es su roca, su fortaleza, pero ha desaparecido, en el peor momento posible, para ir a aparcar su dichoso coche, para que no se lo rayen, para que no se lo estropeen.

Entonces ella levanta la vista.

Se han colocado al pie de las escaleras, formando un muro de reproche, un muro de cólera, con su ropa anticuada, sus chaquetas de pata de gallo, sus faldas por debajo de las rodillas, con sus pancartas hechas con cartón de embalar. Con sus flequillos en cortina, sus permanentes, sus mocasines, sus gafas de pasta... Sus cristos de madera, sus medallas piadosas, sus santas vírgenes sobre los jerséis de cuello alto llenos de pelotillas. Antes eran cien, eran mil. Y de repente son diez, o quizá doce, debajo de esa pancarta desgastada donde el rotulador rojo empieza a desteñirse. Es una cruzada de aparcamiento, una guerra santa a diez minutos de casa, un

billete barato para ir al paraíso.

Podría rodearlos. Podría encogerse, pedir disculpas, pedirles perdón, explicarse, decirles que no pueden, que no pueden, que con una vida como la suya, sólo pueden funcionar siendo dos. Podría llorar, implorar la absolución, Señor, no soy digna, prometer que será la última vez. Podría proclamar que su cuerpo le pertenece, que el mundo cambia, que cada cual es libre de elegir, que otras han luchado para lo que ella va a hacer hoy.

Pero no les debe nada.

Siguen parados allí, delante de ella. Entonces empuja, brutalmente, como nunca ha empujado a nadie. La pancarta se bambolea, alguien protesta. Una vieja vestida con un traje beige grita algo a propósito de la juventud y los otros se indignan. A alguien se le ha roto un collar, las perlas ruedan por la escalera, le gritan que está loca. Le da igual, piensa pasar por allí, a través de ellos, sin rodear a nadie. Querría escupirles a la cara que no saben nada, que no entienden nada, que no entenderán nada mientras no hayan visto salir de su vientre unos pedazos amorfos que acaban tirados en un cubo. Sin embargo, lo único que le sale de la garganta es un grito. Un alarido de rabia, de impotencia, de dolor, un maremoto que inunda el silencio. Ya no puede soportar el silencio. No puede seguir atravesando la vida sin un sonido, sin un murmullo, como un figurín de moda, una foto de revista. La sangre se le sube a la cabeza, le arde la garganta, los ojos se le llenan de lágrimas. Sigue chillando y ellos retroceden, como si con su frágil cuerpecillo tuviera la capacidad de arrasar con todos.

Se han apartado para dejarle paso. Forman una guardia de honor, de deshonor, de silencio, que desemboca en esa puerta que no creía poder alcanzar. Cuando salga de ese edificio su hijo estará muerto, pero ellos se habrán ido. Habrán regresado a sus casas, a sus casitas estrechas, adosadas, donde se oyen hasta los susurros de los vecinos. Se instalarán detrás de las ventanas con visillos de encaje, para atisbar en el vientre de las chicas las formas curvas del pecado.

Volverán, pero le da igual.

Porque, en su caso, ésta es la última vez.

17

Brujas, la Venecia del norte. Yo habría preferido la Venecia del sur, pero los precios no son los mismos y habríamos necesitado una semana. A no ser que hubiéramos ido en avión, pero no es lo mío el avión, aunque no he volado nunca. No me gusta mucho la idea, me angustia. A nosotros lo que nos gusta es la carretera, la libertad de pararnos donde se nos antoje, los hotelitos, los desvíos. Así que estamos en Brujas. Dos horas de coche ni se notan, y vale mucho la pena para un fin de semana. He reservado una habitación en un hostal recomendado en la Guía Michelin, de estilo antiguo, con buena comida y vistas a los canales. Y con aparcamiento. Un sitio con clase, vamos. Y como he dicho que estábamos de luna de miel —así te aseguras de que serás bien recibido—, el tipo del teléfono me ha prometido que nos llevarían una cubitera con champán a la habitación. Así igual me gano a Solange, que desde la noche de la final me mira con un poco de mala cara. Todavía está resentida conmigo. Debo reconocer que no era el mejor momento, precisamente el día en que íbamos a la clínica... De haber sabido que ese asunto la corroía por dentro, no habría visto el partido, y aún más teniendo en cuenta que perdimos. Pero no es fácil saber lo que piensa Solange, es como un libro al que le faltan algunas páginas.

Ahora mismo, por ejemplo, no sé en qué está pensando mientras mira el paisaje sin decir nada, como siempre. De vez en cuando hace una foto, pero cada vez que yo me entusiasmo con algo, dice «ya» prácticamente sin mirarme. Y eso que todo esto es muy bonito, con esas casas viejas que se ven desde el canal, y los puentecillos, y los árboles por encima del agua. No vamos en una góndola, vale, sino en una barcaza llena de turistas. Y huele un poco a fango y el altavoz nos aturulla con la historia de la ciudad. Pero de todas formas es nuestra primera salida al extranjero, con pasaportes y todo, y aunque esté cerca, resulta muy exótico.

—¿Has visto esa torre?

No, no la ha visto. Está intentando cambiar el carrete de su nueva cámara que se le ha enredado en la correa del bolso. Yo no digo nada porque no es el momento, pero no fui yo quien insistió en comprar esa Instamatic de tres al cuarto que además hace fotos borrosas. Clic-clac Kodak y ya está, o más nos habría valido comprar una réflex.

Pasamos debajo de un puente tan bajo que hay que agachar la cabeza, con una escalera de piedra que se pierde en el agua. Se la habría señalado a Solange, pero ya empiezo a cansarme de su pose distante, así que disfruto del paisaje por mi cuenta y no digo nada. También miro a la gente. Ellos sí disfrutan. Hay unos viejos que dan grititos de admiración delante de cada fachada. Un padre de familia explica cosas a tres niños que parecen escuchar con interés. Una pareja que habla en no sé qué idioma se besa detrás del puente. Casi tengo la sensación de estar solo. Al final acabo cruzando la mirada con una chica de pelo rizado que debe de pensar que quiero ligar con ella, aunque no es así. Me sonríe, yo le sonrío, y eso me extraña; en general paso desapercibido. No es como con Solange, que atrae a todo bicho masculino por donde quiera que pase. Lo peor es que la chica no está mal. Es alta, delgada, con el trasero menudo, lleva un chaleco de cuero con camisa ancha y botas de cremallera remetidas en los vaqueros. Desvío la mirada hacia un bonito tejado de piedra, pero es curioso, la siento todavía en la espalda, como si no me quitara los ojos de encima. Y en cuanto me vuelvo se acerca sonriendo, con la cámara en la mano.

—*Sprechen sie deutsch?*

—Eh… no, lo siento.

—*English?*

—Tampoco. Francés.

Se echa a reír… No sé por qué, pero yo también me río, por mimetismo. Luego miro de reojo a Solange, con la esperanza de que lo haya visto y se sienta un poco celosa, pero no, le da igual, está fotografiando una familia de patos.

—*Could you take a picture? Please?*

No he entendido nada, pero como me tiende la cámara, supongo

que quiere que le haga una foto con Brujas como telón de fondo. Bueno, al menos a ella no sólo le interesan los patos.

—Sí, claro.

Tomo la cámara, la toqueteo un poco, ella me explica en inglés que hay que apretar ahí y allí, y enfocar con el artilugio del medio. Todavía reímos, nuestros dedos se tocan, yo percibo su perfume. Empiezo a sentirme incómodo y no soy el único: Solange nos mira, ahora sí, con cara de pocos amigos. Siento un cierto placer, por una vez no soy yo quien sufre. Está bien que sepa un poco lo que se siente cuando un desconocido se acerca con ganas de sexo en la mirada.

—*Here. Great view*.

La chica posa acodada en la borda del barco, con una iglesia en el fondo que se aleja demasiado deprisa para enfocar bien. A través del visor tengo un poco la sensación de observarla a escondidas y me digo que es bastante excitante, que por unos segundos soy otra persona que vive otra vida, pero la cosa no dura mucho porque la mano de Solange se acerca para bajar el objetivo.

—¿Qué quiere ésa?

—Ya lo ves. Que le haga una foto.

La chica sigue sonriendo, aunque ahora sin muchas ganas; seguro que no se esperaba esto, y además Solange la mira con aspereza, como si aquello le diera asco.

—¿Y también querrá ponerse en pelotas, por casualidad?

Yo sonrío, divertido, antes de darme el gusto de hacerle una última foto a la chavala. Con un bonito tejado de fondo, sin apresurarme. La chica recoge la cámara sin añadir nada más aparte de un *thank you* en voz baja y luego se marcha al otro extremo de la cubierta, lo más lejos posible de nosotros.

Y Solange vuelve a su mala cara, como si no hubiera pasado nada.

—Un momento. ¿Me montas un numerito y ahora vuelves a pasar de mí?

—No es verdad que pase de ti.

—Ah, pues lo parece.

Sonrío. Eso la irrita, pero no contesta nada.

—¿Estás celosa?

—Vaya... qué imaginación.

—¡Has venido dispuesta a ahogar a esa chica en el canal cuando lo único que quería era una foto!

—Tonterías.

Creo que es la primera vez que la veo así, y me encanta, aunque a ella no tanto. Noto que hierve por dentro. Mientras pasamos debajo de un puente, hace como si fijara la atención en un detalle, una piedra, una planta, una fachada, y luego, de repente, porque es superior a ella, porque yo no dejo de mirarla como si fuera su maldita conciencia, se pone a sonreír. Al principio un poco, casi sin querer. Es la clase de sonrisa que uno no consigue contener, por muy decidido que esté a poner mala cara y a detestar al otro para toda la eternidad.

—Bajamos en la próxima parada —le susurro al oído.

No sé cómo lo hemos hecho para encontrar el hostal tan deprisa. Ya no veíamos nada. Por más Venecia del norte que sea esta ciudad, lo único que queríamos era estar solos. Hemos esperado con impaciencia la llave en la recepción, cogido el ascensor mirándonos a los ojos, entrado pitando en la habitación y nos hemos arrojado el uno sobre el otro. He lanzado su ropa por los aires, he deshecho el nudo del pañuelo que le recogía el pelo, la he llevado hasta la cama y ahora tengo la cabeza entre sus piernas. Le gusta que empiece con la lengua, eso la pone a punto.

Bueno, normalmente.

Será por culpa de Brujas o por culpa mía, pero tengo la sensación de que no ocurre nada. Ni un estremecimiento, ni un sobresalto. Mientras mis manos suben hacia sus pechos, su respiración no se ha alterado. Y cuando levanto la cabeza, la veo mirando al techo, fijamente, como si esperara a que la cosa se acabase. Se me quitan también las ganas de golpe y me apoyo en los codos, preguntándome qué habré hecho mal. No es la primera vez, hace ya un tiempo que pasa, pero hoy es peor que nunca. De verdad parece que esté esperando a que la cosa se acabe.

—¿No estás bien? ¿Quieres que paremos?

—No, no. Continúa.

No me convence y me siento cerca de ella. A cuatro patas, y siendo

el único que disfrutaba, me sentía aún más gilipollas. Entonces me fijo en la habitación, un poco más anticuada de lo que imaginaba, con sus muebles de otra época, su sillón de terciopelo rojo y sus cortinas con borlas y velador de abuelita. Hay una lámpara de araña con velas falsas, una especie de trasto plegable para poner la maleta y nuestras revistas, que hemos dejado en nuestras mesitas a toda prisa cuando hemos llegado hace un rato. *Auto-Journal* para mí, *Rock & Folk* para ella. Como siempre, como en todas partes. Hemos estado en tantas habitaciones de hotel, pensiones y moteles de carretera... Lo único que da vida a estos cuartuchos somos nosotros.

Pero en éste no ocurre nada.

Y yo sé por qué.

Es sólo que no quiero reconocerlo.

Solange me mira con cara de no entender qué pasa y eso me entristece, porque sé que se esfuerza para darme gusto. Ella sabe tan bien como yo la verdad, aunque nunca hayamos hablado de eso. Hace mucho que se aburre en la cama, en casa, en el hotel, en un hostal, como todas las parejas del mundo. Sólo lo pasa bien, sólo disfruta, se suelta la melena y se abandona en cuerpo y alma, después de la caza. Justo después, todavía con el corazón acelerado y la respiración alterada, aún llenos de miedo y rabia. Y con los pies bañados en sangre.

No tengo ganas de hablar de eso.

No tengo ganas de pensar en eso.

Sólo espero que encontremos a quién cazar en el viaje de vuelta.

18

Éste sí que pesa una tonelada. Me cuesta bajarlo por los escalones de su caravana, incluso arrastrándolo por los pies, así que voy despacio, a trompicones. Es algo que prefiero hacer solo, para ahorrárselo a Solange, que detesta este momento. Si quieres seguir liberando al mundo de indeseables, has de limpiar un poco lo que dejas detrás. Acabarán por encontrarlo, claro, pero tardarán más. Eso suponiendo que alguien se preocupe por este tarugo. Hasta su madre, si es que la tiene, debe de cambiarse de acera al verlo. No es más que motero gordo y empapado de cerveza, con su Suzuki amarilla y sus mofletes colorados, que aborda a las chicas en el camión de pizza de la esquina diciéndoles que nunca han visto una polla como la suya. Adivina cuánto mide, di un número. Un poco más y la pone encima del mostrador. Imagino que Solange no ha sido la primera en aceptar acompañarlo hasta su asquerosa caravana, pero lo que sí es seguro es que será la última. Cuando pienso que he estado a punto de perderlos en la carretera —no era fácil seguirlos con el Renault 12—, todavía me entra un sudor frío, porque ese gilipollas incluso ha intentado golpearla. Ahora es él quien se golpea contra las escaleras, dejando un rastro rojo que habrá que limpiar después. Bueno, eso si encontramos una botella de lejía en su ratonera.

—¡Albert!

—¿Qué? Ahora estoy un poco ocupado.

—Ven a ver esto.

Siempre tiene que llamarme en el peor momento, cuando estoy subido a un taburete cambiando una bombilla, cuando me he puesto ya los zapatos, la bufanda y la cazadora para salir... Cualquiera diría que lo hace adrede.

—Ya voy.

Pero antes llevo el cadáver detrás de un árbol, no sea que alguien tenga la mala idea de pasar por allí. Y no es moco de pavo, todavía

parece más pesado cuando lo arrastro por la tierra. No sé por qué siempre pasa lo mismo, hasta un renacuajo acaba pesando como un burro muerto. Debe de ser cosa de la religión: a más pecados, más kilos.

Si es así, compadezco al tipo que me meta en el hoyo.

Me paro un segundo para encender un cigarrillo. Ya sé que no es muy prudente, pero estoy hecho polvo. Me canso sólo de pensar que habrá que arrastrarlo por el bosque, cavar un agujero y cubrirlo de hojas, con la esperanza de que se quede ahí por mucho tiempo. También habrá que cruzar los dedos para que no pase nadie; para que nadie se fije en el Renault 12 aparcado en el arcén. Es difícil que nos vea alguien en este sitio perdido de la mano de Dios, con este día de perros, con la niebla y la llovizna, pero nunca se sabe. Desde luego, sería de lo más idiota acabar en la guillotina por culpa de un tipo que ha salido a pasear a su perro.

—Albert.

Solange me mira desde lo alto de las escaleras, y yo tardo unos segundos en comprender lo que estoy viendo. Me da un escalofrío, de esos que te suben por las vértebras y te hacen latir más deprisa el corazón, como cuando de niño me pillaban robando pan en la cocina. Está allí parada, con el pelo suelto, envuelta en su enorme chaqueta de borrego, con las manos y los pantalones manchados de sangre... y con un bebé en los brazos.

¡Un puto bebé, joder!

19

Lo hemos comprado todo en una farmacia de pueblo. Bueno, en realidad no sabemos todo lo que se necesita. Hemos calculado que tendrá unos seis meses, igual que la última hija de la señora Josserand, que es más o menos del mismo tamaño. *Grosso modo*. También coinciden en que sólo tienen dos dientes. De todas maneras, no creo que eso cambie gran cosa; la leche es la leche, tampoco hablamos de física nuclear. La hemos puesto en un biberón, lo hemos agitado, y viendo el ruido que hace con la tetina supongo que ha ido bien.

Menuda mala pata.

Si me hubieran dicho que ese tipo vivía solo con un bebé, jamás me lo hubiera creído. En una caravana, qué te parece. Una caravana en medio del bosque, perdida entre dos puebluchos, con tal cantidad de cerveza almacenada que habría podido surtir a los bares de la zona durante dos años. No puedo imaginar cómo lo hacía para llevarlo en su moto de carretera, monoplaza. Ni cómo se las arreglaba para llevarlo al médico o a casa de su madre, porque no había ni rastro de cosas de mujer en esa caravana, ni ropa, ni cepillo de pelo, nada. Si lo hubiéramos sabido, maldita sea... Habríamos pasado de largo, claro, y él habría seguido presumiendo del tamaño de su polla delante de todos los camiones de pizza del mundo.

Y ahora circulamos por esta carretera secundaria sin saber realmente adónde vamos, con el limpiaparabrisas chirriando y Solange dando el biberón como si lo hubiera hecho toda la vida.

—¿Has visto? Tiene los ojos de distinto color.

No nos sirve de nada, el color de sus ojos, aunque fueran rosas seguiríamos estando en la mierda. Una cosa es matar a gente y otra muy distinta largarse con un bebé. ¿Qué vamos a hacer ahora? Tampoco vamos a dejarlo delante de una iglesia esperando a que alguien vaya a recogerlo con esta lluvia.

—Puede cambiar.

Doy la vuelta a la rotonda por segunda vez.

—¿Qué puede cambiar?

—El color de sus ojos.

—Ya. Mientras tanto habrá que decidir qué vamos a hacer.

La miro de reojo y me digo que es alucinante la rapidez con que una mujer puede transformarse en madre. En ese momento, si no la conociera, no tendría la menor duda. La manera en que lo sostiene en brazos... La suavidad de sus gestos... Sí, es verdad que no es el primero que coge, en la peluquería desfilan bebés constantemente, incluso a veces les da el biberón cuando las madres están debajo del secador. Aun así es curioso. Desde que lo tiene encima el niño ha parado de llorar y la mira como si hubiera bajado del cielo, e incluso cierra los ojos cuando le acaricia la cabeza.

—Lo mejor sería dejarlo delante de un hospital, ¿no crees? En los hospitales hay mucha gente. Además, están equipados y tienen servicios para eso.

En lugar de responderme ella le olisquea la cabeza diciendo que huele a crema, y yo empiezo a mosquearme. Parezco el único que se da cuenta de que estamos de mierda hasta arriba.

—¿Y qué si huele a crema? ¿Qué te parece mi propuesta?

—Me parece que podríamos quedárnoslo un poco, mientras vemos.

—¿Mientras vemos qué?

El niño se ha puesto a llorar otra vez. Entonces ella se lo apoya en el hombro y le da unos golpecitos, como hacen todas las madres, para que eructe. Me pregunto si realmente eso sirve de algo, pero mejor no tocar el tema.

—No sé. Mientras vemos qué hacemos.

—¡Si no hay nada que ver, joder! ¿Qué quieres que hagamos? ¿Que volvamos del fin de semana con un bebé en brazos como si tal cosa? ¿Que le digamos a todo el mundo que has tenido un embarazo rápido, de cuarenta y ocho horas exactas, y que somos los felices padres de un niño con un ojo azul y otro verde?

Por una vez es ella la que se calla. Desvía la mirada hacia un punto en la niebla, como si no fuera evidente. No sé qué mosca le ha picado,

la verdad, ella, que siempre tiene la razón, que me llama «Albert» con esa sonrisilla suya y me hace sentir como un tonto sólo con una mirada.

—No podemos quedárnoslo, Solange. Ni siquiera «un poco».

Y entonces el niño eructa y le deja un resto de leche en el hombro.

—De acuerdo. Quieres que lo abandonemos.

—No vamos a abandonarlo, joder. No es nuestro.

—Puede, pero si no fuera por nosotros todavía tendría un padre.

—Menudo padre.

Yo diría incluso que le hemos hecho un favor a ese crío, porque crecer en una caravana, rodeado de botellas de cerveza... Aun así en el fondo sé muy bien lo que hemos hecho, y se me retuercen las tripas. Ese niño no nos había pedido nada. Lo que le espera es el orfanato, la Asistencia Pública, la Ayuda Social a la Infancia, como dicen ahora. El dormitorio, la oración, los palmetazos. Los caprichos del cura. El comedor que huele a vómito, una naranja por Navidad y los tres cigarrillos que escondes en un rincón con la esperanza de crecer rápido. Eso es lo que le espera, a menos que tenga una madre.

Si creyera en Dios rezaría, maldita sea.

Ha parado de llover, pero con esta niebla sigo conduciendo despacio, sin forzar la marcha. El día ya ha sido bastante malo como para que ahora nos estrellemos contra un árbol y además el pequeñín se ha dormido. Será por el runrún del coche, o igual es la mano de Solange, que le acaricia el pelo hablándole en voz baja.

Es curioso, así casi parecemos personas normales.

Al final hemos renunciado al hospital. Es demasiado peligroso; no podemos correr el riesgo de que nos pillen. Digo «hemos», pero Solange no ha dicho nada. Está en su mundo, y el niño con ella, y francamente ahí están mejor los dos. Mejor que el bebé aproveche este momento de calma, que se deje envolver por la calefacción, la oscuridad de la noche y el ruido del motor, porque pronto se habrá acabado. Allí adonde va hay ruido, mucho ruido, y gente, y muchos colores. Lo dejaré en algún lugar de la ciudad, en cualquier sitio, una tienda, un portal o una parada de autobús, resguardado de la lluvia. Y alguien lo encontrará.

Al final he acelerado. Ya se ven las luces de la ciudad, las farolas anaranjadas, los fluorescentes de los rótulos de las tiendas.

Bueno, he dicho que «se ven», pero el único que los ve soy yo.

20

El color burdeos es feo, la verdad. Y con los asientos de terciopelo beige, la combinación queda francamente horrible. Pero es un buen coche, sobre todo con ese precio, apenas cuarenta mil kilómetros y neumáticos casi nuevos. Hasta tiene elevalunas eléctricos, sin duda es un modelo de gama alta, y además yo quería seguir con la marca Renault, porque es la más discreta que hay.

Aun así es horroroso.

—¿Qué?

—Me gusta.

Algo es algo. Con el codo en la puerta y el viento agitándole el pelo, Solange controla el volante con dos dedos y cierra la mano sobre la palanca del cambio de marchas. Feo o bonito, lo que a ella le interesa es que funcione, que vaya deprisa. La gente que dice que las mujeres conducen muy despacio nunca ha viajado con ella por estas angostas carreteras de la costa donde adelantar a una caravana es un suicidio. Solange ya ha adelantado a dos mientras yo intentaba coger un casete de la guantera. Me gustaría pedirle que redujera un poco, sería de tontos morir aquí, pero me emociona tanto verla así que aprieto el culo y procuro disfrutar del paisaje.

Hacía seis meses que no íbamos a ninguna parte. Seis meses de trabajo, de lluvia, de levantarnos al amanecer, de noches viendo la tele. Para el resto del mundo no es mucho, pero para nosotros es una eternidad. Las vacaciones son un poco como nuestra droga y, claro, ya empezábamos a sentir el mono, pero Solange no tenía ganas de salir. Tampoco de quedarse. No tenía ganas de nada. Llevaba a rastras su tristeza y la esparcía por todas partes. A la larga yo empecé a deprimirme también, sin saber por qué, como si fuera una enfermedad contagiosa. A los que están tristes los abrazamos, los besamos, los consolamos. Les decimos que todo se va a arreglar, les compramos una ración de patatas fritas en la plaza. Con ella no es así, con ella hay que

esperar.

Y un buen día revivió, sin más. Por lo visto no necesitaba gran cosa. Un coche nuevo, con un color asqueroso, fue suficiente para volver a la carretera. Hemos regresado al sur, cerca de la frontera italiana, Niza, Menton, todo eso. Me encanta esta zona, este cielo brillante, sin una nube, con las adelfas en flor y esas hileras de palmeras que te hacen soñar con otros lugares. Si fuera por mí, vendríamos aquí cada año, alquilaríamos una casa de pueblo cerca de la costa, pero con nuestros pequeños deslices no conviene tener rutinas. Gilipollas los hay en todas partes, pero no hay que abatir demasiados en el mismo sitio, como dicen los cazadores.

De todas formas, ya echaba de menos este olor a resina.

Nos hemos ido parando al azar en esos hotelitos construidos en lo alto de las colinas y hemos desayunado cada día mirando al mar. Nos hemos tostado al sol al compás de las olas y atracado de salmonetes en las terrazas de los chiringuitos, y ahora circulamos bordeando la costa con las cuatro ventanillas bajadas y un paisaje tan alucinante que parece de postal. Y cantamos con Claude François, que suena por los altavoces.

Je suis dans ta vie, je suis dans tes bras.

Ba-rra-cu-da.

Paramos un momento en un área de descanso donde hay un tipo muy feo haciendo autoestop. Nos muestra su cartel, pero no sé adónde va ni me importa, y además nunca recogemos a autoestopistas, así que me da igual. Me acabo el cigarrillo y me pongo al volante; antes casi vomito con Solange yendo a toda pastilla por esas carreteras secundarias. Conduzco despacio, disfrutando del paisaje, de la música, pensando en lo bonita que es la vida y en lo mucho que me pone mi chica con esa camiseta caqui de tirantes. Me hace gracia la gente que dice que se aburre. ¡Si a mí me vienen ganas con sólo mirarla! Sobre todo en verano, con este sol, ahora que está bronceada, la piel le huele a crema y el cabello a playa. Como hace siempre, ha reclinado el asiento para apoyar los pies descalzos en el salpicadero. El pantalón corto se le sube y se le mete entre las nalgas, igual que mi calentón, que sube por momentos.

Le toco el muslo.

—¿Paramos en algún sitio?

—Pero si acabamos de parar...

Noto su piel ardiendo por el sol, subo la mano por la pierna y mis dedos se deslizan, pero el pantalón está demasiado apretado y me cuesta mantener la dirección. El coche da un bandazo y Solange me aparta.

—Ten cuidado.

Me disculpo, muerto de risa, y en cuanto volvemos a una recta, suelto otra vez el cambio de marchas para tocarle el pecho izquierdo.

—Estate quieto...

—Vale, vale.

Está crispada, y razón no le falta, lo reconozco, con un solo volantazo saldríamos disparados, así que pongo el intermitente y me paro en el arcén, al borde de la carretera. Desde luego no es el sitio ideal, pero bueno, no hay nadie, las vistas del mar son increíbles y es más excitante que un cuarto de hotel.

—¿Qué haces?

—Adivina.

Quito el contacto con una sonrisilla. Solange suelta un suspiro de irritación, pero es normal, siempre tarda un poco en reaccionar cuando las cosas no se hacen como ella las había previsto.

—Estás guapísima.

Me aparta la mano sin responder. Me da un poco de rabia. Cuando ella tiene ganas ha de ser ya, ahora mismo, y ni le hables de dolores de cabeza.

—Venga... Relájate. ¡Estamos de vacaciones!

Me inclino, le beso el cuello. Su olor a playa me vuelve loco y deslizo la mano por debajo de su camiseta.

—Para. No tengo ganas.

—¡Nunca tienes ganas! Déjate ir un poco.

Sus pezones se ponen duros bajo mis dedos. Ella me rechaza, se arquea. Eso me excita aún más, pero de golpe estalla.

—¡Te he dicho que pares! ¡No me toques! ¡He dicho que no! ¿No lo entiendes?

Retiro la mano como si acabara de sufrir una descarga eléctrica. No contenta con eso, sigue mirándome como si fuera un extraño.

—¡Eres como los demás, joder!

La frase me cae como un bofetón, como un tijeretazo. Me entran ganas de aporrear el volante, el parabrisas, de gritar a pleno pulmón, pero me quedo quieto, tragándome mi rabia en silencio. Ella gira la cabeza, como siempre, hacia el mar, como una princesita, después de haberme escupido a la cara que soy como los demás. A mí, que lo soy todo para ella, que me he pasado la vida haciendo todo lo posible, todo, para que sea feliz. Como los demás, dice, lo que faltaba... Si son los demás los que la excitan... Es ahí donde encuentra el placer.

Pues si es lo que necesita, se lo voy a servir en bandeja.

Arranco sin decir palabra y, haciendo chirriar los neumáticos, doy media vuelta para ponerme en dirección contraria. Avanzamos tres kilómetros en silencio, yo con los puños crispados en el volante, hasta el área de descanso. El tipo que hace autoestop sigue en el mismo sitio con su cartel. Doy un frenazo y Solange se agarra al salpicadero.

—¿Qué estás haciendo?

—Te voy a dar lo que quieres.

El tipo nos mira, debe de preguntarse por qué hemos vuelto, pero no se hace de rogar, seguro que no se ha parado mucha gente, con esas pintas que gasta. Parece un payaso, todo de negro, con esos vaqueros rotos, botas con cordones amarillos, la cadena en la cintura y esta chupa cubierta de pins e imperdibles. Y una A pintada de rojo en la espalda. Será A de atontado, digo yo, o no iría tan contento con esas fachas. Lleva uno de esos cortes de pelo ridículos que ahora están de moda, como de erizo, como si se peinara con los dedos en un enchufe. De todos modos nos importa un comino, pasaría lo mismo si fuera con un traje de astronauta.

La mochila es más grande que él y bajo para abrirle el maletero. Solange me mira con cara de malas pulgas.

—Albert...

—¿Qué, Albert? Estoy haciéndole un favor.

Ella lo niega con un suspiro: el tipo le ha mirado las piernas al pasar y ya imagina cómo van a acabar las cosas... Como si ella no lo

quisiera.

Pero el payaso no está solo. Hay dos mochilas. Una chica sale de detrás de un árbol abrochándose la falda. Mismo pelo de erizo, mismo tipo de ropa, falda escocesa, medias negras agujereadas, botas militares y cazadora de motero tres tallas más grande. Esto no lo había previsto, pero es demasiado tarde, el tipo ya se ha apalancado detrás. Yo estoy tan cabreado que no puedo ni pensar.

He arrancado sin decir una palabra. Los dos espantajos nos sonríen y yo los miro por el retrovisor con cara de malas pulgas. Aunque parezca increíble, el chaval hace poses mientras se arregla las puntas mirándose en la ventana de atrás. Lo entendería si tuviera catorce años, pero debe de tener unos treinta. Y nos da conversación, sin dejar de mirar las piernas de Solange.

—¿Son de la zona?

—No.

—¿Están de vacaciones, entonces?

—Sí.

Solange acaba compadeciéndose de él y me toma el relevo para charlar un rato. Las vacaciones, el clima, la pesadilla de hacer autoestop... El palique de siempre para no decir nada. Sólo faltan los rulos para que me sienta como en la peluquería.

—¿Son pareja? —me pregunta el muy gilipollas, como si fuera asunto suyo.

—Sí.

—¿Desde hace mucho?

—Sí.

Solange me lanza una mirada de reojo y yo hago como si no me diera cuenta.

Después de unos cuantos kilómetros me desvío por una carretera local. Con la vista fija en la carretera, sin decir nada, los escucho mientras hablan de música, como si se conocieran de toda la vida. El tipo se ha fijado en mi casete de Claude François y se ha echado a reír, no sé por qué. Entonces empieza a soltar nombres de grupos que nadie conoce, pero que por lo visto son famosos en Londres. Como si a nosotros nos importara un comino lo que pasa en Londres. Si tuviera

tiempo que perder, les diría que escucharan a Johnny Hallyday, eso sí que es música, pero ya es tarde para enseñarles las cosas buenas de la vida. Solange, en cambio, le sigue la corriente, y sé que lo hace para fastidiarme. Ella se justifica y me hace pasar por hortera. En verano escuchamos canciones de verano, Claude François y todo eso, para reír, para ir por la carretera. A ella lo que le gusta realmente son The Doors, Janis Joplin, Pink Floyd, y un poco de disco también, pero sólo de vez en cuando, para bailar. La chica se desentiende, está medio dormida apoyada en el reposacabezas, pero el menda no le saca los ojos de encima a Solange. Está pendiente de todo lo que ella dice, se ríe a carcajadas y, como el viento hace mucho ruido, se acerca para oírla mejor. Dentro de unos kilómetros ya sólo la verá a ella.

Como los demás.

—Tengo un casete, si quieres. ¿Te mola?

Vaya, ahora resulta que se tutean. Y sí, a ella le «mola», así que él le pasa su recopilación de lo que está de moda en Londres. He de hacer verdaderos esfuerzos para no sacarlo y tirarlo por la ventana. Me revienta la cabeza. Es puro ruido, esa cosa. Puro ruido. Berridos, acoples, chirridos. Si eso es lo que escuchan los ingleses, los compadezco.

Solange hace una mueca y el tipo se troncha de risa sin importarle lo más mínimo llenarle el cuello de perdigones.

—¡Espera, hay que escuchar la letra! ¿Hablas inglés?

—No.

—No pasa nada. Yo puedo traducírtelo.

Estoy hasta las narices, y no sólo de la música. Entonces freno en seco, sin avisar, porque ya no aguanto más su coqueteo. Me paro en medio de la carretera y apago la música antes de acabar sordo.

—¡Eh! Pero ¿qué pasa? —dice Solange, que casi pierde las gafas de sol.

—El motor hace un ruido extraño.

—Yo no oigo nada.

—Te digo que hace un ruido extraño.

Abro la puerta y echo un vistazo al retrovisor para comprobar que no viene nadie. La chica se estira bostezando, sin preocuparse de su

amiguito, que sigue pegado al respaldo de Solange como una ostra a la roca. Ahora suelta indirectas sobre mi manera de conducir para hacerla reír. Debe de tener el dicho en la cabeza: haz reír a una mujer y la tienes en tu cama. Los conocemos bien, a los tipos como él, tenemos una caja llena, por eso sabemos que, en menos de un minuto, aunque yo esté apenas a un metro, le meterá mano, le dirá que es muy guapa e intentará besarla en el cuello. Le propondrá un plan para dos, para tres o para cuatro, lo que sea, con tal de tirársela. Ella se negará, él se pondrá pesado, violento, la llamará puta, y acabará como los demás, con unas tijeras en la garganta.

En el fondo, todos son iguales.

—Albert, ¿por qué te has parado aquí?

Me bajo, cierro de un portazo, abro el capó y hundo la cabeza en el motor tratando de calmarme, pero el muy imbécil también se baja del coche. Por lo visto ha trabajado en un garaje. Tenemos suerte, dice, orgulloso de acudir al rescate. Deben de ser las bujías, o el alternador, o el cacharro que hay debajo. Lo dejo gesticular, y rápidamente sube, hierve, se desborda, mientras no para de hacerle sonrisitas a Solange.

—Tú a lo tuyo, ¿eh? Haz como si yo no estuviera aquí.

Me mira como si no me entendiera. Entonces lo agarro por el cuello, le saco la cabeza del capó y lo empujo hacia atrás. Sin apenas esfuerzo porque sin la chupa de motorista debe de pesar sesenta kilos como mucho.

—¿Qué mosca le ha picado a éste?

—A éste no le gusta que se le rían en la cara —replico.

Solange me fulmina con la mirada, señalándome a la chica en el asiento de atrás. Tiene razón, sé que tiene razón, pero ya es demasiado tarde.

—Si es por lo de Claude François...

O lo hace adrede o es un imbécil rematado. Tras concluir que lo hace adrede, lo empujo con las dos manos y le arreo un puñetazo. Lo dejo sin respiración, con el erizo despeinado. Me grita que estoy chalado, la chica me llama gilipollas, Solange se baja del coche y yo sigo empujándolo.

—¡Albert, hostia!

Demasiado tarde, ya me he abalanzado sobre él. Levanto el puño y él saca algo del bolsillo, una navaja que se abre de golpe, con una hoja larga y delgada de reflejos negros. Pienso «mierda, un cuchillo» y doy un paso atrás, tropiezo, pero ya me lo ha clavado y el dolor me taladra el pecho. Por un segundo me digo que no es nada, sólo un corte, pero empieza a faltarme el aire, el dolor me sube por la espalda, la camisa se me tiñe de rojo. Veo sus ojos, tiene más miedo que yo, grita «¡vámonos!» a la otra imbécil, que no para de chillar. Solange me sostiene, o al menos lo intenta, dice algo, pero peso demasiado y el vértigo se apodera de mí, me atrae hacia el suelo, hace girar el cielo. La voy a palmar aquí, joder, encima de la gravilla y el asfalto. No sé qué ha sido del mar, ya sólo veo el cielo azul y la sangre chorreando entre mis dedos. Presiono la herida, la aprieto, pero no sirve de nada, ni siquiera para que paren las náuseas. Querría decirle algo a Solange, lo siento, perdón, te quiero, pero en vez de eso suelto «me duele» y luego inhalo. Exhalo. Respirar, la vida no es más que eso, eso es lo importante, si dejo de respirar soy hombre muerto, pero me cuesta, tengo un pinchazo en el pecho. Se me nubla la vista, el cielo se vuelve borroso. Es una mala señal. Y tengo frío.

Mucho frío...

21

—¿Qué? ¿Cómo está?

Vaya una pregunta. Pues como un tipo al que le han clavado una hoja de diez centímetros entre las costillas, así es como estoy. De todas formas, no me quejo. Pensaba que no sobreviviría a un navajazo en el corazón. Nadie hubiera sobrevivido. Pero resulta que el corazón está en el otro lado. Como excusa diré que uno no está muy pendiente de la anatomía cuando lo están apuñalando. Y no, uno no ve pasar toda su vida en imágenes aceleradas, eso son chorradas. Sólo se siente pánico y un hormigueo en los dedos, y luego se pierde el conocimiento. Está claro que uno es menos gallito cuando está al otro lado de la navaja. Al final saldré de ésta con unos cuantos puntos de sutura y una caja de bombones que me ha dado la enfermera, que por lo visto me encuentra «muy mono». Se los regaló un paciente, pero no le gustan, son demasiado empalagosos para ella. Además, el hombre la toqueteaba cuando le cambiaba la sonda. Moraleja: soy yo el que se come las trufas con coñac.

Francamente, yo no diría que estoy muy mono, con este camisón que se abrocha por detrás, con el culo al aire, la cara pálida y los labios cortados. Y eso por no hablar del olor a hospital, esa mezcla de alcohol, lejía y puré de zanahoria, que parece pegarse a la piel. Hay que ver la cara que puso Solange la primera vez que entró en la habitación, cualquiera habría dicho que venía al depósito de cadáveres para identificarme. Nos abrazamos, me soltó que era un idiota, lloramos juntos y luego la invité a trufas.

Debe de estar a punto de llegar, por cierto, a menos que se haya quedado dormida hasta tarde en el hotel.

La puerta se abre y la enfermera asoma la cabeza.

—¡Tiene visita!

Me peino con los dedos, pensando que debo de tener aliento de foca, pero no es Solange. Es un individuo con chaqueta, corbata

marrón, ojos marrones y zapatos marrones, con un corte bien rasurado detrás de las orejas que ya estaba anticuado hace quince años.

—¿Albert Desiderio?

—Sí.

—Inspector Weibel, de la policía judicial.

Ahora sí que veo pasar mi vida por delante. Todos esos años, todos esos esfuerzos, toda esa sangre, todos esos muertos, todo lo que hemos construido, todo lo que hemos amado. Y nosotros. Y ella. Y lo que nos queda por vivir.

—Tengo que hacerle unas preguntas.

Claro que tiene preguntas; si no, no estaría aquí. Yo creía que todo esto pasaría desapercibido, que esos dos imbéciles se perderían por ahí con sus cabezas de erizo, pero no, por lo visto les entró miedo. Y tuvieron que descargar sus conciencias como si fueran un par de monaguillos. Malditos anarquistas de pacotilla... Me gustaría saber qué han contado a los polis. La verdad, seguro. Que los cogimos en autoestop, que nos paramos sin motivo, que yo los ataqué y que ellos se defendieron.

—El médico me ha dicho que ya está en condiciones de hablar.

—Sí.

Procuro pensar deprisa, disimulando los nervios. Este tipo es una guillotina con patas. Una respuesta equivocada y estamos acabados. Ya hicimos de las nuestras aquí y dejamos un rastro. El fotógrafo. El legionario. E incluso el otro, el padre de familia numerosa. Además la Camarga no está tan lejos. Y sin duda tienen expedientes. Ahora bien, una cosa está clara: si alguien cae, voy a ser yo. Hace años que le doy la lata a Solange para el día en que nos descubran. Hace años que la obligué a aprenderse de memoria lo que le diría al poli que la interrogase. Y aunque nunca haya querido escucharme, sé que me ha oído. Ella no sabía nada, no ha visto nada, sólo ha servido de cebo.

El poli ha sacado una libreta.

—¿Su apellido es Desiderio?

—Mientras no se demuestre lo contrario.

—¿Entonces Solbert es el apellido de su mujer?

Mierda. Esta costumbre de dejar un nombre falso cuando nos

quedamos en un hotel...

—No, es el nombre de nuestra empresa.

—Ya. ¿Hacen pasar la estancia como gastos de empresa?

—Alguna que otra vez.

—¿Y qué actividad tienen?

—Una peluquería.

Una peluquería a mil kilómetros de aquí. No sé en qué lío me he metido. Me cuesta un poco improvisar con la venda que me tira y el corazón que me va a mil.

—No me parece muy legal todo esto.

Su tono un tanto guasón me anima un poco. Me digo que el poli no sonreiría si viniera a esposarme, así que intento despistarlo con mis historias de contabilidad, con la esperanza de que eso encubra nuestro rastro. Frente a la pena de muerte, lo del fraude fiscal es un chollo. De todas formas a él le importan un comino nuestros gastos de empresa. Lo que le interesa es lo que pasó ayer.

Explíqueme.

Se lo explico, sin cambiar casi nada. El motor hacía un ruido raro, nos paramos para revisarlo, el tipo sacó una navaja, quería dinero, o sólo pelea, yo me defendí y he acabado así, en el hospital. Él toma notas, inclina la cabeza, hace preguntas, pide detalles... Y dice «buenos días» a Solange, que acaba de llegar, toda peripuesta, con su sombrero y su bolso a rayas.

—Llega en el mejor momento. Me disponía a pedirle al señor una descripción exacta de sus agresores.

—Ah, de eso no nos vamos a olvidar así como así.

Me encanta su aplomo. Me tranquiliza un poco, porque caminamos por una cuerda floja. Sin red.

—Mandaremos hacer un retrato robot, pero ahora traten de describírmelos con el máximo detalle posible. Con un poco de suerte todavía estarán en la región.

Solange me mira, se quita el sombrero y se instala en una silla con las piernas cruzadas. Y luego, sin más, sin titubear, empieza a describirlos. Primero al tipo. Talla mediana, más bien corpulento, con camiseta y vaqueros, entre treinta y treinta y cinco años, pelo castaño

oscuro, sin ningún rasgo destacable, aparte de un bigote pelirrojo que no pegaba con el color de su cabello. El poli sonríe, detectando el ojo experto de la peluquera, y entonces me doy cuenta de lo que está haciendo Solange. El tipo del que habla existe realmente; es charcutero en Montreuil-sur-Mer y yo le corto el pelo. En cuanto a su mujer, viene a teñirse las mechas cada semana; podría dibujarla de memoria si fuera capaz de aguantar un lápiz. Así que me lanzo y empiezo a añadir detalles, sobre ella, sobre él, y claro, suena totalmente real. Les va a quedar un buen retrato robot. Y ya pueden buscar hasta el fin del mundo, hasta Italia si quieren, que no encontrarán ningún testigo de lo que pasó. Fue una agresión, una de tantas.

Y pensar que he estado a punto de ponerlo sobre la pista de ese par de espantajos...

El poli garabatea a toda velocidad en el cuaderno, concentrado como un escolar con sus deberes.

—Tuvieron suerte, ¿saben? Son los primeros que salen con vida.

—¿Han agredido a más gente? —pregunto yo con cara de idiota.

—Sí, se podría expresar así. Son una pareja de asesinos que opera desde hace años. Una especie de Bonnie and Clyde a la francesa.

Bonnie and Clyde. Que yo sepa es una canción de Serge Gainsbourg con esa chica que canta fatal, pero quizá lo he entendido mal.

—¿Y están seguros de que eran ellos?

—Es difícil asegurarlo. Tenemos descripciones, pero son contradictorias. Hay bastantes pistas falsas. Aunque esta vez la franja de edad corresponde... El arma blanca... Y el modus operandi. Abordan a sus víctimas en la carretera, en la playa, en lugares públicos, las aíslan y las atacan. Si no son ellos, hay muchas coincidencias.

—Efectivamente —confirma Solange sin perder el aplomo.

Yo sufro por los dos, pero, por suerte, mis sudores fríos pueden achacarse a la herida. El tipo me pregunta si me encuentro bien, si no quiero que llame a la enfermera, y yo hago un gesto de dolor para dar el pego y al final se excusa por haberme hecho pasar un mal rato después de lo que acabo de vivir. Pero no hay tiempo que perder, los

culpables siguen libres y sería una lástima perderles la pista. Lo que nos ha pasado a nosotros puede ocurrirle a otra gente. Solange asiente. Los dos asienten. Y yo, el buen príncipe, respondo que me alegro de poder cumplir con mi deber de ciudadano, sobre todo si eso puede servirle para detener a Bonnie and Clyde. Un poco más y nos damos un abrazo. Luego guarda la libreta, vuelve a darnos las gracias y nos pide que nos quedemos por la zona hasta que envíe a no sé quién, de no sé dónde, para hacer los retratos robot.

Los encontraremos.

No les quepa duda de que los encontraremos.

Solange lo acompaña a la puerta, el tipo le da su tarjeta, yo apoyo la cabeza en la almohada y me doy cuenta de que he apretado tanto los puños debajo de la sábana que las uñas me han dejado una marca morada en la palma de las manos. La herida me tira. La venda está demasiado apretada. El olor a puré me da ganas de vomitar. Cuando respiro noto una punzada, pero me da igual. Lo que acaba de pasar es un milagro. Un maldito milagro que no va a repetirse más.

Lo de Bonnie and Clyde se acabó.

El coche espera entre dos ambulancias, aún con la ventanilla bajada y las llaves puestas. Hay una multa en el parabrisas. Imágenes del día anterior, polvo de la carretera. Y sangre en la puerta…

Ella ha lanzado el bolso al asiento de atrás. Está sentada al volante, con los ojos cerrados, sin pensar en nada. El asiento que se hunde, el tacto del terciopelo y el olor a gasolina son un poco como su casa, como un refugio, pero el hospital sigue ahí, tras los párpados cerrados, con sus pasillos blancos y su luz ciega.

Habitación 14, tercera planta.

Volverá mañana.

Las palmeras desfilan, y las fachadas, y los balcones, todo ese blanco en el cielo y toda esa gente en la playa. Sombrillas, cometas, gente que ríe, un autobús que hace sonar la bocina… El intermitente, el carril de la derecha, el aparcamiento del hotel, pero no, aún no, tan pronto no, necesita aire. Entonces gira el volante, sin pensar, sin saber por qué, en dirección a la costa, hacia las colinas, hacia la última rotonda antes de la carretera.

La ruta serpentea, cada vez hay menos coches y la aguja del cuentarrevoluciones salta de un número a otro.

Segunda.

Tercera.

Segunda.

La ciudad desaparece después de una curva y ya sólo pinos, pinos piñoneros, y el mar, por todas partes, al pie de las colinas. El cielo sin nubes. El calor que arrecia, el olor a resina y a alquitrán. Tanteando, pone un poco de música, no la que escucha cuando van los dos, sino la que se sintoniza sobre la marcha, la que él detesta porque no la elige, la que aparece y desaparece a merced de las curvas. Los sonidos se superponen, las voces, las risas, la publicidad y los fragmentos de música, la guitarra, el piano, Mireille Mathieu, Fiebre del sábado noche.

Listen to the ground

There is movement all around

There is something goin’ down

And I can feel it

El coche despierta, sale de su sopor, se despega de la carretera con desgana, pero luego se anima y empieza a subir rápido. Embiste las curvas, es un vehículo pesado, concebido para sacar a pasear a los hijos, sentados atrás, bien atados en su asiento, con sus peluches, sus muñecas y esos trapos que los calman. El coche se tambalea, se desliza, como un barco sin timón.

Los coches de delante van como tortugas, la caravana, la furgoneta, el Fiat cargado hasta los topes. Entonces ella acelera, muerde la mediana. Les hace señales con las luces. Déjame pasar, joder. Tercera. Segunda. Se queda a la izquierda, pisa a fondo, las agujas se disparan y ahora desaparecen todos, aspirados por el retrovisor. Un camión de frente, hay que volver a colocarse a la derecha, pero todo va demasiado rápido. Un roce, un bocinazo, la respiración en suspenso y el vacío por delante. Los carraspeos roncos del motor tapan la música, y la carretera se abre, por fin, para ella sola, con ese acantilado que despierta las ganas de volar. Allá abajo, en el horizonte, hay un chalet sobre el mar. Y unos pájaros que planean. Y el cielo, el cielo otra vez. Entonces abre los dedos, respira y cierra los ojos, un segundo, dos segundos, sin levantar el pie, hacia el precipicio, con la música en la cabeza. Es un tiovivo, una atracción de feria, una maldita montaña rusa que da vueltas sin parar.

Hay que frenar, ahora mismo.

Volantazo. Freno de mano. Los neumáticos chirrían, el motor se cala, la parte de atrás queda delante y la de delante detrás, y todo se para, hasta la música, en medio de una nube de polvo y humo. Levanta la cabeza. Recupera el aliento. Y despacio, muy despacio, despega los dedos del volante. Todavía le tiemblan las manos, pero sonríe, porque aún sigue ahí, y al día siguiente también estará ahí, a la hora de la salida, en el aparcamiento, entre las dos ambulancias.

Habitación 14, tercera planta.

22

Esta noche tenemos una cena romántica. Me he puesto mi americana de cuadros, he lustrado los zapatos y he sacado la corbata, como si quisiera volver a pedirle matrimonio. También me he echado un poco de colonia, la de las ocasiones especiales, en lugar de la loción de afeitado de todos los días. *Pour un homme*, de Caron. Voy de punta en blanco, vamos. Incluso he comprado una rosa, que he escondido en el coche para darle una sorpresa. Todo esto para ir a un restaurante y al cine, pero como sólo ocurre una vez al año, más vale celebrarlo por todo lo alto, como si fuera una primera cita. Lo llamamos nuestro aniversario, aunque no tenemos ni idea de la verdadera fecha, así que vamos cambiando y lo festejamos cuando nos parece, porque no somos como los demás y somos libres de escribir nuestra historia.

Me habría gustado reservar un hotelito en la costa normanda, un sitio agradable con vistas al mar, pero no hacía muy buen tiempo, y además con las escapadas de fin de semana nunca se sabe cómo acabará la cosa. Por eso decidimos cenar en Chez Eugène, igual que el año pasado y que el anterior. Respecto al precio, se pasan bastante, pero su lenguado a la *meunière* está de muerte y a Solange le chifla su carne a la brasa. Nos han dado la mejor mesa, cerca de la chimenea, debajo de la cabeza de ciervo, y me he fumado un puro para rematar la ocasión, después del melocotón en almíbar. Hemos cenado a cuerpo de rey y además nos hemos reído mucho, porque el vino se nos ha subido a la cabeza. Es increíble cómo puede cambiar la forma en que nos miramos. He de reconocer que a Solange le gusta cuando me pongo elegante, aunque diga que con la corbata parezco vestido de primera comunión. Tendríamos que hacerlo más a menudo, quizá una vez al mes, para que se sienta seducida, para que olvide mis pantalones de trabajo y mis camisetas. No quiero que se canse de mí, que acabe por encontrarme aburrido, sobre todo teniendo en cuenta que ella se conserva de maravilla. Estamos a punto de entrar en la

década de los ochenta y no ha engordado ni un kilo, pese a todo lo que come. Y encima siempre va vestida como una princesa, hasta para ir a comprar el pan.

Realmente tengo que comprarme un traje.

En cuanto al cine, estaba dispuesto a soportar una de esas películas horribles, con parejas que se miran con cara de pocos amigos en playas desiertas. O peor aún, una comedia musical. Hasta tal punto la quiero. Pero no estamos en París, sólo hay un cine y esta semana ponen *La gran juerga*. Aunque todo el mundo la ha visto mil veces en la tele, la siguen programando cada año, llueva o truene, a sabiendas de que llenarán la sala. De hecho, nuestros asientos eran los últimos, en primera fila. O sea, que eso de las retrospectivas del cine italiano queda muy bien, pero lo que la gente quiere es ver a Louis de Funès.

Todos menos Solange. Seguramente es la única de toda la sala que nunca ha querido ver esta película, y la única que no se ríe. Ni una sola vez, ni siquiera cuando le da sus zapatos a Bourvil, que calza tres números más que él. Ni cuando está silbando en la sauna, con ese tipo que lo mira mal. Yo lloro de risa, aunque me la sé de memoria, pero me incomoda. Uno se siente idiota riendo solo. Por eso me seco las lágrimas, dejo de carcajearme y le susurro a Solange, que ha mirado la hora por tercera vez:

—¿Te aburres?

—Está bien.

En su idioma, eso significa que sí.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, no.

—Yo ya la he visto, ¿eh?

Ya no me escucha. Tamborilea con los dedos en el brazo de la butaca, con la mirada perdida en las imágenes que desfilan en la pantalla, y noto que se está yendo. Lejos de la película, lejos de mí, lejos de nosotros. Nunca me acostumbraré.

—Bueno. Si te cansas, me lo dices.

El casco de Bourvil es demasiado pequeño, la sala estalla en carcajadas, pero me cuesta un poco volverme a concentrar en la película. Es una lástima. Me arrepiento de no haber encontrado otra

cosa; podría haberla llevado al circo o elegir otro día. Temo haber echado a perder la salida con *La gran juerga*. Me digo que es culpa mía que nunca salgamos de aquí, que ella se lo habría pasado mejor en París, que igual tendríamos que haber probado suerte, aunque sólo fuera para ver una maldita comedia musical la noche de nuestro aniversario.

Estoy seguro de que ella está pensando eso.

En el momento en que el oficial alemán se pone a gritar, Solange se vuelve hacia mí.

—Bébert.

De pronto siento un nudo en la garganta, no sé por qué, como si me fuera a anunciar allí mismo, en medio de la película, que lo nuestro ha terminado. Cuento los segundos. Tres, dos, uno...

—Tengo que encontrar a mi padre.

Quizá es por la música, los berridos de los actores o las carcajadas que inundan la sala, pero tardo cinco segundos largos en entender lo que acaba de decirme.

—¿Cómo?

—Mi padre. Quiero saber quién es.

—Lo sabemos, ¿no?

—No sabemos nada. Quiero conocerlo, hablar con él.

Su padre. Su padre alemán. El que se largó tras la Liberación como una cucaracha por debajo de la puerta, dejando a una mujer embarazada. Ese padre. Mira que me ha venido con cosas raras, con toda clase de caprichos, antojos, proyectos, pero esto lo supera todo.

—Y... ¿se te ha ocurrido de repente? ¿Viendo *La gran juerga*?

Esto la hace sonreír, lo que es el colmo, porque Louis de Funès lo ha probado todo sin conseguirlo.

—Estoy harta de ser la hija de nadie.

23

Karlsruhe. No sé ni cómo se pronuncia. Sólo sé que para vivir aquí hay que tener muchas ganas. Es un sitio gris, triste, viejo, y está lleno de militares. Franceses, ingleses, estadounidenses, todos de uniforme, pelados al cero y con un cigarrillo en la boca. Hay tantos que parece que estemos en un cuartel. Igual alguien debería decirles que la guerra terminó hace treinta y cinco años. Y además llueve. Se trata de una lluvia fina, traicionera, que no ha parado desde que hemos bajado del tren.

De todas formas, he sabido espabilarme. Llevo en el bolsillo el nombre, la dirección y hasta el número de teléfono de un tipo del que no sabíamos nada hace apenas un año. El padre de Solange. Tiene un apellido impronunciable, peor que Karlsruhe. Puede que haya sido una suerte que no la reconociera como hija: tener un apellido alemán siendo una hija de alemán habría sido la guinda del pastel.

Yo estaba convencido de que no lo encontraríamos. Porque quizá había muerto o estaba viviendo en Sudamérica, tan ricamente. Y porque, en el pueblo de Solange, los viejos tienen graves problemas de memoria. Cuando les hablas de la guerra, es curioso pero no se acuerdan de nada, o de casi nada. Sólo de que era complicado conseguir huevos y también de aquella vez que un obrero del ferrocarril desenroscó tres pernos e hizo perder dos horas a un tren que volvía a Alemania.

Tuve que insistir, sacar un billetito para refrescarles la memoria, para que se acordaran de aquella loca de la casa con los postigos cerrados. La rapada. La chica que vendía gorros. Y del alemán que iba a buscarla con ramos de flores para llevarla a bailar.

Solange comenzó a tener esperanzas cuando volví con un nombre, pero un nombre no es una dirección. No es como aquí, que sólo hace falta la guía telefónica. Y además nombres que empiezan por Hans los hay a patadas. Pero no me di por vencido. Sabía lo importante que era

para ella. Lo intenté todo. El ayuntamiento, la prefectura, los archivos, el Ministerio de Defensa. Detesto escribir, ni siquiera puedo con la lista de la compra, pero me partí el culo enviando esas cartas, estimado señor, reciba mis distinguidos saludos... Finalmente tuve un golpe de suerte. Ese imbécil forma parte de una asociación de antiguos combatientes con listas a la alemana, es decir, con todos los datos, como debe ser. Grado, destino, ciudad, fechas, traslados, todo. Una asociación con buena reputación que ayuda a los soldados con traumas. Hay que tener la cara muy dura, la verdad. El tipo se pasa cuatro años arrancando uñas en la Kommandantur de Charleville y luego pide una pensión porque no le ponen las cosas fáciles. Y encima se reúne con sus camaradas en una gran concentración anual para beber *schnaps* por los viejos tiempos.

Lo detesto incluso antes de haberlo conocido.

Su intención era decírselo primero por carta, para que se hiciera a la idea. Eso habría sido más inteligente que presentarnos así, llamando a su puerta como si fuéramos testigos de Jehová. Pero esa carta nunca llegó al buzón. Se quedó varios días encima de la mesa de la cocina, dentro del sobre, con la dirección y los sellos de colección que yo había comprado expresamente. Si lo llego a saber, no uso los sellos. Por una vez en la vida Solange no lograba poner punto y final a algo. La retocaba constantemente, a veces cambiaba unas cuantas palabras, otras unas cuantas líneas. Otras veces nada, sólo la firma o el color de la tinta. Ya no sé cuántas veces me quemé los dedos intentando volver a abrir el sobre encima de una cazuela. Al final lo rompí un poco, pero ya no importaba, los dos sabíamos que nunca iba a enviar esa carta. Aunque era muy bonita, la carta más bonita que he leído jamás, llena de frases que iban directas al corazón. Me hizo saltar las lágrimas, y eso que ya conozco la historia de Solange. Pero, claro, yo no soy de las ss.

—¿Qué? ¿Estás lista?

—Todavía no.

Es raro verla así de nerviosa. Me ha preguntado diez veces si las botas le combinaban con el bolso. Se ha mirado en todos los escaparates para comprobar que el jersey no le hacía arrugas. Y de

tanto tocarse el mechón de delante, casi se ha hecho un tirabuzón.

—No te preocupes. Seguro que todo irá estupendamente.

—Sí, ya.

Me da un codazo y sonríe un poco, porque sabe perfectamente lo que opino de todo el asunto. En su lugar, no me habría molestado en contactar con mi padre ni con nadie; siempre nos las hemos arreglado bien solos y a estas alturas no necesitamos una familia.

—En todo caso, espero que no te deje en herencia su casa.

Se troncha de risa. Realmente esta casa de ladrillos beige es feísima, igual que la calle, flanqueada de casas de ladrillo beige alineadas al milímetro. Lo peor es que no debe de ser barato; todo está limpio, bien cuidado, y los coches son de gama alta. Mercedes, BMW... No los últimos modelos, pero caros de todas formas.

Justo delante de la casa de mi suegro hay un serie 3 gris plateado que me encantaría que me dejara conducir cuando haya reconocido a su hija.

Pego la nariz a la ventanilla. Interior de cuero azul, volante deportivo. Con esto casi me olvido del trozo de jardín pelado, las macetas vacías y de ese enano descolorido al que le falta una oreja.

Apoyo la mano en la espalda de Solange.

—Venga.

Me mira, yo le sonrío. Después respira profundamente, como un boxeador al subir al cuadrilátero, y toca el timbre.

Un minuto. Dos minutos. Ruido de cerradura. Aguanto la respiración. Aunque me diga que nos da lo mismo, maldita sea, nunca he vivido un momento como éste.

—*Guten Tag* —dice Solange, que ha estado estudiando en el tren.

El tipo nos mira con desconfianza. No sé si es él, pero si lo fuera, para nada es como esperaba. No es alto. No es rubio. Ni siquiera es pelirrojo como su hija, y tiene los ojos de un vulgar color marrón. Por mucho que me esfuerce, me cuesta imaginármelo de uniforme. En las películas hacen más buena cara, o igual es que él ha envejecido mal. En cualquier caso, viste como un viejo. El corte de pelo está bien, tiene estilo, quizá un poco largo por detrás. Yo le habría afeitado las patillas, que ya están pasadas de moda, pero bueno, tiene más de

sesenta tacos, no creo que vaya de discotecas.

Nos mira con aire incómodo. No sé qué le preocupa. No es un criminal de guerra, y nosotros tampoco tenemos pinta de agentes de la Interpol.

—¿Habla francés?

—*Nein*.

Vaya, otro que tiene problemas de memoria. Solange intenta chapurrear tres palabras en alemán, el hombre niega con la cabeza, hace como que va a cerrar la puerta y yo decido intervenir, aunque me había hecho el propósito de quedarme callado. Sé que si no reaccionamos no la volverá a abrir. Con una mano en el batiente le muestro mi sonrisa más radiante y me lanzo en francés. No me creo que un tipo que se ha acostado con una francesa durante cuatro años necesite un traductor.

—Sentimos mucho molestarle, señor, pero Solange... mi compañera... tiene motivos para creer que usted es su padre.

Solange me fulmina con la mirada y el tipo entorna los ojos, pero, mira por dónde, parece que ha recuperado su francés milagrosamente.

—No entiendo... —me dice con un acento horrible.

—Pues no es muy complicado, la verdad.

Al ver la cara que ponen los dos, me doy cuenta de que igual he sido un poco brusco, así que trato de compensarlo con un par de comentarios amables y, apoyando la mano en el hombro de Solange, le digo que ella se lo contará todo mejor que yo. En eso no me equivoco, está tan enfadada conmigo por haber metido la pata que se olvida de sus miedos, sus dudas, sus listas de preguntas y respuestas y de ese dichoso sobre que hemos abierto todas las noches. De golpe vuelve a ser Solange, la chica irresistible, con esa manera de hablar, esa forma de moverse, como una princesa, como una bailarina, con esa voz pausada, sus calculados silencios, su sonrisa discreta. Joder, si yo fuera ese alemán y ella se presentase para decirme que es mi hija, me hincharía de orgullo.

Él la escucha, con la cabeza levemente inclinada y el ceño un poco fruncido, y justo en este momento veo que se parecen un poco.

Ella se lo explica todo, con pocas palabras, con suavidad y

delicadeza. Él escucha, sin darse cuenta todavía de lo que le está cayendo encima, mientras lo desbordan los recuerdos. La mira fijamente. Cree que se parecen, que sonríen de la misma forma. A menudo se preguntaba qué había sido de su amiga francesa, su compañera de aquellos años funestos. La tejedora. La chica de los gorros. La que se convirtió en la amiguita de los camioneros por culpa suya, aunque no me corresponda a mí decírselo.

—¿Cómo está tu madre?

—Murió.

—Perdón. Lo siento mucho.

Y claro, él no sabía que estaba embarazada, que había tenido una hija. Y aunque lo hubiera sabido, estaban en guerra, qué gran desgracia la guerra, y él era alemán y ella francesa, y luego vino la batalla de las Ardenas, los campos de prisioneros. Lo tuvieron mucho tiempo allí, *gefangener*, como preso político. De todos modos creo que, por mucho que se compadezca de sí mismo, no le ha ido tan mal en la vida, con su casa de ladrillos beige y su BMW serie 3. Pero Solange parece emocionada, así que, viendo que ha empezado a llover de nuevo, me limito a hacer una sugerencia.

—¿No podríamos entrar para seguir hablando?

Se disculpa, sabe que es una grosería dejarnos fuera, pero no es buena hora, no es un buen momento; entonces mira el reloj y dice que lo mejor será encontrarnos después, en el bar no sé cuántos, un nombre difícil que nos tiene que repetir tres veces. Va a buscar un lápiz, deslizando sus pantuflas sobre las baldosas, y nos lo garabatea en un trozo de papel de envolver.

—Hasta luego.

—Hasta luego —responde Solange con una sonrisa.

Él la vuelve a mirar, como si hubiera algo magnético entre los dos, y luego inclina la cabeza y cierra la puerta. Ofrezco el brazo a Solange y abro el paraguas. No necesito mirarla para saber que se siente tranquila, feliz y aliviada porque ya está hecho. Lo ha visto, ha hablado con él y tienen una cita esta noche en el bar no sé qué.

Se pega a mí, me besa detrás de la oreja y susurra:

—Gracias.

Hace calor, demasiado calor, y el olor a cerveza marea. Pero la luz es hermosa, verde y dorada, como el sol a través de un vitral. Se ha sentado a una mesa alta, un poco apartada, con el bolso en el suelo y la vista fija en la puerta. Tres minutos. Dentro de tres minutos su padre entrará, la verá, le hará un gesto y atravesará la sala, rodeado de charlas y risas, de todas esas palabras incomprensibles para ella, de todas esas caras a las que querría sonreír. Hay un poco de ella misma en esta taberna que huele a Alemania, en esos uniformes llegados de todas partes, en los ojos claros de los más jóvenes. A ellos también los detestaron, los aborrecieron, los rechazaron. Ellos también se construyeron a partir de las ruinas. Quizá por primera vez Solange se siente casi como en casa.

Un minuto.

Se endereza, levanta la barbilla, coge el bolso, lo vuelve a dejar y luego entrelaza las manos, que le tiemblan un poco, sobre la mesa. Él ahora la verá de verdad, no por sorpresa, no después de un timbrazo. Va a poder mirarla, descubrirla, reconocerse en ella a través de un gesto, de una palabra, de una manera de reír... Se dará cuenta de que, durante todos esos años, ella ha estado ahí como un fragmento de sí mismo. Quizá pensará en lo que no han vivido juntos, en lo que habrían podido compartir. La casa todavía viva, los postigos todavía abiertos, el piano afinado, los muebles sin sábanas encima. En lo que habrían sido los tres si a él no lo hubiera arrastrado la tempestad, si no lo hubieran arrojado al invierno con un casco demasiado pesado y el corazón aplastado por las bombas.

El gato no habría muerto. O sí, pero de viejo, en un cesto al lado de la chimenea.

Ella lleva la carta en el bolsillo, la que no llegó a enviar porque las palabras se le amontonaban, porque no podía llamarlo señor, ni querido señor, ni querido papá. La introducción es un completo fracaso, incluso después de diez tentativas, pero eso carece ya de importancia, igual que la cuestión del color de la tinta, el azul de la esperanza o el negro de la

gravedad, que acabaron fusionándose en turquesa. Lo que cuenta son las palabras, todo lo que jamás se atreverá a decirle. Las ha puesto por escrito para que él comprenda, para que sepa que lo perdona y que todavía están a tiempo.

La puerta se ha abierto, un paraguas se cierra y él avanza entre la neblina del humo de los cigarrillos. Se ha puesto los zapatos buenos, el abrigo de lana y un sombrero clásico, con una pequeña pluma. Debe de oler bien, a loción de afeitado y a lavanda. Debe de oler a padre.

Ella se ha levantado y se ha vuelto a sentar. En su país la gente se saluda con un beso. No sabe si aquí también, así que sonríe y dice balbuceando las dos frases que ha aprendido de memoria con un método para hablar alemán en seis semanas. Guten Abend, Vater. *Como una niña pequeña, se queda aguardando su aprobación, su sonrisa, esa pátina de emoción típica de los padres, que en las funciones escolares aplauden a sus hijos aunque canten mal. A ella nadie la aplaudió nunca porque nadie iba a verla. Nadie la abrazaba para decirle que hacía muy bien de zorro, que hacer de zorro era muy difícil, y que el año siguiente ella haría de princesa.*

Su padre está aquí esta noche, pero no aplaude.

Se ha sentado sin quitarse el abrigo, sin pedir ninguna consumición, volviéndose una y otra vez hacia esa puerta por la que acaba de entrar. Se revuelve, incómodo, en el taburete. Cruza las piernas, cruza los brazos y luego habla en un francés que huele a oxidado. No está seguro de quién es, ni de qué quiere, ni de por qué lo hace. Entonces ella le da su carta. Hablará mejor que ella, aunque esté escrita en francés, aunque tarde un poco en leerla. Las cartas no mienten. Y él lo sabe, es como ella, por eso también ha sacado un sobre del bolsillo. Sin decir nada, lo ha empujado hacia ella con la punta del dedo. Entonces ella sonríe, de tal palo tal astilla, que dice el refrán, para no mostrar que está emocionada. Él no entiende, sin embargo. No sonríe. Y en su sobre no hay una carta, hay dinero. Tres fajos de billetes, de marcos alemanes, azules, nuevos, como billetes de Monopoly.

Es todo lo que él puede hacer.

Con el corazón encogido ella rechaza el dinero, le explica, le jura que no quiere nada, pero él no la escucha, sólo habla sin parar. Es una suma

modesta de alguien con medios modestos. La vida es dura, hay muchos impuestos y ya no es el mismo desde la guerra, le queda poco tiempo, un trabajo de media jornada, una pensión militar... Tiene que entenderlo. Y la familia, su familia, él no puede hacerles esto. No así, no ahora. No lo entenderían, quizá más adelante, dentro de unos meses. Le escribirá. Le jura que le escribirá. Pero ahora debe marcharse, debe irse de la ciudad, no volver a acercarse a él, no volver a llamar a su puerta, por favor.

Se ha levantado, se ha puesto el sombrero, se disculpa. Le habría gustado quedarse más rato, escuchar su historia, hablar un poco de su madre, pero tiene prisa, se le ha hecho tarde. Aquí se cena temprano, no es como en Francia. Da por terminado el encuentro, pero se alegra de haberla visto. Buen viaje. Feliz regreso. Buena estancia. Volverán a verse, más adelante quizá, cuando llegue el momento. Le da la espalda, apartando a la gente que le cierra el paso, y de pronto se para, algo lo retiene, algo lo hace volver, pero no, sólo se había olvidado el paraguas y por eso sonríe. Es eso lo que lo hace sonreír.

Ella se ha quedado inmóvil, sin pestañear, contemplando el vacío.

Él ha dejado su sobre. Los dos. La carta también. La había cogido, por caridad sin duda, pero en el momento de guardársela en el bolsillo estaba buscando palabras, tratando de rescatar el francés que había olvidado en el fondo de su pasado como un barco naufragado, y había gesticulado con la mano que sostenía el sobre y luego lo había dejado en la mesa, con un ademán mecánico, como quien suelta una servilleta. Ella mira el sobre. Lo estruja. Luego agarra el bolso y, sin darse la vuelta, sin tocar el fajo de billetes, se dirige hacia la puerta que su padre le ha cerrado en la cara.

24

Esta habitación es fea y triste como esta ciudad. Papel pintado amarillo, vistas al tranvía. La noche ha sido tan larga que tengo la sensación de llevar años dando vueltas en este colchón que se hunde. He tenido calor, frío, sed, he visto pasar las horas, y cuando notaba que se me cerraban los párpados me volvía hacia Solange para ver si se había dormido. Pero ella seguía ahí, como un cadáver, con la mirada fija en el techo. No quería dormirme sin ella y por eso le cogía la mano, le decía cosas que ella no escuchaba mientras me fijaba en detalles, en las manchas, en las grietas, en el estampado de la moqueta. En la feísima madera del cabezal de la cama. En las formas que dibujaban los faros de los coches en las paredes.

Habré dormido quizá una hora.

Ya es de día y sigue lloviendo. Las cortinas están grises de polvo. En la calle, bocinas, tráfico. El ding del tranvía, motos pasando a toda mecha... a las siete de la mañana. Me duele la cabeza.

—¿Qué tal?

Parece que no mucho mejor que ayer. Está sentada en la cama y sigue con la mirada perdida. Como si le afectara esta habitación, con sus muebles desconchados, el ramo de flores marchitas y la Biblia en la mesita de noche. Cualquiera se deprimiría aquí, sobre todo después de haber sido rechazado por su padre. Pedazo de gilipollas. No sé qué le dijo, no sé qué le hizo, pero es como si hubiera vuelto de la guerra. Le acaricio la espalda, le masajeo la nuca. Normalmente se estira, se arquea como un gato, pero esta mañana se queda derecha, tiesa como una hija de alemán.

—Venga, vamos a desayunar. Con un poco de suerte, habrá salchichas.

No reacciona, sigue en su mundo, así que me levanto para ir a mear. Me digo que se le va pasar, que siempre se le acaba pasando, que las cosas se arreglarán cuando volvamos. Estaremos en casa, con nuestras

lámparas, con esa luz cálida y bonita que tenemos en invierno, no como estas bombillas de cuarenta vatios con las que parece que estemos dentro de una tumba. Borraremos todo esto, volveremos a ser unos bastardos, nos tumbaremos delante de la tele y olvidaremos para siempre a ese imbécil. Esto de la familia no es para nosotros. Ella volverá a sonreír, nos compraremos un Alfa Romeo, y él la palmará solo, con su sombrero de plumas, sin haber tenido la oportunidad de ser su padre.

En el bufet he cogido huevos, beicon y judías blancas. Como quedaba espacio en el plato, he amontonado unas pastas, que se están mojando un poco con el resto. Después le he preparado lo mismo a Solange con la esperanza de animarla un poco, aunque no ayude que el comedor sea horrible, esté oscuro y se oiga la televisión en alemán. Pero el tren sale dentro de una hora, tenemos tiempo de sobra.

Lo malo es que Solange se ha esfumado.

Las tazas están vacías, las servilletas sin desplegar y su chaqueta de borrego ya no está en el respaldo de la silla. Sólo queda la llave de la habitación, lo que significa que no ha ido allí. Me siento idiota con los dos platos en la mano. Miro a mi alrededor, pregunto a la chica que ha entrado con una cafetera. Por favor, *bitte*, mi mujer. Me responde no sé qué, señalando la ventana y las luces de la calle.

Mierda.

Dejo los platos, agarro la cazadora y salgo disparado, diciéndole a la chica que volveremos a por las maletas. Ella inclina la cabeza, yo sigo por el pasillo y, sin entender lo que me dice el recepcionista, me planto en la calle. Izquierda. Derecha. Paraguas. Coches. Un viejo con un perro. Digo mierda, mierda, mierda, cruzo la avenida, el tranvía no me atropella de milagro, un tipo me grita. Entonces la veo de espaldas, alejándose, con los hombros encogidos.

—¡Solange!

Se vuelve, calada hasta los huesos, con esa mirada vacía, con ese velo de bruma que no se quita de encima.

—¡Joder! ¿Se puede saber adónde vas?

—Vuelvo enseguida.

Me contengo para no gritarle, para no decirle que lo mínimo que

podía hacer era avisarme, hostia, en lugar de dejarme allí plantado con los huevos revueltos.

—¿Vas a verlo?

—Sí.

—¿Para qué?

Me traspasa con la mirada, como si yo fuera transparente.

—Espérame en la estación.

Se ha puesto a caminar otra vez y yo me quedo ahí como un idiota, secándome la lluvia que me baja por la frente.

—Déjalo. Ese tipo te importa una mierda. Nunca has tenido un padre, no lo necesitas.

Ella sigue adelante como si yo me hubiera largado a comer mis huevos al hotel. Con sus tacones resonando en la acera y el cuello de la chaqueta empapado. Seguro que se dirige al barrio de su padre, a esas calles llenas de ladrillos beige y coches bonitos.

—¿Qué pasó anoche?

No soporto más este maldito silencio.

—Cuéntamelo. Si te hizo algo, te juro que yo mismo iré a darle un tortazo. Pero si es sólo para...

Se detiene en seco y me mira con una frialdad que me duele un poco.

—Espérame en la estación, Albert.

Ya se ve la fachada, el enano del jardín, el BMW serie 3 con tapicería de cuero azul. Quiero agarrarla por el brazo para impedirle que siga adelante.

—Ven, joder. Volvamos a casa.

Sé por qué está allí, conozco esa mirada.

—Solange. Por favor.

Está a punto de llamar al timbre, pero le cojo la mano y le suplico, aunque no me oiga, porque nos importa una mierda ese gilipollas, no es nadie, sólo es un nombre, un nombre de una lista, hasta podría ser un error.

—No merece la pena.

E incluso si mereciera la pena.

—Es tu padre. No sé qué ha hecho, pero es tu padre.

Llama dos veces al timbre, con insistencia.

—Solange...

La luz se enciende tras las cortinas. Todavía podemos echarnos atrás, irnos a desayunar como todo el mundo, comprar un souvenir, una postal, una revista para el viaje y subirnos al tren como en la ida, cansados pero tranquilos, dejándonos adormecer por las gotas de lluvia que resbalan por el cristal. Nos importa un bledo ese tipo. Qué más da lo que pasó ayer. Qué más da lo que él haya hecho... A ella, a su madre, a los de la Resistencia, a los judíos o a la gente que no tiene dinero para comprarse un BMW. No es nada, no es nadie, sólo un pobre hombre que se acostó con una chica cuando tenía veinte años.

Una voz que farfulla, la llave en la cerradura.

No digo nada más. Es demasiado tarde y además no es mi padre. Pero me entran ganas de vomitar, como las primeras veces, como un principiante, como si la caja de puros no estuviera a rebosar de mechones. Le digo algo a Solange, pero ella no escucha, no oye nada. Mira fijamente la puerta, con fascinación, con los puños en los bolsillos. Si lo llego a saber, tiro a la basura esa maldita lista. O eso creo, o eso espero, no estoy seguro. Igual es superior a nosotros. Igual es que somos así. Somos como mariposas, como malditas mariposas negras quemándose en la luz.

Ha entreabierto la puerta y nos lanza una mirada asesina.

—Os dije que no volvierais aquí.

Solange saca algo del bolsillo, una bola de papel arrugado. Reconozco los sellos y la tinta azul, y todas las esperanzas que ella había puesto dentro.

—Te olvidaste de esto.

Deja la mano tendida, abierta... Me da pena y le digo a su padre que tampoco le costaría tanto cogerla, pero a mí nadie me hace caso.

—¡Dejadme en paz o llamo a la policía!

Intenta cerrar la puerta, pero Solange la bloquea con la punta del zapato; entonces él la empuja con fuerza soltando una frase en alemán, que ella no significa nada para él y que seguramente ni siquiera es su hija. Entonces se me sube la sangre a la cabeza —como es normal— y empiezo a insultarlo dando un fuerte golpe a la puerta.

Él grita y nos amenaza, con su pijama y sus pantuflas, y de pronto se oye una voz de mujer. *Was passiert?* Sale del interior, de una habitación cercana. Joder, no está solo. Trato de pensar, pero todo va demasiado deprisa, es demasiado tarde para huir y va a llamar a la poli. No está solo, maldita sea, no está solo.

Se abalanza sobre una mesita con tapete blanco y una lámpara verde y me digo que va a sacar un arma, pero no, lo que hace es coger el teléfono, así que doy una patada al mueble. Un cajón se cae y los bolígrafos ruedan por el suelo. El hombre golpea a ciegas, me araña el cuello, pero no deja de ser un peso pluma y además las pantuflas se le enganchan en la alfombra. Le doy un empujón y le arranco el auricular de las manos. Él grita, llama y, al ver las tijeras, se descompone. Como los demás. Es el momento en el que comprenden que todo se ha acabado. El momento en el que dejan de luchar y chillan cerrando los ojos, como si así pudieran hacernos desaparecer. No sé quién ha traído estas dichosas tijeras, no entiendo por qué las llevamos encima si los fines de semana de caza y Bonnie and Clyde habían terminado.

Ni siquiera sé quién de los dos es Clyde.

Primero se las clavo demasiado abajo. Suelta un grito agudo y trato de mantenerlo en el suelo. Las hojas se hunden dos, tres veces, en la barbilla, en el cuello... Tiene que parar de moverse así.

—¿Hans?

Ella es más joven que él, más morena y más joven, y no puede creerse lo que está viendo. Dos desconocidos en su comedor y su marido desangrándose encima de la alfombra. Suelta un alarido, como en las películas, uno de esos gritos que taladran los tímpanos, y se va por el pasillo. Me levanto con el corazón a mil por hora y echo a correr como un loco porque puede llamar por otro teléfono o abrir la ventana y gritar que hay un asesino o sacar una escopeta de caza para dispararnos a los dos. Ella no ha hecho nada, sé perfectamente que no ha hecho nada, pero no tengo otra opción. Nadie tiene otra opción. Cojo al vuelo un objeto, una escultura de bronce, una especie de gato alargado, y alcanzo a la mujer cuando está a punto de abrir una puerta. Sin pensar, casi con los ojos cerrados, apretando los dientes, le

asesto un golpe violento en la cabeza. Otro. Otro más. La sangre sale a chorros, grito más fuerte que ella, creo que incluso lloro, pero aun así sigo golpeando, una y otra vez. Y otra.

Estoy de rodillas, con las manos manchadas de sangre.

Y de pronto, en medio del silencio, entre dos latidos de corazón, oigo una vocecilla.

Mutti.

Pienso no, digo no, rezo para que no, pero la llamada se repite, justo ahí, detrás de la puerta que la mujer estaba a punto de abrir. Tengo la cabeza a punto de explotar, no sé qué hacer, volver atrás, eso me gustaría, volver atrás. No haber ido nunca a esa maldita playa donde comenzó todo. Borrarlo todo y empezar de cero. Detrás de esa puerta hay un niño, otro niño, como aquel con los ojos de distinto color que arrancamos de su vida y convertimos en huérfano. Y la llama. Mamá. Está aquí mamá, a mis pies, y yo ya no sé qué hacer, ni qué decir, ni qué pensar, joder.

La agarro por los pies y la arrastro por el pasillo. Deja un rastro, un largo rastro rojo que no se puede esconder, que no se va, y además las paredes también se han manchado. Me seco las manos como puedo, en su pantalón, en mi pantalón, y me miro en un pequeño espejo de cobre que hay colgado en la pared. Tengo pinta de lo que soy. Pálido como un muerto, con el pelo alborotado y sangre en las mejillas. Y con esa mirada ni yo mismo me reconozco.

Saco un peine y me adecento un poco. Me limpio la cara con la manga. Me gustaría ducharme, pero la vocecilla sigue llamando y eso me parte el corazón. Alargo la mano, la manecilla chirría, la puerta se abre y entonces la veo, una cosita menuda con un pijama de oso, con rizos morenos y unos grandes ojos negros, que me mira sin entender. Está muy derecha, abrazada a un peluche. Yo le digo cucú, lo de cucú es universal, y además no sé qué decirle a una niña. En la pared hay dibujos, muchos dibujos, muchos colores, y llevan su nombre, pero no quiero saber su nombre, sólo quiero que desaparezca, que no haya existido nunca. Las lágrimas me resbalan por las mejillas, ella también se pone a llorar, y entonces me arrodillo, le digo no, no llores, y procuro sonreír.

Detrás de mí he dejado un rastro de suelas rojas.

Le hago una última señal con la mano y la dejo ahí, de pie sobre la alfombra rosa, abrazada a su conejo, sin atreverme a mirarla a los ojos. Despacio, muy despacio, vuelvo a cerrar la puerta, rezando para que no la abra, para que no la abra nunca. Vendrán a buscarla, alguien vendrá a buscarla. La familia, el servicio de emergencias. Los vecinos. Me cuesta un poco respirar y siento un hormigueo en la punta de los dedos, pero me recupero, claro, cómo no voy a recuperarme, joder, no voy a desmayarme precisamente ahora.

Solange espera, inmóvil, al final del pasillo. Tiene las tijeras en la mano, que siguen goteando en la moqueta. Parece ensimismada, más ensimismada que nunca, así que voy hacia allí. Mejor que ella no abra esta puerta.

—Ven. Ya está.

Le cojo con suavidad las tijeras y le hablo en voz baja, sin saber muy bien lo que digo, para que el eco de mi voz resuene en el fondo de su mundo, para que circule dentro de ella como la sangre en las venas. Eso la trae de vuelta, la hace revivir. Yo soy su roca, su ancla.

—Ven.

Sigue mirando la puerta, quizá por instinto, como si percibiera a la niña, como si a través de las paredes notara la presencia de esa hermana a la que no va a conocer nunca.

—Ven.

Siento que regresa, que respira otra vez. Sus párpados vuelven a pestañear, quizá un poco demasiado deprisa, sobre esos ojos llenos de amor, de rabia, de tristeza, de esa maldita desesperación que nunca he sabido calmar. Todo va muy deprisa ahora; se nota que no es la primera vez. Lavarse la cara en el fregadero de la cocina. Quitarse la ropa llena de sangre y formar un hatillo que acabará en el primer contenedor de basura que encontremos. Buscar algo en los armarios, un viejo pantalón de rayas. No dejar nada, no coger nada. Ni siquiera un mechón, porque, joder, es su padre.

No abrir esa puerta.

Solange cruza el comedor agachando la cabeza, sin mirar ni una vez a su padre, a lo que queda de él. Se oye un portazo y estamos otra vez

en la calle, bajo la lluvia, delante del BMW serie 3 que nunca conduciré. Nadie. No hay nadie. Ni polis, ni curiosos, ni caras preocupadas detrás de las cortinas. Sólo coches, luces, es una mañana alemana normal y corriente.

Delante de la estación un grupo de tarados vestidos como cuervos nos gritan levantando sus botellas de cerveza. Les hace gracia ver a una pareja de turistas empapados buscando la vía 4. Saco las tijeras del bolsillo y sin pensarlo dos veces, por miedo a arrepentirme, las tiro a una papelera. Una papelera anónima, llena de latas, colillas y billetes de tren rotos. Apenas me atrevo a reconocerlo, pero se me hace raro dejarlas aquí, lejos de casa. Esas tijeras han hecho de todo, lo han visto todo, casi podrían sangrar si las apretaran fuerte. Nunca se han roto ni se han oxidado. Siguen como el primer día, cuando llegaron por correo desde la otra punta del mundo, las sacamos de la caja y nos prometimos que abriríamos una peluquería. Al final abrimos nuestra peluquería y usamos las tijeras. Pero ahora creo que habría sido mejor dejárselas a la señora Crémieux.

Solange también mira la papelera, como si enterrásemos a alguien.

Y yo le sonrío, porque empieza una nueva vida.

25

Solange se ha ido. No sé cuándo, esta mañana quizá. Me siento idiota con las bolsas en la mano. He comprado para toda la semana, ya no teníamos casi nada en la nevera y mañana hay que abrir la peluquería.

Ha dejado una carta, o más bien una nota, encima de la mesa de la cocina. Está doblada en cuatro y pone «Albert» en turquesa. Habría preferido otro color. O que hubiera escrito Bébert, porque así es como me llama y en el fondo me gusta. Sólo hay tres líneas, pero las he leído tantas veces que resuenan solas en mi cabeza. Me dice que no la espere. Que tengo que ser feliz. Y acaba con las dos palabras que nunca me ha querido decir y que me dice ahora.

Yo también la quiero.

He dejado caer las bolsas, me he sentado y me he aguantado las ganas de llorar. He hecho café, pero no me lo he bebido, he visto un rayo de esperanza y he corrido a la peluquería pensando que igual había ido a recoger sus cosas, no sé, su bata, pero estaba cerrada. No había luz. No estaba allí. Así que he vuelto, me he tomado el café frío y he intentado calmarme.

Es imposible.

No puedo creer que se haya ido así, dejando una nota, como quien sale a comprar el pan. A su padre le escribió dos páginas.

Debe de ser culpa mía. Seguro que es culpa mía, pero no sé qué he hecho. Lo repaso todo, las últimas horas, los últimos días. Ayer, en el tren, me dio la impresión de que estaba mejor. Habíamos pasado página. Habíamos tirado las tijeras. Todo había quedado en un mal recuerdo, y aunque ella no decía nada —nunca dice nada en momentos así—, yo le hablaba de todo lo que íbamos a hacer, de todo lo que íbamos a ver. De nuestra nueva vida, de nuestro nuevo coche, de Roma, Venecia, los canales y todo eso. Ella me escuchaba. Dormitaba, con la cabeza apoyada en mi hombro, como hace siempre, agarrada a mi brazo como un mono. Le da risa cuando la llamo así. Y

me dice que yo soy su árbol.

Nadie puede vivir sin su árbol.

He mirado por todas partes y me he quedado un poco más tranquilo al ver que no se ha llevado nada. Ni la maleta grande ni la mochila. Sólo ha cogido la bolsa pequeña de los fines de semana, la marrón con bolsillos, y el neceser. Toda su ropa sigue ahí, apretada en el armario como en una lata de sardinas, todos sus vestidos, sus camisas, sus túnicas, sus vaqueros, sus zapatos, sus cinturones. Incluso está su jersey nuevo, el blanco de cuello alto. Le encanta ese jersey. Nunca se habría ido sin él, no para siempre, quiero decir.

Se me hace raro notar su olor.

Pero sé que va a volver. Ha sido un pequeño bajón, una decisión impulsiva. Su padre ha muerto y necesita un poco de aire, un poco de tiempo. Y si es por mí, si es por mi culpa, haré lo que haga falta para que sea feliz, como antes. Dejaré las patatas fritas, dejaré la cerveza, comeré verdura, haré deporte, iré a correr al parque, igual que los otros imbéciles domingueros, con el chándal que me regaló y que no me he puesto nunca. Iremos al teatro, al cine, organizaré cosas sin que me lo pida, cenas románticas en pequeños restaurantes... Dejaré de leer el *Télé 7 Jours* y veré menos fútbol. Sólo veré las finales y puede que las semifinales. Tiraré los vaqueros anchos, me compraré ropa, ropa bonita, como la que le gusta a ella, jerséis de cachemira, de lana virgen, zapatos de trescientos francos que dan dolor de pies. Y también aceptaré que tenga un perro, aunque no sea nada práctico y tengamos que llevarlo a todas partes. Hacía mucho que quería un perro.

Y nos iremos a París.

Ahora estoy dispuesto a dar el paso.

Se lo diré esta misma noche cuando vuelva. Espero que no venga muy tarde, porque nunca se sabe, se oyen tantas cosas hoy en día... Seguro que llega muerta de hambre, con este frío y el cansancio que arrastra, así que enciendo el horno, saco una bandeja, la tabla de cortar, leche, harina, y me pongo a cocinar enseguida. Cuando vuelva se encontrará con su plato preferido recién salido del horno. Le sentará bien. Por suerte he comprado todo lo necesario: endivias,

gruyère y jamón de primera cortado a mano, como le gusta a ella. Se va a chupar los dedos.

Y si no es esta noche, será mañana. Pero volverá, lo sé, estoy seguro. No sabemos estar el uno sin el otro. Ella es un desastre cocinando, y yo soy un desastre con la contabilidad. Sin ella perdería a toda la clientela, pero no se te ocurra pedirle que meta la nariz en un motor. Ella necesita mi ruido y yo su silencio. Además, ella sabe que no puedo dormir si no está conmigo.

Volverá porque yo soy su árbol, su ancla. Soy su pareja, su hermano, su sombra. Soy el aire que respira, el suelo bajo sus pies.

Volverá cuando esté lista.

Y yo estaré ahí.

La espera. La lluvia. El dolor de espalda. Las agujas inmóviles de la esfera del reloj, el tiempo que corre como cemento. Y esta ciudad de muñecas, sin aire, sin luz, donde cada rostro tiene un nombre. Los conoce a todos, hasta sabe cómo les huele la cabeza, y ellos la siguen con la mirada porque quieren saber. Quieren saberlo todo. Quieren saber qué hace sola la peluquera a esas horas, cuando todo el mundo está cenando. Qué hace con una bolsa marrón y un gorro de lana que no engañan a nadie. Por qué espera el autocar, bajo la lluvia, entre los paraguas, cuando tiene un coche y un hombre para conducirlo. La saludan con la mano. Le sonríen. Y ella hace un último esfuerzo, respondiendo por última vez, señora Solbert, muy bien y usted. Ha llegado a querer a esa gente, a esa ciudad. Han sido su gruta, su madriguera, su refugio. La han confortado, la han visto crecer. La han protegido de sí misma. Pero hoy llueve demasiado.

Van lentos, más lentos que nunca, y esa fila que no avanza, entonces se vuelve, le ha parecido verlo, pero no, no es él, sólo una silueta cualquiera. Se abre paso a codazos, esquiva las miradas, se disculpa, y sí, quiere un asiento, para qué hacer cola si uno no quiere un asiento. Lejos de la puerta, lejos del conductor. Lejos de esa ciudad que le entristece abandonar, pese a que la detesta.

Diez años.

Se ha sentado en la parte de atrás, después de la salida de emergencia, en la penúltima fila, asiento 44. Se ha puesto el bolso en el regazo, ha enderezado el respaldo y ha pasado la mano por la ventana para quitar el vaho. Aun así la calle sigue borrosa, húmeda y empapada y las luces titilan. Respira a fondo, espera. El minutero se mueve despacio y le susurra que todavía está a tiempo de bajar, pero el autocar resopla por fin. La puerta del portaequipajes se cierra, las luces interiores se encienden y a ella se le encoge el corazón.

El reloj le pesa en la muñeca, cargado de recuerdos. Fue su primer regalo de verdad, un Lip con esfera blanca, correa de cuero y hebilla dorada, dentro de un paquete mal envuelto, con un nudo chapucero. No ha tenido

valor para dejarlo atrás con todo lo demás, pero le pesa y se lo quita. Luego lo deja en un asiento vacío al otro lado del pasillo para darle una nueva vida. No va a conservar nada de este lugar, sólo imágenes, un neceser y el hijo que lleva en el vientre.

Las luces de la ciudad se alejan, una voz gangosa crepita por el micrófono. Dos mujeres ríen en voz baja. Luego la carretera. La carretera de noche, suave y familiar, los plátanos que desfilan en el haz de los faros. Se quita el gorro, mueve la cabeza, se alborota el pelo corto. Con la luz negra del interior su cara es casi la de una desconocida, pero el pelirrojo la delata, la persigue todavía. Se va a teñir de color castaño, negro, caoba, da igual, con tal de ser otra.

Aunque ya no se ve nada fuera, sigue mirando. Contempla los regueros de lluvia y su propio reflejo en el cristal. Le gusta ir por la carretera de noche, sin paisaje, al contrario que él, que prefiere saber adónde va, que lee las señales y se detiene para descifrar los mapas. La noche es una larga línea blanca que se despliega como una cinta que la tranquiliza y la envuelve. Le dan ganas de cerrar los ojos, con el ronroneo del motor, las vibraciones del asiento, el rumor de la carretera. El olor a plástico, a cigarrillo apagado. La impresión de estar lejos, muy lejos, como un niño que se fuga de casa. Los recuerdos se superponen, otras noches, otras carreteras. Casi lo siente, sentado a su lado, diciéndole con su voz cálida que todo saldrá bien.

Sin embargo, es otra voz. Otro olor. Un perfume repelente, un codo desconocido apoyado en su asiento. Buenas noches. Desvía la mirada, pero él insiste, se inclina y le escupe su aliento igual que lo hacen todos. Se quiere sentar. El asiento está libre. Y él también está libre. Y los trayectos en autocar se hacen largos.

¿Puedo?

Levanta la mirada hacia él, hacia su sonrisa, su perfume, su suficiencia. Querría decirle que no, simplemente que no, pero sólo le sale rabia, una rabia que él ve aflorar en sus ojos. Ella se yergue y él retrocede encajando las palabras que ella le escupe a la cara como si le clavara unas tijeras. Se disculpa, extrañado, y luego se echa a reír, para no perder la compostura. Porque esta chica está loca. Pero no sabe que otros murieron por menos. Muchos otros. Tipos anónimos, ligones de playa, seductores de estación de

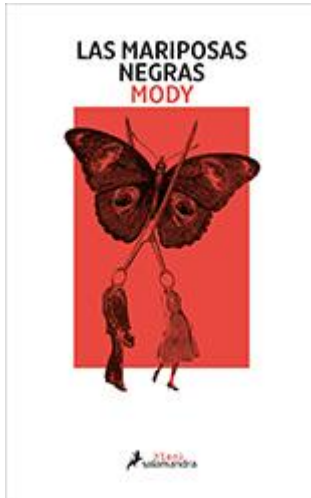
servicio... Tipos brutales, insistentes, sobones. Unos mechones metidos en una caja de puros. Todos esos miserables que se creyeron con derecho a acodarse en su asiento. Todos tienen el mismo olor a sudor, mugre, tabaco y alcohol. El mismo olor a violencia. Ella los ha cazado, perseguido, exterminado. Nunca ha bajado la mirada. Nunca le ha temblado la mano. Cayeron como bolos, asfixiados en su propia sangre, con sus hombros y sus brazos robustos, y ese miembro del que tan orgullosos están, encogido y blando como una babosa. Murieron sin comprender qué estaba pasando, porque nadie tiene miedo de una mujer. Lo miraban a él y no a ella. A ella nunca la miraban, como si fuera él quien empuñaba las tijeras. Dudaban hasta el último aliento, pese a que ella los miraba hasta el fondo del alma, cuchillada tras cuchillada, sin desviar jamás la mirada.

Esa noche es otra persona. Una viajera de pelo corto, sin nombre, sin tijeras y sin equipaje. El hombre ha vuelto a su asiento y todavía ríe con sorna. Ella sonríe pensando que podría levantarse, caminar hasta allí, agarrarlo por el pelo y rebanarle la garganta, una, dos, tres veces, y sentir el gusto de la sangre en los labios. Ya no habría nadie para contenerla, ninguna voz inquieta, ningún brazo posado en su hombro. Ya no tendría un ángel guardián para hacerla entrar en razón, hablarle en voz baja, borrar las huellas y tratar de protegerla de sus víctimas. Sería libre de golpearlo hasta dejarlo desfigurado, sin cara. Pero no lo va a hacer, porque ahora es otra persona.

Y por el hijo que lleva en el vientre.

Él la necesita. Quiere vivir, quiere ver el mundo. Y será un niño. Será un niño, seguro. Las niñas no están hechas para esta vida. Esperan, aguantan, sobreviven. Se convierten en sombras para que se olviden de ellas. Será un niño. Y no será como los demás.

Una novela sentimental y oscura, hipnótica e inquietante; una gran serie de Netflix



Norte de Francia, años cincuenta. Cuando Albert, un joven huérfano y solitario, conoce a Solange, hija de una prostituta castigada socialmente por haber simpatizado con los nazis, de inmediato salta una chispa entre ellos. Solos frente al mundo, se vuelven inseparables y su amistad da paso a un amor salvaje. Su primer crimen es un accidente. El segundo, un delito perfectamente calculado. A partir de entonces, cada verano cometen un asesinato distinto. Sin embargo, ninguna llama puede durar para siempre.

Una relación que recuerda la de Bonnie y Clyde o la de los protagonistas de *Asesinos natos* de Oliver Stone. Una novela sentimental y oscura, hipnótica e inquietante, como la personalidad de sus dos torturados antihéroes: estas mariposas negras no dejarán de acecharte.

La crítica ha dicho:
«Mezcla de lo criminal y drama de familia, *Las mariposas negras* es una bienvenida rareza en un género, el policial, que siempre corre el riesgo de caer en lo trillado y lo previsible».

Ramón de España

«Una auténtica máquina de pasar páginas. El estilo es fluido, directo y eficaz, con unas frases deliciosas».
Libération

«Excelente novela negra con un estilo impecable, estas mariposas de papel nos ofrecen otra visión de la psicología de Albert y Solange, invitándonos a entrar en sus pensamientos secretos».
Paris Match

«Una exquisita *mise en abîme*».
M le Magazine du Monde

«Una pepita que te pone en la piel de los asesinos en serie y que no puedes dejar de leer».
Le Parisien

«Una ficción que desborda la realidad. Un libro muy bueno con giros y vueltas, cautivador».
Télématin

Gabriel Katz, Mody en la serie de televisión «Las mariposas negras», estrenada en Arte y Netflix y que ha cosechado un rotundo éxito en Francia, ha escrito varias novelas de fantasía, por las que ha recibido premios tan prestigiosos como el Imaginales, y los *thrillers* protagonizados por Benjamin Varenne. Katz ha trabajado también como guionista de televisión y como autor en la sombra para políticos y personajes famosos.

Título original: *Les Papillons noirs*

Primera edición: mayo de 2023

© 2022, Éditions Lattès
All rights reserved
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Dolors Gallart Iglesias, por la traducción

Novela adaptada de la serie «Las mariposas negras», dirigida por Olivier Abbou, y creada por Olivier Abbou y Bruno Merle

Ilustración de portada: © Pola Von Grut's creation / www.vongrut.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19346-20-9

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraBlac
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Las mariposas negras

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Sobre este libro

Sobre Gabriel Katz (Mody)

Créditos